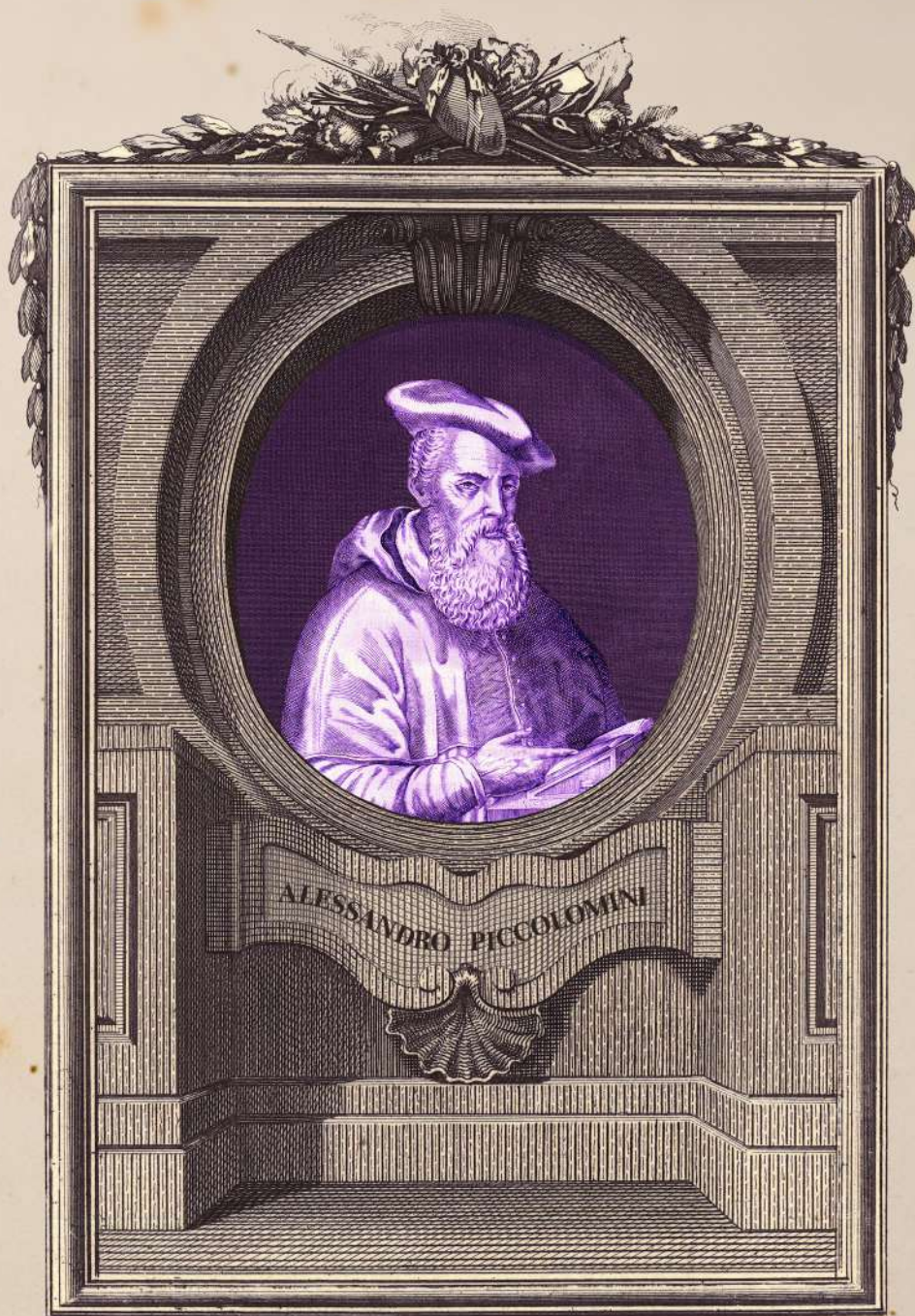


La Rafaela.
Diálogo de la buena crianza de las mujeres



Edición crítica y traducción de
Eva María Moreno Lago

Colección

MenForWomen. Voces Masculinas en la Querrela de las Mujeres

Vicente González Martín

Mercedes Arriaga Flórez

Daniele Cerrato

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Prosenc, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Alessandro Ferraro, Universidad de Génova

Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles

Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma 'Tor Vergata'

Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

Eva Moreno-Lago (ed.)

**LA RAFAELA.
DIÁLOGO DE LA BUENA
CRIANZA DE LAS
MUJERES**

**LA RAFFAELLA.
DIALOGO DE LA BELLA
CREANZA DE LE DONNE**

Alessandro Piccolomini

Dykanson, S.L.

2024

La Rafaela. Diálogo de la buena crianza de las mujeres.
La Raffaella. Dialogo de la bella creanza de le donne.
Eva Moreno-Lago (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”.



Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.
El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, edición crítica bilingüe y traducción: Eva Moreno-Lago

© Del texto: Alessandro Piccolomiini
© De la presente edición: Dykinson S.L.
© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-957-6

LA RAFAELA. DIÁLOGO DE LA BUENA
CRIANZA DE LAS MUJERES

LA RAFFAELLA. DIALOGO DE LA BELLA
CREANZA DE LE DONNE

Alessandro PICCOLOMINI

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
EVA MORENO-LAGO

SOBRE LA AUTORA

Eva Moreno-Lago es profesora en el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Sevilla y, paralelamente, profesora visitante en la Universidad Ateneum de Gdansk (Polonia). Se doctoró en Estudios Filológicos con Mención Internacional y Premio Extraordinario de Doctorado por la Universidad de Sevilla.

Desde el 4 de octubre de 2018 ocupa el cargo de presidenta de la Asociación Universitaria Estudios de las Mujeres (AUDEM). Es directora de la revista científica *Revista Internacional de Culturas y Literaturas* (US) desde 2017 junto con Mercedes Arriaga. En febrero de 2021 ha ganado el primer premio de Innovación Docente y Buenas Prácticas María Moliner convocado por la Cátedra Leonor de Guzmán con un trabajo titulado “Rotas. Historias reales sobre vidas destrozadas por la violencia machista en España. Aplicación didáctica”. En 2022 ha recibido el premio Mujer e Investigación otorgado por el Ayuntamiento de Sevilla.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

LA RAFAELA: UN DIÁLOGO RENACENTISTA SOBRE LA EDUCACIÓN
Y LA CONDICIÓN FEMENINA9

1. Ediciones de <i>La Raffaella</i>	10
2. Estudios críticos sobre <i>La Raffaella</i>	12
3. El amor en la literatura del Cinquecento italiano: entre la filosofía y la experiencia personal	13
4. Las palabras frívolas y corruptoras de <i>La Raffaella</i>	14
5. Notas a la traducción	21
6. Referencias bibliográficas	22

OBRA

LA RAFAELA.....	27
A las mujeres que leerán	29
Diálogo.....	33
LA RAFFAELLA	93
A quelle donne che leggerano.....	95
Dialogo	99

LA RAFAELA: UN DIÁLOGO RENACENTISTA SOBRE LA EDUCACIÓN Y LA CONDICIÓN FEMENINA

Eva MORENO-LAGO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

La obra que se presenta en esta edición pertenece al debate sobre la dignidad de ambos sexos que tuvo particular relevancia en Italia y toda Europa a partir de la segunda mitad del siglo XV y durante el siglo XVI. Este período fue testigo de un florecimiento intelectual sin precedentes, donde las discusiones sobre la naturaleza y el papel de la mujer en la sociedad ocuparon un lugar destacado (Arriaga Flórez, 2021). En este contexto de efervescencia cultural, la obra de Alessandro Piccolomini, *La Raffaella*, emerge como una pieza fundamental.

El diálogo de Piccolomini se inserta en un contexto en el cual más de cuarenta tratados sobre la dignidad del sexo femenino fueron publicados en Italia durante este tiempo. Entre esta vasta producción, la obra de Piccolomini destaca por su perspicacia y profundidad en el análisis de la educación y la conducta femenina. En *La Raffaella*, el autor ofrece un retrato vívido de la sociedad renacentista, explorando temas como el amor, la virtud, la belleza y la sabiduría, desde la perspectiva de dos mujeres de distinto carácter y experiencia.

A lo largo del diálogo, Piccolomini presenta una reflexión aguda sobre la importancia de la educación en la formación de las mujeres, destacando la necesidad de cultivar la virtud y el conocimiento para alcanzar la plenitud como individuos. La estructura dialogada de la obra permite un intercambio dinámico de ideas, donde se confrontan diferentes puntos de vista sobre el rol de la mujer en la sociedad y su relación con el amor y el matrimonio.

Además, las protagonistas de esta obra, Raffaella y Margherita comparten rasgos con otros personajes femeninos del Cinquecento italiano, formando parte del grupo de mujeres transgresoras, insidiosas y meretrices, con un papel importante en la representación burlesca e irónica del Renacimiento.

Piccolomini juega con la inversión que resalta los límites de los roles sociales y de género desafiando las normas culturales de su época (Arriaga y Cerrato, 2021).

Conocer los libros de estos escritores aliados de las mujeres, como es el caso de Piccolomini, y del conjunto de escritores filóginos en la *Querelle des femmes*, es sustancial para completar referentes en la historia del pensamiento igualitario entre los sexos, así como para ensanchar los estudios actuales sobre el género; porque dichos libros influyeron decisivamente en el cambio de la consideración de la mujer, animando una encendida discusión, propagada por toda Europa, sobre la necesidad de respetar a las mujeres (Arriaga Flórez y Moreno-Lago, 2023). Su legado es, por tanto, indispensable para la educación contra la violencia en nuestros días.

La Raffaella de Alessandro Piccolomini es mucho más que un simple tratado sobre la educación femenina; es un testimonio revelador de las tensiones y las aspiraciones de una época marcada por la transición entre la tradición medieval y el despertar humanista del Renacimiento (Quondam y Patrizi, 1988). La obra ofrece una ventana a las complejidades de la sociedad renacentista y a los debates intelectuales que dieron forma a la concepción de la mujer en la época moderna.

1. LAS EDICIONES DE *LA RAFFAELLA*

La primera obra publicada por Piccolomini, y también la de mayor relevancia y una de las más discutidas por los críticos, es el *Dialogo della bella creanza de le donne*, impreso en Venecia en 1539 por Curzio Navò e fratelli. Este escrito, más conocido como *La Raffaella*, por el nombre de una de las dos protagonistas, tuvo un gran éxito desde su primera edición, ya que en 1540 se realizaron dos reimpressiones, una por Curzio Navò y otra en Milán, a las cuales se añadió al título original “de lo stordito intronato”. Este mismo título se encuentra también en la edición veneciana de Fabiani de 1541 y de Graesse de 1557, así como en las ediciones milanesas de Giovanni Antonio de gli Antonij en Milán en 1558 y la segunda en 1560. Posteriormente, la obra fue publicada con el título modificado *Dialogo, nel quale si ragiona*

della bella creanza de le donne... en 1562 por Domenico Farri y en 1574 nuevamente en Venecia por Grifio.

Desde el último cuarto del siglo XVI hasta 1750, hubo que esperar para una nueva edición, esta vez a cargo del inglés Samuele Harding, que mantuvo el mismo título, *Dialogo, nel quale si ragiona della bella creanza de le donne...* En el siglo XIX se contabilizan tres ediciones: una en Florencia en 1862 por Fanfani con el título *La Raffaella, ovvero della bella creanza delle donne*; otra en Milán, también en 1862, a cargo de Teoli; y finalmente, en 1891, se publicó en Roma una edición editada por Perino con el título *La bella creanza delle donne*.

Las ediciones del siglo XX comenzaron en 1911 en Milán con el editor Sonzogno y el título simplificado, y ahora descriptivo, *La Raffaella*. La obra *Trattati del Cinquecento sulla donna*, editada por Giuseppe Zonta y publicada en Bari por Laterza en 1913, contiene una edición del diálogo de Piccolomini con el título *Dialogo de la bella creanza de le donne, de lo Stordito Intronato*. En 1920 se publicó en Milán una edición con prólogo y notas a cargo del profesor D'Ettore, y en 1942 en Florencia, por Le Monnier, otra edición editada por Diego Valeri. En 1970, U.T.E.T. en Turín, a cargo de Arnaldo di Benedetto, editó la obra como parte de las *Prose di Giovanni Della Casa e altri trattatisti cinquecenteschi del comportamento*. A estas se suma la edición crítica de Giancarlo Alfano de 2001 de Salerno editrice, que publica la obra con el título *La Raffaella, dialogo della bella creanza de le donne*, acompañada de una introducción crítica y notas al texto.

De las numerosas ediciones, se puede inferir cuánto impacto tuvo esta primera obra de Piccolomini. Sin embargo, para respaldar aún más esta afirmación, es importante señalar las traducciones al francés que aparecieron ya en el siglo XVI. En este sentido, hay que mencionar la primera traducción realizada de la obra por François d'Amboise, titulada *Instruction aux jeunes dames en forme de dialogue, dans laquelle elles sont apparises comme il se faut bien gouverner en amour*. Se publicaron otras siete traducciones entre 1573 y 1884, todas editadas en París (Álvarez Jurado, 2012). La presente edición supone la primera traducción al español.

2. ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE *LA RAFFAELLA*

En su obra *Cultura e società nella Siena del Cinquecento* (1971), Adriana Mauriello destaca las visiones políticas de los Intronati y la figura de la mujer en los consorcios de los Rozzi e Intronati, centrándose en el contraste entre los personajes femeninos del diálogo de Piccolomini y el de Aretino, examinando tanto a Raffaella y Nanna como a Margarita y Pippa (Mauriello, 1971).

Daniela Costa, en su estudio *La Raffaella di Alessandro Piccolomini: un'armonia nella disarmonia?* (1998), resalta las principales características de la obra, es decir, mostrar, fingir, cubrir, que son señaladas como las palabras clave del diálogo. Según la estudiosa, “la dama evocada por Raffaella no es más que la imagen deformada de la dama formada por Castiglione” (Costa, 1998: 149). Costa destaca el motivo fingido y cómico de Piccolomini que enmascara su misoginia y, además, el fuerte vínculo con *Il Cortigiano*, que, aunque sutil, permanece constante en toda la estructura narrativa del diálogo.

Andrea Baldi, en *Tradizione e parodia in Alessandro Piccolomini* (2001), profundiza con habilidad en la relación entre *La Raffaella* y *Il Cortigiano*. Su trabajo examina las diversas etapas de la carrera literaria de Piccolomini, desde los Intronati hasta su regreso a Siena. Con agudeza crítica, identifica un doble rostro del sienés, que por un lado se dedica a las damas de su ciudad natal y por otro muestra un Piccolomini comprometido en “ensayos de tono juguetero” (Baldi, 2001: 5). Según Baldi, este “bifrontismo” encuentra una correspondencia vívida en las obras más célebres de *La Raffaella* y *L'Orazione*. También analizó los aspectos filológico y paródicos en la obra del autor (Baldi, 1992).

Giancarlo Alfano, en la edición crítica moderna de *La Raffaella* (2001), introduce un análisis de la obra con un prefacio en el cual intenta tejer los vínculos entre Piccolomini y otros personajes como Bargagli, Aretino, Leone Ebreo, Laudomia Forteguerra, Betussi, Speroni, además de las referencias a los lugares donde vivió: Siena y Padua. Alfano intenta destacar también los vínculos entre el sienés y España a través de la célebre obra de Fernando de Rojas, *La Celestina*, así como

señalar las fuertes analogías entre Raffaella y las protagonistas de algunas obras coetáneas.

En 2023, Laura Madella publica una edición moderna italiana donde se resalta la excepcionalidad de esta obra en comparación con el resto de la producción del autor y su ambigüedad respecto a sus intenciones, donde se mezclan y confunden el carácter didáctico, la polémica contra las reglas y costumbres, y el carácter cómico propio de la comedia (Madella, 2023).

El estudio de Sandra Plastina, *Politica amorosa e 'governo delle donne' nella Raffaella di Alessandro Piccolomini* (2006), considera un aspecto de *La Rafaela* relacionado con la figura de la mujer en la sociedad de la época, donde el valor del honor se interpreta de manera diferente según el género. Plastina también destaca el aspecto pedagógico del diálogo y la atención que Piccolomini presta a la cuestión de la educación femenina.

Los estudios críticos sobre *La Raffaella* de Alessandro Piccolomini revelan la complejidad y la riqueza de esta obra, que ha sido objeto de análisis desde diversas perspectivas académicas (Ricci, 2015; Piéjus, 1980; Moulton, 2019; Martín-Clavijo, 2021; Romagnoli, 2010; Valentino, 2019; Bortolato, 2023; Fonio, 2004 y Coller, 2005). Desde el examen de los personajes femeninos hasta el análisis de su relación con obras contemporáneas y su contexto histórico, los estudios aquí presentados arrojan luz sobre la singularidad y la importancia de *La Raffaella* en el panorama literario del Renacimiento italiano. Esta obra continúa siendo objeto de estudio y debate, destacando su relevancia en la comprensión de las representaciones de género, la moralidad y la sociedad del siglo XVI.

3. EL AMOR EN LA LITERATURA DEL CINQUECENTO: ENTRE LA FILOSOFÍA Y LA EXPERIENCIA PERSONAL

La Raffaella es una obra del siglo XVI que aborda el tema del amor desde una perspectiva filosófica y social. Se enmarca en un contexto donde la discusión sobre el amor y sus diferentes manifestaciones era un tema relevante en la cultura florentina de la época. La obra refleja la influencia del platonismo renacentista y del neoplatonismo de Marsilio Ficino, así como de otros

escritores y filósofos contemporáneos que exploraron el tema del amor desde diversas perspectivas (Bolzoni, 2007).

En el contexto del Renacimiento italiano, el amor fue objeto de estudio y reflexión por parte de humanistas y neoplatónicos, quienes se inspiraron en las ideas de Platón y Plotino. Esta corriente, conocida como platonismo renacentista, influyó en la producción literaria y filosófica de la época, incluida *La Raffaella*. La obra de Marsilio Ficino, *De Amore*, fue especialmente relevante en este sentido, ya que exploraba el amor desde múltiples perspectivas, incluyendo la mística, la medicina y la cosmológica.

En *La Raffaella*, se abordan temas como la naturaleza del amor, su relación con la espiritualidad y la belleza, y su impacto en la sociedad y en las relaciones humanas (Residori, 2011). A través de diálogos entre personajes, se discuten diferentes concepciones del amor, incluyendo el amor espiritual y el amor físico, así como sus implicaciones éticas y morales. La obra también presenta personajes femeninos fuertes y con voz propia, como Raffaella, quien desafía las convenciones sociales de su época al hablar abiertamente sobre el amor y la sexualidad.

La Raffaella se destaca por su enfoque innovador en el tratamiento del tema del amor y por su representación de personajes femeninos empoderados y complejos (Richardson, 2017). A través de sus diálogos y reflexiones, la obra invita al lector a cuestionar y reflexionar sobre la naturaleza del amor y su papel en la sociedad renacentista.

4. LAS PALABRAS FRÍVOLAS Y CORRUPTORAS DE *LA RAFFAELLA*

En la obra editada en el presente volumen se manifiesta el poder de la palabra y su impacto en la moralidad y conducta de las mujeres durante el Renacimiento italiano. Rafaela empieza dispensando consejos como en cualquier otro manual de conducta dirigido a las mujeres de clase burguesa, pero en un momento determinado se desvía por completo de cualquier ruta aleccionadora para terminar en el *maliloquium* de la mentira, la adulación, el insulto, la paradoja y la inversión de roles masculinos y femeninos.

Las protagonistas representan dos utilizaciones diferentes de la palabra: trivial en Margarita, que se pierde en los chismes, en las recetas de belleza o los consejos de moda, y corruptora en Rafaela, al servicio del eros y del adulterio. Sus consejos antipedagógicos la identifican como alcahueta que pervierte con su conversación a la inocente Margarita¹. El diálogo que se desarrolla entre ambas, aislado entre las paredes domésticas, permite “disolver” las ataduras sociales de Margarita, joven esposa de un marido que la deja sola durante largos periodos de tiempo. Mientras que Rafaela se presenta desde el principio como una mujer “suelta”, sin vínculos matrimoniales o familiares (Sarti, 1999), que se muestra en su individualidad de sujeto que expresa sus deseos más allá de las normas sociales (Batkin, 1992).

Las frivolidades y habladurías que se intercambian no son pasatiempos inocentes, sino que las caracterizan como malas lenguas que dañan la reputación de otras mujeres. Las palabras de Rafaela, que debieran ser edificantes y conducir por la recta vía a Margarita, se mueven en dirección opuesta, suscitando deseos prohibidos. Los fútiles consejos de Rafaela y su *vaniloquium* provocan el alejamiento de la interioridad y de la relación con Dios y desvían a Margarita de su papel doméstico de esposa.

Su charla sobre las cuestiones domésticas denota su clase social y cultural, muy por debajo de las mujeres nobles y cultas de la ciudad de Siena a las que se dirige idealmente el diálogo. Según uno de los fundadores de la Academia de los Intronati:

Le donne ancora debbon guardarsi di non entrare in certi ragionamenti che mostrano bassezza d'animo e che hanno troppo del plebeo, come sarebbe il ragionar delle lor fanti o delle loro tele e di quante n'abbiano ordite e di quanto lino abbiano comperato quest'anno. E poco sono ancora da commendare alcune che non sanno ragionar d'altro che de'

¹ Andrea Baldi habla de tratamiento “paródico” de los valores educativos (Baldi, 2001: 125), que no pueden proponerse como método pedagógico sino es bajo el prisma del juego y de la provocación.

loro bambini. E alcune altre che dicono tutti i fatti di casa e non ragionano altro che del lor marito. Io vorrei bene che la donna in ogni suo ragionamento mostrasse osservanza verso il marito e amor verso i figliuoli e cura verso la casa, ma se sarà accorta, quando non ragioni con persone dimestiche, fuggirà di parlare delle cose famigliari, perché così si mostra donnicciuola e non donna (Bargagli, 1982: 74).

En el *excursus* de Rafaela e Margarita se produce, entonces, una evolución que las transforma de “mujeres de poca importancia” a “dueñas”, al abandonar los argumentos propios de la casa y lo doméstico, para afrontar los del amor. Los personajes femeninos que hablan de amor o con quienes se puede conversar de amor (aunque sea adúltero), quedan sometidos a un proceso de idealización que, en el caso de Margarita, es un proceso de emancipación. Esta metamorfosis se señala en las palabras de apertura y fin del texto. Mientras en un principio Margarita es presentada por Rafaela como hacendosa ama de casa: “Dio ti dia il buon dì, Margarita. Mai sì stanno coteste mani, chè sempre ti trovo a lavorare e ricamar qualche cosa”², al final del dialogo deja de interesarse por las tareas manuales para discurrir por otros caminos mentales:

Il mio marito non è in Siena, e, quando ci fosse, mi dá bene il cuore di essere savia a bastanza, se già la fortuna non mi è contraria.
(...)

Tutte le ragioni son vostre, monna Raffaella, lo vi confesso ogni cosa; ed infin or conosco che bisogna parlar con chi sa, a voler diventar savia: chè mi par aver piú guadagnato di giudizio in questo poco di tempo oggi, che io son stata con voi, che in tutto il resto ch'io son vissuta.

² Las citas de la obra en italiano *La Raffaella* no se citan por encontrarse en la presente edición.

La idea del adulterio ha despertado en Margarita cualidades durmientes, aunque estén al servicio de la simulación y el engaño. De hecho la palabra “sabia” se repite varias veces para describir el efecto que los consejos de Rafaela han producido en ella.

La libertad con la que Rafaela usa el lenguaje es paralela a su libertad de movimientos, ambas son propias de su caracterización como alcahueta, que le permite entrar y salir de las casas de sus clientes (Moreno-Lago y Duraccio, 2022). Su experiencia en materia de amor es el punto central en torno al cual gira el corpus pedagógico ofrecido a la joven. Sus razonamientos se ven reforzados por una capacidad locutiva que se expresa mediante el uso de técnicas persuasivas que conducen a la total subordinación psicológica de la joven Margarita. Esta habilidad retórica de Rafaela refuerza su identificación con la figura de la “cortesana honesta”, representante de una categoría social, ética e intelectual que expone sus ideas sin vergüenza, trazando un claro paralelismo con autoras como Verónica Franco o Tullia d'Aragona y con otras cortesanas-personajes presentes en otros tratados como el *Dialogo d'amore* (1535) di Sperone Speroni, el *Ragionamento della Nanna e dell'Antonia* (1534) y el *Dialogo della Nanna* (1936) de Pietro Aretino, y el *Raverta* (1544) de Giuseppe Betussi.

Mientras que Rafaela, como cortesana honesta tiene una relación más libre con la palabra. Margarita, como mujer de familia, rompe con que “el silencio es el garante de su integridad espiritual y su respetabilidad -la integridad del cuerpo y la integridad de la palabra- van de la mano” (Sanson, 2003: 233). Rafaela simboliza la emancipación cultural de la mujer, la condición privilegiada de la cortesana, pero también su condición degradada.

Los tratadistas del siglo XVI, preocupados por seguir de cerca hasta los gestos más minúsculos de la existencia cotidiana de las mujeres, intentan ofrecer normas de referencia para cada acontecimiento que articula la jornada de la buena cristiana, desde el vestido hasta la educación, desde el paseo por la calle hasta la comida en la mesa. El juego entre interioridad y exterioridad se expresa en la exhibición de la vergüenza, que no deja de mostrar su doble cara de emoción generada por un juicio íntimo del yo bajo la presión de la mirada de los demás. Rafaela

visualiza este sentimiento solo en relación con su posición social y sus circunstancias económicas, aunque está también relacionada con la *captatio benevolentia* de Margarita hacia su persona:

Oimè, Margarita! Benchè tu mi vegga cosí vestita, hai da sapere che io fo poi in casa de' belli stentolini. Ma lo dimostro manco ch'io posso per vergogna; ed a te, che posso dire ogni cosa, posso giurar che spesso non ho briciola di pane in casa.

En cambio, en el caso de Margarita, el sentimiento de vergüenza está ligado al comportamiento ético, a la verecundia o al pudor sexual, sabiendo que entretenerse en la conversación con Rafaela ya rompe las reglas del decoro y el honor, porque ese intercambio de palabras ya está impregnado de ese placer que se preanuncia en la relación extramatrimonial: “Monna Raffaella, io vi sto a udir per balorda, tanto mi piace quel che voi mi dite”. Rafaela, por su parte, ignora el pudor que rige el discurso femenino y elimina el sentimiento de vergüenza, llamando las cosas crudamente, sin tapujos: “Corna sarebbero, se si sapesse. Ma, sapendo tener la cosa segreta, non so conoscere che vergogna gliene segua”.

Entre las virtudes que conforman el modelo femenino de la mujer respetable, que también se reflejan en el uso de las palabras, figura también la modestia, cualidad que Rafaela no posee, pero que repite insistentemente a Margarita, en un eco de los manuales de conducta del Renacimiento:

E, replicandoti, ti dico che insomma ella ha da aver sempre avvertenzia che ogni suo minimo passo o parola o atto sia pieno di quella modestia, che tanto si ricerca a le donne.
(...)

Ma, confidandoti non poterlo fare, ti consiglio, da figliuola, che tu hai (salvando sempre la modestia ed onestá tua) da passare i tuoi anni giovenili allegramente.
(...)

In ogni luogo, dove gli accada di conversare o con donne o con uomini, abbia avvertenza costei di non si lassar mai trasportar a far un minimo movimento, o dir una minima parola, che passi il termine de la modestia ed onestá.
(...)

Faccia, oltre a ciò, una gentildonna professione di gentil e cortese con tutti quelli che conversano in luogo dov'ella sia, salvando però sempre in paese la modestia e l'onestá sua.

En el contexto de los tratados del siglo XVI, la modestia distinguía a la dama en sus diversas condiciones y en las diferentes etapas de su vida. En *La nobilta delle donne* (1549), Lodovico Domenichi cita el temperamento, como una virtud fundamental de la que se derivan otras como “vergüenza, modestia, abstinencia, honestidad, sobriedad y pudor” (Domenichi, 1549: 64). En la modestia está implícita la noción de moderación (*modus*) y el justo medio (*mediocritas*), que en Rafaela solo aparece en relación con las tareas domésticas y la relación adúltera, que deben estar regidas por el orden y la disciplina

Los detallados consejos de Rafaela sobre el orden de la casa contradicen el desorden moral que provocan sus ideas sobre la búsqueda del amor fuera del vínculo matrimonial. Piccolomini utiliza en sentido irónico las ciencias morales, descritas por Platón y Aristóteles en su pedagogía, para presentar su diálogo como un compendio didáctico que acompaña la formación de la joven Margarita. La misma disciplina y autodisciplina debe presidir también su relación con su amante. El objetivo es que Margarita logre un buen gobierno de sí misma, por eso Rafaela le dice:

Or io non voglio ancora che una gentildonna doni il suo amore a persona che abbi moglie. (...) E questo ti dirò ancor, inanzi che io mi parta. Or i non voglio ancora che costei, di chi noi parliamo, sia frettolosa e súbita, ma paziente e riposata, ed aspetti che le occasioni venghino, se non oggi, domane, tanto che venghino, e, venendo, sappile

tórre, e non le lassi passar per niente; chè non tornano poi indietro per richiamarle.

Margarita se comporta como una esposa que no respeta la obediencia ni el silencio, que están estrictamente relacionados con la castidad femenina. Su discurso transgresor y, por lo tanto, el exceso verbal inapropiado están aquí claramente asociados con el desenfreno sexual (Gibson, 2006: 1-2). Piccolomini juega intertextualmente con los tratados moralistas y de conducta de su época, como el de Juan Luis Vives, donde se insiste reiteradamente en que la castidad en la mujer es la principal virtud:

Ma non si ricerca ne la donna eloquenza ingegno o prudenza o arti di vivere, ne maneggio di republica, ne giustizia o benignita, ma solamente [...] che ella sia pudica. E mancandole questo tanto e come se mancasse a l'huomo ogni cosa, perche la pudicizia vale in lei quanto tutte le altre vertu ne l'huomo. [...] Che cosa resta di bene a la donna, perduta la pudicizia? (Vives, 1996: 82).

Siguiendo el ejemplo de Bandello en sus novelas, Piccolomini da un espacio amplio al cuerpo y a la gestualidad cuyo objetivo es implicar emotivamente a sus lectores. Rafaela usa un lenguaje expresivo que pone la mímica en el centro de atención a través de miradas, gestos y movimientos. Precisamente las mujeres de Siena van a ser caricaturizadas a través de sus torpes movimientos o sus cuerpos deformados.

En conclusión, *La Raffaella* de Alessandro Piccolomini permite realizar un estudio sobre el poder de la palabra y su influencia en la moralidad y conducta de las mujeres en el Renacimiento italiano. A través del diálogo entre las protagonistas, Margarita y Rafaela, el autor muestra dos facetas distintas del uso del lenguaje: la trivialidad representada por Margarita, sumida en chismes y consejos de moda, y la corrupción encarnada por Rafaela, cuyas palabras conducen al adulterio y la desviación moral.

Las palabras de Rafaela, lejos de ser edificantes, desvían a Margarita de su papel doméstico y la sumergen en deseos

prohibidos, erosionando su relación con Dios y su función como esposa. A medida que avanza el diálogo, las protagonistas abandonan los temas propios del hogar para adentrarse en el terreno del amor, lo que representa una evolución hacia la emancipación cultural y emocional, especialmente para Margarita.

El contraste entre la modestia y la libertad lingüística refleja las tensiones sociales y éticas de la época, mientras que el uso irónico de las ciencias morales por parte de Piccolomini subraya la transgresión de las normas sociales y morales por parte de los personajes. En este contexto, la obra nos invita a reflexionar sobre el papel de la mujer en la sociedad renacentista y las complejidades de su identidad y libertad.

A través de un análisis intertextual con otros tratados y obras literarias de la época, se puede apreciar el ingenio y la profundidad de *La Raffaella*, que trasciende su aparente simplicidad para ofrecer una visión multifacética de la condición femenina en el Renacimiento italiano. En definitiva, esta obra nos brinda una ventana única al mundo de las mujeres renacentistas y su compleja relación con el poder de la palabra.

6. NOTAS A LA TRADUCCIÓN

Esta edición se presenta como una obra bilingüe, con el objetivo de permitir a los lectores disfrutar tanto del texto original en italiano como de su correspondiente traducción al español. El diálogo *La Raffaella* de Alessandro Piccolomini se caracteriza por un estilo lingüístico propio del siglo XVI, que refleja las convenciones y modismos de la época renacentista.

Durante el proceso de traducción, nos enfrentamos a diversas dificultades, entre las cuales destaca la adecuada transmisión de los artificios retóricos utilizados por Piccolomini. Además, encontramos términos específicos del vestuario y la cosmética renacentista, como “camorra” o “solimato”, cuya equivalencia en español actual supuso un desafío adicional.

Se ha procurado mantener el tono y el estilo de la obra original, adaptando las expresiones y giros lingüísticos al español contemporáneo para facilitar la comprensión y la apreciación por

parte del lector actual. Es fundamental mencionar que el texto italiano se ha reproducido fielmente en cuanto a su grafía y puntuación originales, sin realizar modificaciones que alteren su autenticidad histórica.

Con esta edición, aspiramos a ofrecer una experiencia de lectura completa y fiel al espíritu de la obra de Piccolomini, respetando su legado literario y cultural, al tiempo que proporcionamos al lector contemporáneo las herramientas necesarias para adentrarse en este diálogo sobre la educación y el papel de la mujer en el Renacimiento.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR GONZALEZ, JUAN (Ed y Trad.) (2024). *Las dos cortesanas* de Lodovico Domenichi. Madrid: Dykinson.
- ÁLVAREZ JURADO, M. (2012). “Traduire pour instruire: Du Dialogo della bella creanza delle donne d'Alessandro Piccolomini (1539) à l'Instruction pour les jeunes dames de Marie de Romieu (1572)”. *Aspects of Literary Translation: Building Linguistic and Cultural Bridge in Past and Present* (pp. 305-315). Francke Verlag.
- ARRIAGA FLÓREZ, M. (coord.) (2021). “Voces masculinas en la Querelle des Femmes”, monográfico *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, 19. DOI: <https://doi.org/10.6018/cartaphilus>.
- ARRIAGA FLÓREZ, M. & MORENO-LAGO, E. (2023). “Las dedicatarias de los «Cento Sonetti» de Alessandro Piccolomini”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, 11(2), 183-197.
- ARRIAGA FLÓREZ, M. y CERRATO, D. (2021). “Tra Malmaritate e Mezzane: il Mondo alla Rovescia ne La Raffaella di Alessandro Piccolomini”, *Quaderni d'Italianistica*, 42 (1), pp. 163-188.
- ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes (Ed y Trad.) (2024). *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci y Oración en alabanza de las mujeres* de Alessandro Piccolomini. Madrid: Dykinson.
- BALDI, A. (1992). “Alessandro Piccolomini, tra impegno filogino e parodia”, *Italian culture*, 10(1), 53-65.

- BALDI, A. (2001) *Tradizione e parodia in Alessandro Piccolomini*. Lucca: Pacini Fazzi.
- BARGAGLI, G. (1982). *Dialogo de' Giuochi che nelle vegghie Sanesi si usano da fare*. A cura di P. D'Incalci Ermini. Siena: Accademia Senese degli Intronati.
- BATKIN, L.M. (1992). *L'idea di individualità nel Rinascimento italiano*, Roma-Bari.
- BOLZONI, L. (2007). "L'amore e le donne nella trattatistica degli anni Trenta", *Centre Interuniversitaire De Recherche Sur La Renaissance Italienne*, 31-46.
- BORTOLATO, I. (2023). «*La vita de le maritate*» nella trattatistica femminile rinascimentale. *Le interpretazioni di Pietro Aretino e Alessandro Piccolomini del modello boccacciano*. Tesis doctoral, Universidad de Padua, 2023.
- CERRATO, Daniele (2024). *La Querelle des Femme nei primi secoli della letteratura italiana*. Guittone D'Arezzo, Andrea da Grosseto e Faustino da Tredozio. Madrid: Dykinson.
- COLLER, A. (2005). *Bella creanza and female destrezza: Women in Italian Renaissance comedy*. New York University .
- COSTA, D. (1998). "La Raffaella di Alessandro Piccolomini: un'armonia nella disarmonia", in *Disarmonia bruttezza e bizzarria nel Rinascimento*. Firenze: Franco Cesati, pagg. 145–154.
- DOMENICHI, L. (1549). *La nobiltà delle donne*, Giolito dei Ferrari, Venezia.
- DURACCIO, Caterina (Ed.) (2024). *Diálogo de la dignidad y de la nobleza de las mujeres*, de Crsitofano Bronzini. Madrid: Dykinson.
- FONIO, F. (2004). "Concetta Menna Scognamiglio, Il percorso del Dialogo de la bella creanza delle donne in Italia e in Francia", *Studi Francesi. Rivista quadrimestrale fondata da Franco Simone*, (144 (XLVIII| III)), 590-591.
- GIBSON, J. (2006). "The Logic of Chastity: Women, Sex, and History of Philosophy in the Early Modern Period", *Hypatia*, IV, pagg. 1–19.
- MARTÍN-CLAVIJO, M. (2021). "La mujer y el arte de la "dissimulazione onesta" en "La Raffaella: Ovvero della Bella Creanza delle Donne"(1539) de Piccolomini: ¿una obra filógina?", *Cartaphilus*, (19).

- MASCARELL GARCÍA, María (Ed.) (2024). *La bella e dotta difesa delle donne*, de Luigi Dardano. Madrid: Dykinson.
- MAURIELLO, A. (1971). “Cultura e società nella Siena del Cinquecento”, *Filologia e Letteratura*, XVII, n. 1.
- MORENO-LAGO, E. (2021). “Laudomia Forteguerra y los autores de la Querrela de las mujeres”, *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, 19.
- MORENO-LAGO, E. y DURACCIO, C. (2022). “Palabras en boca de mujeres. La Raffaella de Alessandro Piccolomini”, *Estudios románicos*, 31.
- MOULTON, I. F. (2019). “Vagina Dialogues: Piccolomini’s Raffaella and Aretino’s Ragionamenti”, en *Sex, Gender and Sexuality in Renaissance Italy*. Routledge, 2019. p. 211-226.
- PICCOLOMINI, A. (1539). *Dialogo della bella creanza de le donne*. Venezia: Curzio Navò.
- PICCOLOMINI, A. (2001) *Dialogo della bella creanza delle donne*. G. Alfano (ed.). Roma: Salerno editrice.
- PICCOLOMINI, A. (2023). *Dialogo de la bella creanza de le donne* (1539). Laura Madella (ed.). Roma: Anicia
- PIÉJUS, M.-F. (1980). “Venus bifrons: le double idéal féminin dans "La Raffaella" d'Alessandro Piccolomini”, en Guidi, J., Piéjus, M.-F., e Fiorato, A.-C. (a cura di) *Images de la femme dans la littérature italienne de la Renaissance. Préjugés misogynes et aspirations nouvelles*. Paris: Université de la Sorbonne Nouvelle, pagg. 81–167.
- PLASTINA, S. (2006). “Politica amorosa e "governo delle donne" nella Raffaella di Alessandro Piccolomini”, *Bruniana & Campanelliana: ricerche filosofiche e materiali storico-testuali*, XII, 1, pagg. 83-94.
- QUONDAM, A. y PATRIZI, G. (1988) *Educare il corpo educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*. Roma: Bulzoni.
- RESIDORI, M. (2011). “Enseigner la morale, réformer l’écriture: l’Institutione (1542) d’Alessandro Piccolomini”, en M.-F. Piéjus, et alii (ed.) *Alessandro Piccolomini (1508-1579). Un siennois à la croisée des genres et des savoirs*, CIRRI, pp.65-81, 2011.
- RICCI, M. T. (2015). “Il Dialogo delle bella creanza delle donne (1539) d’Alessandro Piccolomini et le Dialogo dell’istituzione

- delle donne (1545) de Lodovico Dolce”, *Les États du dialogue à l’âge de l’humanisme*, 417-425.
- RICHARDSON, B. (2017). ‘Amore maritale’: Advice on Love and Marriage in the Second Half of the Cinquecento. In *Women in Italian Renaissance culture and society* (pp. 194-208). Routledge.
- ROMAGNOLI, A. (2010). “Piccolomini: uno scrittore filogino. La Raffaella: "uno scherzo giovanile", ma fino a che punto?”, *Quaderns d’Italià*, 15. Pagg. 129-137.
- SANSON, H. L. (2003). “Ornamentum mulieri brevilocuentia: donne, silenzi, parole nell’Italia del Cinquecento”, *The Italianist*, 23(2), pagg. 194–244.
- SARTI, R. (1999). *Vita di casa. Abitare, mangiare, vestire nell’Europa moderna*, Roma-Bari , pp. 145-152.
- VALENTINO, G. (2019) “Alessandro Piccolomini. La Raffaella”, *Escritoras Italianas Inéditas en la Querrela de las mujeres: traducciones en otros idiomas, perspectivas y balances. Volumen I*. Salvatore Bartolotta e Tormo-Ortíz, M. (ed.) Madrid: UNED, pag. 400-412.
- VIVES, J. L. (1996). *De institutione feminae christianae. Liber primus*. A cura di Fantazzi C. Matheussen C. Leiden, New York: Köln Brill.

LA RAFAELA. DIÁLOGO DE LA BUENA
CRIANZA DE LAS MUJERES

Alessandro PICCOLOMINI

I
DIÁLOGO DE LA BUENA CRIANZA DE LAS MUJERES
DEL ATOLONDRADO “INTRONATO”³

EL ATOLONDRADO “INTRONATO”
A LAS MUJERES QUE LEEN

Cuánto he sido siempre, nobilísimas mujeres, vuestro afectuoso y conocedor de vuestras bellezas y virtudes, además de que vosotras mismas deberíais saberlo, aquellos, más que otros, podrían daros una clarísima información, los cuales, cegados en la luz del intelecto, fuera de toda razón se han dejado envolver en tan vil fango y fea mancha, como es hablar en detrimento de vosotras mujeres: lo cual, cuánto está fuera de vuestros méritos, yo, por uno, lo sé, lo quiero saber y siempre lo sabré. Estos tales, digo, podrían ser buenísimo testimonio de mi ánimo, como aquellos que se han encontrado más de una vez en lugares donde yo con razón y con cólera los he reprendido y amonestado gallardamente; más, en verdad, porque mi naturaleza y el deber del hombre de bien me obligan a hacer así, que por necesidad que vosotras tengáis. Porque ya conozco que, con el escudo de vuestras virtudes, sois suficientes para defenderos contra cualquier cosa; en cuyo escudo, puntas de venenosas lenguas no pueden hacer daño de ninguna manera. Aunque suceda a veces que, si bien malas lenguas cerca de aquellos que tienen un punto de juicio no hacen daño alguno a una mujer, sin embargo, hay otros que, no considerando las cosas detenidamente, dan gran fe a lo que oyen: y por esto se puede decir que en tales cosas no son del todo vanas las defensas que hago constantemente por vuestro honor. Así que, estando yo con todo el corazón y con todas mis fuerzas de vuestra parte, como lo estoy, estoy seguro de que, si en esta ocasión os traigo un *Diálogo* para leer, en el cual se reprime y reforma alguna parte, que en algunas de vosotras en

³ El término “Stordito Intronato” se traduce como “Atolondrado Intronato” porque “atolondrado” es el apodo que Piccolomini escogió al ingresar en la Academia de los Intronati de Siena. Este apodo se refiere a su carácter y actitudes, reflejando su disposición a adoptar un enfoque despreocupado y jovial hacia la vida y el arte.

verdad (porque entre nosotros podemos decir cualquier cosa) no sea del todo digna de alabanza, estoy seguro, digo, que vosotras, no solamente no os sentiréis indignadas ni me guardaréis rencor, sino que lo tomaréis en buena parte, y consideraréis como cierto, como lo que es, que lo he hecho con un buen fin, para reparar, si puedo, algunas partes no tan buenas, que, entre muchas virtudes, veo indebidamente mezclarse en algunas de vosotras; así que nazca de esto, que vosotras, desechando lo que no es tan bueno, permanezcáis en esa perfección en la cual la naturaleza os ha creado. Y, aunque estos tales defectos, que digo que existen en algunas de vosotras, no son cosas de gran importancia en última instancia, sin embargo, aquellos que desean hablar mal de cualquier cosa se aferran a todo, y lo exageran de tal manera, mezclando lo verdadero con lo verosímil, que hacen que cualquier cosa mínima parezca muy grande. Y por esto las mujeres deben tener en cuenta que cualquier pequeña mancha que vean en sí mismas debe ser eliminada tanto como sea posible, para que la belleza del alma y del cuerpo brille con claridad, sin ningún velo que lo cubra. Y, yo sabiendo esto, he sido impulsado por el amor que os tengo a esforzarme por reparar lo que puedo. Y, para no señalar específicamente a aquellas mujeres que sé que lo necesitan, dirijo mi *Diálogo* a todas vosotras, nobilísimas mujeres, porque sé muy bien que aquellas que se sientan sin necesidad podrán considerar que no ha sido dirigido a ellas; y las demás, entonces, cada una podrá tomar lo que le parezca conveniente y dejar el resto a las otras gradualmente. En ese *Diálogo*, con los argumentos que entenderéis, se podrá conocer abiertamente la vida y las maneras que corresponden a una mujer joven, noble y bella. Y, si por casualidad, mis queridas mujeres, alguna vez os encontráis leyéndolo en presencia de algunos de estos malignos, que, entre otras mentiras que dicen sobre vosotras mujeres, suelen afirmar que en el alma de las mujeres nunca pueden surgir grandes conceptos y sentencias profundas y juiciosas, sino solo discursos frívolos y desenfrenados; y por esto, al parecer, este *Diálogo*, lleno de utilísimos consejos, querrán decir que es imposible que haya surgido de una mujer llamada señora Rafaela, como yo presupongo: a estos tales, aunque no merecen respuesta, sin embargo, quiero ser lo suficientemente cortés como para ofrecerles la oportunidad de responderles, de mi

parte, que yo, con toda su voluntad, les demostraré con innumerables razones y ejemplos infinitos que están totalmente equivocados, y que las mujeres pueden razonar y juzgar, aconsejar y prever en cualquier caso de importancia tan bien como los hombres; y, si hay alguna ventaja, está en ellas. Y decídselo con audacia, porque, ayudado por la verdad, me siento totalmente capaz de hacerlo: ¡son tan pésimos, malignos, escandalosos! Pero dejémoslos ir, que me irritaría fácilmente. Todavía tengo dudas, mis amadas mujeres, de que algunas de vosotras, siendo poco experimentadas en los asuntos del mundo y acostumbradas entre los juguetes y enredos, se sorprendan al encontrar en este *Diálogo* que, entre otras buenas partes que digo que corresponden a una dama, considero sumamente adecuado que ella, con gran destreza, elija un único amante en este mundo, y junto con él disfrute secretamente el fin de su amor. A estas, tan ingenuas, que se sorprenden por esto, me creería capaz de demostrarles con tanta claridad que están completamente equivocadas, y con tan buenos argumentos hacerles ver que es así, que confesarían que yo entiendo más de las cosas del mundo que ellas. Pero porque, si me adentrara en este tema, tendría tantos argumentos y material que el prefacio se volvería más largo que el diálogo, por eso resuelvo que es mejor, mis queridas mujeres, ofrecerme a aquellas de vosotras que no tengan esa opinión tan tonta, que creen que no es propio de una dama preocuparse por el amor; y mostrarles en otro momento, con argumentos vivos y vigorosos, cómo se debe entender esta cuestión del honor. Os confieso francamente: dado que los hombres, fuera de toda razón y tiránicamente, han establecido leyes queriendo que una misma cosa sea sumamente vituperable para las mujeres y un honor y grandeza para ellos; ya que es así, os confieso y afirmo que si una mujer pensara en dirigir un amor con poca sabiduría, de manera que surgiera el menor indicio de sospecha, cometería un grandísimo error, y yo, más que otros, la censuraría en mi alma, porque sé muy bien que esta cuestión es de suma importancia para las mujeres. Pero sí, por otro lado, mis queridas mujeres, estáis llenas de tanta prudencia, sagacidad y templanza que sepáis manteneros y disfrutar de vuestro amante, elegido por vosotras, hasta que duren vuestros años, en secreto, de manera que ni el aire ni el cielo puedan sospecharlo jamás, en este caso os digo y

os juro que no podéis hacer cosa más gratificante y digna de una dama que esta. Y sobre esto me gustaría daros tantas razones, lo cual os beneficiaría; pero me reservo para otro momento. Por ahora, esto os baste: que la situación es como os digo, que si queréis poder decir en vuestro corazón que habéis vivido en este mundo, necesitáis tener esta parte que os he mencionado; porque de lo contrario, llevar los años jóvenes sin conocer el amor, se puede decir que es lo mismo que estar muertas siempre. Así que abrazad, mis queridas mujeres, este amor con todo vuestro ser, pero con astucia, y si no os beneficia, lamentadlo por mí, y si recibís alguna crítica, decid que fui yo. Y con esto basta por ahora. Os ruego por favor que leáis el *Diálogo* hasta el final con la disposición de sacar algún provecho, y recordadme, como aquel que siempre piensa en hacer algo en servicio y utilidad y en vuestra satisfacción. Adiós.

En Lucignano di Valdasso, el día XXII de octubre de MDXXXVIII

INTERLOCUTORAS:

SEÑORA RAFAELA Y MARGARITA

RAFAELA.- Que Dios te dé buenos días, Margarita. Tus manos nunca descansan, siempre te encuentro trabajando y bordando algo.

MARGARITA.- ¡Oh, bienvenida, señora Rafaela! ¡Ya era hora de que vinierais a visitarme! ¿Qué es de usted?

RAFAELA.- Pecados y cansancio, como las de las viejas. ¿Qué quieres que te diga?

MARGARITA.- Sentaos un momento aquí conmigo. ¿Cómo te va?

RAFAELA.- Vieja, más pobre que nunca, con la cabeza cada vez más en la tumba.

MARGARITA.- ¡Oh! No digas eso, porque tanto los jóvenes como los viejos se van así, cuando Dios quiere.

RAFAELA.- El morir me importaría poco: más pronto hoy que mañana, ¿qué tengo que hacer en este mundo de todos modos? Y la pobreza también, al final la soportaría con paciencia (aunque es muy duro ser pobre para quien nació noble, como yo); pero lo que me duele es verme llena de pecados, y cada día cometo más.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Qué dirán las demás si vos, que sois para mí una santa, pensáis que tenéis tantos pecados? ¿Y qué pecados podríais tener vos, que siempre os veo con el rosario en mano, y pasáis todo el día por estas iglesias?

RAFAELA.- No te puedo negar que mi mayor consuelo no son esas misas y oficios de San Francisco, que nunca me pierdo uno, cuando puedo. Pero, ¿qué son estos en comparación con los pecados que se comenten todo el día?

MARGARITA.- Son bastante. Yo, por mi parte, creo que iréis al paraíso derecha, derecha. Pero ¿qué significa que no venís a menudo como solíais?

RAFAELA.- Te diré la verdad, hijita. He dejado de venir muchas veces porque sé que las viejas y pobres, como yo, solo causan molestias donde van; pero esto no ha impedido que siempre

me acuerde de ti, y siempre rezo a Dios por toda tu casa cuando se recita el Magníficat en las vísperas de San Francisco.

MARGARITA.- Estás equivocada, señora Rafaela, al pensar que me molestarías cuando vienes a mi casa; más bien siempre me gusta conversar contigo. Y sabes cuánta fe tenía mi madre en tus palabras y consejos, y cuánto consuelo encontraba en ellos. Y lo mismo hago yo.

RAFAELA.- ¡Ay de mí! ¿Y qué consuelo puede dar una que está de sobra en este mundo?

MARGARITA.- Basta que sea como os digo; y sabéis cuánto os han mimado siempre.

RAFAELA.- Es verdad. Me habéis mimado más de lo que merezco.

MARGARITA.- Entonces, ¿por qué no venís más?

RAFAELA.- Para decirte cómo está la cosa, evito venir tanto como puedo, no porque no disfrute verte, sino porque nunca vengo sin que me asalte algo de lo cual tengo una gran conciencia con Dios meser Domeneddio.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Y por qué?

RAFAELA.- Me avergüenzo, Margarita, incluso al pensarlo, no digamos al compartirlo con otros: pero dejémoslo pasar.

MARGARITA.- ¡Cómo! ¿Entonces os avergonzáis de compartir vuestras preocupaciones, cuando sabéis que os tengo en lugar de madre?

RAFAELA.- ¡Qué sé yo! Si llegara a oídos de otras personas...

MARGARITA.- Mostráis tener poca fe en mí si dudáis que confíe en otros lo que no queráis.

RAFAELA.- Prometedme mantener la boca cerrada.

MARGARITA.- En eso os doy mi palabra; ahora, por favor, decidme qué significa todo esto.

RAFAELA.- Sobre tu palabra, te confesaré mi pecado, que nunca he revelado a nadie excepto a mi confesor. Cada vez que te veo, Margarita, y contemplo tu belleza y juventud, inmediatamente me viene un recuerdo de aquellos años en los que yo era joven. Y, recordando que no supe aprovechar aquel bello tiempo que tuve, el diablo, para llevarme al desastre, me introduce, sin que yo pueda ayudarme, un remordimiento y una pena que me dejan desesperada durante varios días, sin oír misa ni realizar oficios ni hacer nada bueno. Y, para no caer

en este pecado, como te dije, evito tanto como puedo verte a ver, porque me pesa mucho en el alma.

MARGARITA.- ¡Cuánto me sorprendéis! Jamás habría pensado en esto. Pero seguro que os pasa lo mismo, y más, cuando estáis con esas otras, que son más bellas que yo.

RAFAELA.- Nunca me he dado cuenta de que nadie me haga tanto daño como tú. Ya sea porque en verdad no hay en Siena hoy en día belleza igual a la tuya, o por cualquier otra razón: lo cierto es que es así.

MARGARITA.- Cada día me demostráis ser más devota, señora Raffaella, ya que os pesa tan poco una cosa tan insignificante.

RAFAELA.- ¡Consideras insignificante recordar no haber cometido errores y arrepentirse de ellos, eh! ¡No sé cómo no me traga la tierra!

MARGARITA.- Sería mucho peor recordar haberlos cometido.

RAFAELA.- ¡Oh, no digas eso, hijita! Piensa que tengo más experiencia en este mundo que tú, y ahora ya sé cómo buscarle los tres pies al gato en cuestiones de conciencia.

MARGARITA.- Os creeré, porque sé que sabéis de estas cosas vuestra parte, según me contaba mi madre varias veces.

RAFAELA.- ¡Oh, cuánta fe tenía esa bendita alma de tu madre! ¡Oh, Dios sabe cuánto amor le tenía! Puedo decir que la crié yo misma.

MARGARITA.- ¿Quién mejor que yo lo sabe, que no podía vivir sin vos?

RAFAELA.- Teníamos parentesco, porque su hermana era cuñada de mi sobrino.

MARGARITA.- Sí, me lo decía.

RAFAELA.- Ahora, Margarita, sabes por qué razón he dejado de visitar tu casa desde hace un tiempo.

MARGARITA.- Seguro que habría pensado cualquier otra cosa.

RAFAELA.- Por otro lado, me remuerde el alma no venir, porque no siento que esté cumpliendo mi deber, como lo ordena la Epístola en la misa y también las ganancias.

MARGARITA.- ¿Por qué?

RAFAELA.- ¿Cómo «por qué»? ¿No sabes que el Señor dice en la misa de la Virgen: «ayuda a tu prójimo»? Y por eso, por ser vieja, por conocer ya el mal y el bien, debería advertir y aconsejar a las jóvenes (especialmente aquellas con las que

tengo cierta confianza, como contigo) sobre muchos errores en los que podrían caer fácilmente, por falta de experiencia en el mundo, para que aprendan, a costa de otras, esos peligros que yo y muchas otras viejas, por falta de quienes nos hayan aconsejado y advertido, conocimos a nuestra propia costa. Y eso sería verdadera caridad.

MARGARITA.- Puesto que hemos entrado en este razonamiento, decidme un poco: ¿de qué creéis que deberíamos ser advertidas principalmente nosotras, las jóvenes?

RAFAELA.- De muchas cosas. Y, entre otras, de esto que te he dicho antes: que, si no se disfruta de algún placer modestamente cuando una es joven, se cae en tal desesperación en la vejez, que nos envía directamente a la casa del diablo calentitas, calentitas, como ves que temo que me pase a mí.

MARGARITA.- ¿Y qué tipo de placeres deberían ser los nuestros?

RAFAELA.- De aquellas cosas que suelen deleitar comúnmente a las mujeres jóvenes: como encontrarse a menudo en fiestas, banquetes, reuniones; vestirse con elegancia, adornarse con joyas, aguas perfumadas; adoptar siempre alguna moda nueva, procurar ser considerada bella y a la vez sabia; ser amada por alguien; escuchar serenatas y ver máscaras y servidumbre por su amor; y otros placeres honestos propios de mujeres jóvenes y refinadas, como tú.

MARGARITA.- Me sorprende, porque siempre he escuchado decir que todas estas cosas son más bien pecados que otra cosa.

RAFAELA.- Yo te confieso, hijita (porque así puedo llamarte debido al tiempo y al afecto), que sería algo muy santo y bueno, cuando fuera posible, vivir desde que nacemos hasta que morimos sin un solo pecado ni mancha en el mundo; pero como, por los ejemplos de todos los hombres que han existido, sabemos que, al ser creados como pecadores, es imposible vivir sin cometer ningún error, debemos pensar que es más apropiado y merece más perdón ante Dios cometer algunos errorcitos en la juventud que reservarse, como hice yo, hasta un momento en el que, al no poder hacerlo ahora, me desahogo con la desesperación, que más que cualquier otro pecado, pone palabras en boca de Satanás. Porque, así como las enfermedades del cuerpo que les ocurren a los hombres son

mucho menos peligrosas cuando son jóvenes (como vemos con la viruela y el sarampión, que cuanto más se manifiestan en ese momento, más liberan el cuerpo y lo dejan sano el resto de la vida), así también una cierta locura que nace con todos, es mucho menos perjudicial para el alma y hace que la vida sea más libre y resuelta después, si se libera en la juventud, que si se reserva para salir en el momento en que se supone que uno debe ser sabio y moderado.

MARGARITA.- Entonces vos considerarías que es útil en esta edad en la que me encuentro vivir alegremente y disfrutar de algún divertimento.

RAFAELA.- Utilísimo y necesario. Y, si hubiera tiempo, creería poder mostrarte detalladamente cómo debería ser tu vida y hasta qué punto deberías extender tus placeres; y estoy segura de que dirías que entiendo de estas cosas.

MARGARITA.- ¿Cómo que «tiempo»? ¿Y qué tenemos que hacer? Quiero que me hables un poco de este asunto de todas formas. Y no podríamos tener un momento más conveniente: estamos solas, y no creo que te importe mucho irte, que no me parece sea hora de vísperas ni de completas.

RAFAELA.- Perdóname. Hoy no puedo quedarme contigo. Quiero ir a cobrar ciertos dineros de tu tía.

MARGARITA.- ¿Qué importa si los cobráis hoy o mañana?

RAFAELA.- ¡Ay, Margarita! Aunque me veas así vestida, debes saber que en casa paso grandes penurias. Pero lo oculto lo mejor que puedo por vergüenza; y a ti, que puedo contar cualquier cosa, puedo jurar que a menudo no tengo ni una miga de pan en casa.

MARGARITA.- En fin, no penséis en marcharos. No os faltará pan ni nada mientras esté yo; porque es seguro que hay que tener una gran compasión por aquellos que nacen nobles y no tienen para vivir.

RAFAELA.- Te agradezco; pero esta vez me perdonarás que quiera dejarte. Podré volver otro día más tranquilamente.

MARGARITA.- ¿Qué hacéis? No hace falta que os levantéis, no quiero en absoluto que os vayáis. Me quejaré mucho de vos.

RAFAELA.- ¿Qué te importa más ahora que en otra ocasión?

MARGARITA.- Me importa, pues, ya que me habéis encendido esta cosa, no quiero que pase de hoy sin entender minuciosamente vuestro parecer.

RAFAELA.- Margarita, no puedo faltarte. Pero, para decirte la verdad, aunque todo lo que estoy por decirte sé que debería complacer a todas las damas gentiles, como tú, sin embargo, las almas no se conocen y los cerebros son diversos. ¿Quién sabe? Podría ser que a veces me sucediera lo contrario y que te disgustaras de mí; eso me pesaría mucho.

MARGARITA.- No, no: de eso no hay peligro. Os conozco de otros tiempos, y sé muy bien que vuestras palabras siempre vuelven en honor a Dios y en beneficio de quienes las escuchan.

RAFAELA.- En cuanto a Dios, ya te he dicho que sería mejor, si se pudiera hacer, no darse nunca un placer en el mundo, sino permanecer siempre en ayunos y disciplinas. Pero, para evitar un mayor escándalo, hay que consentir en este pequeño error, que es tomar algún placer en la juventud, que luego se va con el agua bendita. Y esta será mi respuesta, sin replicártelo más, a todas esas cosas que te diré, que podrían parecerle un poco pecaminosas. Y por eso, en todo lo que te razonaré, presuponiendo este pequeño pecado, por ser necesario, procuraré, tanto como sea posible, el honor del mundo; y que esos placeres, que se deben tomar, sean tomados con tal destreza y con tal ingenio, que no se quede vituperado ante la gente.

MARGARITA.- Estoy segura de ello, tengo más fe en vos, diría, que en el Evangelio.

RAFAELA.- Puedes tenerla, hijita mía, porque querría antes perder esta medalla, que no tengo otra cosa buena en este mundo, que decir algo que no redundara en tu beneficio y honor.

MARGARITA.- ¡Pues comenzad entonces!

RAFAELA.- Con esto: que me prometas escucharme tranquilamente todo lo que tengo en ánimo decirte; y, si bien, aunque no lo creo, en algo no te satisfago, no me interrumpas hasta el final de mi discurso. Después será tu libertad hacer o no hacer, según te parezca.

MARGARITA.- ¡Oh! Si en tu discurso surgiera alguna duda, ¿no queréis que pueda preguntaros libremente lo que necesito?

RAFAELA.- Esto sí, con tal de que me escuches amorosamente todas las cosas que quiera decir.

MARGARITA.- Así te lo prometo.

RAFAELA.- Dame la mano.

MARGARITA.- Aquí la tienes. Ahora, dime.

RAFAELA.- Me parece ver que, en medio de nuestras conversaciones, vendrá tu esposo u otra persona y arruinará todos nuestros planes.

MARGARITA.- No es momento para que venga nadie. Y no hay peligro con mi esposo, ya que hace dos meses que se fue al Valle d'Ambra⁴ a cobrar no sé qué grano y dinero, y aún no ha regresado.

RAFAELA.-¿Cómo? ¡Dos meses! ¿Y te deja sola tanto tiempo en la bella flor de tu edad?

MARGARITA.- ¡Ay, Dios mío! Es un tonto. Te puedo jurar que desde hace dos años, desde que me casé, no ha estado, sumando todas las veces, cuatro meses enteros conmigo.

RAFAELA.- ¡Ay, ay! ¿Qué me dices? ¿Qué traición es esta? Yo tenía por cierto, al verte siempre en casa, tan retirada y abatida como estás, y desperdiciar tanta belleza como la tuya, tan estúpidamente como haces, que al menos disfrutarías continuamente de las atenciones de tu esposo, aunque las caricias y los placeres con los esposos son poco menos insípidos y fútiles que los entretenimientos de estas monjas en sus pasatiempos. ¡Ay, lo que me has dicho! ¿Qué hará él en el futuro, si ahora, que te tiene fresca en casa y se puede decir que eres su esposa, te trata así? Y me da una compasión por ti mayor de lo que nunca se haya creído, porque veo claramente, clarísimo, como en un espejo, cómo te acercas a los años de tener algún discernimiento, tendrás remordimientos y desesperación y te enfurecerás de tal manera que esta desesperación te meterá directamente entre los dientes del diablo viva, viva. ¿Y cómo puedes vivir, pobre, de esta manera?

⁴ Entre las provincias de Siena y Arezzo, el valle D'Ambra, actualmente denominado Valdambra, obtiene su nombre por seguir el curso del torrente Ambra.

MARGARITA.- Os confieso que me resulta duro. Pero siempre he seguido los consejos que me dio mi madre poco antes de que ella muriera.

RAFAELA.- ¡Oh Dios! ¡Cuántos errores se cometen por falta de experiencia en las cosas! Si hubiera vivido veinticinco o treinta años más, habría conocido, para tu gran desgracia, su error. Pero dime un poco: ¿cómo es cariñoso contigo tu esposo durante el poco tiempo que está en Siena?

MARGARITA.- Todo lo que hago está bien hecho; nunca me reprende por nada. Y eso lo hace, porque su naturaleza lo obliga a actuar así, o podríamos decir por ineptitud, no precisamente por el amor que me tiene.

RAFAELA.- Lo creo. Porque, si te amara, no se tomaría tan largas pausas para regresar contigo; de hecho, nunca te dejaría, especialmente porque es muy rico y no necesita andar enredándose por los Valles d'Ambr.

MARGARITA.- Es cierto que es rico. Y de todo podría disponer yo, cuando así lo decidiera; pero, como te he dicho, me he esforzado, contra mi voluntad, por no preocuparme por eso.

RAFAELA.- Eres realmente una inocente: sería una locura hacer eso, cuando lo hacen mujeres como la señora Lorena o tu cuñada y mil otras feas que hay; no tú, ¡Dios!, que eres considerada la más delicada belleza que hay hoy en Siena.

MARGARITA.- Ahora volvamos a nuestro asunto, señora Rafaela, porque estoy segura de que Dios te ha enviado hoy aquí a mí.

RAFAELA.- Estoy segura de que Dios me ha inspirado a venir, para que tanta belleza y gracia, como la tuya, no se desperdicie en casa, danzando con la escoba y las tablas del suelo. Ahora, lo primero, hijita, es que debes asegurarte de que los placeres que acordemos hoy que te convienen, los tomes con tal ingenio y arte que tu esposo los tolere gustosamente antes que sospechar siquiera de tus asuntos. Y lo lograrás fácilmente si te esfuerzas por no entrar furiosa, así, de repente, en el camino que vamos a trazar. Y especialmente, al haber vivido hasta ahora lejos de tales cosas, y encerrada entre los gatos alrededor del fuego; porque un cambio tan repentino levantaría sospechas en no sé quién. Es necesario que tengas cuidado, cuando te encuentres donde se hable de entretenimientos y fiestas, en presencia de tu marido u otros. No muestres

inquietud ni te consumas por el deseo; más bien, mantén todo par ti misma y habla de ello como si no te importara mucho. Y del mismo modo, al regresar a casa después de alguna fiesta o convite, asegúrate de no parecer suspendida de cierta manera y con el ánimo elevado, de modo que las paredes, si no otros, noten que tienes la cabeza llena de pájaros. Y con estas advertencias y otras que tu ingenio te mostrará, podrás tener los mismo placeres, al mismo tiempo que la paz en casa con tu marido; lo que, pudiéndolo tener, me parece algo que debes valorar muchísimo.

MARGARITA.- En este aspecto no tengo que preocuparme mucho, porque, como os dije, mi marido es la mejor calaña de hombre que jamás habéis visto. Y respecto a las cosas que yo disponga, creo que podría hacerles creer que las luciérnagas son faroles; y no tengo en casa a nadie más, que tenga que tener en cuenta, como suegras y suegros, cuñados y cuñadas, y sobrinos, y gente similar de malas intenciones.

RAFAELA.- Gran ventura es la tuya, pues yo conozco a muchas en esta tierra cuyos maridos están tan enfadados, fastidiosos e infernales, que, todo el tiempo reprochándolas y vilipendiándolas, convierten su casa en la casa del gran diablo. Donde los tontos podrían, si trataran a sus esposas adecuadamente, permanecer en el paraíso. Y aunque, al final, cuanto más locos y coléricos son, más les vuelve su ira y locura en contra (porque, a pesar de su marchitez y con mucho más desventaja, hacen que sus esposas, al final, hagan todo lo que ellos quieran); no obstante, cuando una joven pudiera, como te he dicho, hacer lo que quiera, y al mismo tiempo mantener la paz en casa y llevarse bien con su marido, es algo muy conveniente, y especialmente con las gastos que ella tiene que hacer.

MARGARITA.- En cuanto a mi marido, no podría estar mejor. Pero decidme un poco: ¿en qué debo hacer principalmente estos gastos que mencionáis?

RAFAELA.- Principalmente, da mucho placer y es apropiado tanto para hombres como para mujeres jóvenes vestirse ricamente y con elegancia y buen juicio; y especialmente para las mujeres, porque, al ser suaves y delicadas, como aquellas que solo fueron creadas por Dios para soportar mejor las miserias del

mundo (según he oído decir muchas veces a un joven de los Intronati, que se llama el “Atolondrado”, muy aficionado a las mujeres), parece mucho más adecuada la pulcritud del vestir para su candidez y delicadeza que el amargor y quién sabe qué robustez que tienen los hombres.

MARGARITA.- Me gustaría, señora Rafaela, un poco más de detalle en cuanto al vestir.

RAFAELA.- Quiero que una joven cambie de vestimenta cada pocos días, y nunca deje pasar estilo que sea bueno; y si su criterio le alcanza para encontrar estilos nuevos y bellos, sería muy conveniente que a menudo presente algunos; pero si su juicio no es suficiente, que siga las de otras que se consideren mejores.

MARGARITA.-¿Qué requisitos debe cumplir un estilo para considerarse bueno?

RAFAELA.- Debe ser rico y delicado.

MARGARITA.- ¿En qué consiste ser rico?

RAFAELA.- ¿Quieres, Margarita, que hablemos de las cosas que tenemos que tratar hoy, según tu situación particular, y que te conciernen solo a ti, o más bien, juntas, de muchas otras, según sus diversas cualidades?

MARGARITA.- ¿Qué te parece mejor?

RAFAELA.- Mi primera intención hoy es mostrarte las cosas según tu situación particular. Sin embargo, me parece necesario, para lograr esto, considerar también juntas las diferentes situaciones de muchas personas, por razones que entenderás por ti misma.

MARGARITA.- Así se hará.

RAFAELA.- Entonces digo que la riqueza de las prendas de vestir radica en gran medida en buscar con diligencia que las telas, paños, sedas u otros tejidos sean finísimos y los mejores que se puedan encontrar; porque vestirse con telas gruesas, como lo hace, por ejemplo, la señora Lorenza, que por estilo ha hecho una gamurra⁵ de tela casi como de fraile, se llama “estilo delgado”

⁵ Este término se refiere a un vestido largo que era comúnmente usado durante el invierno. Originalmente confeccionado de lana, aunque con el tiempo se comenzaron a emplear otros tejidos en su fabricación. La gamurra tiene sus

MARGARITA.- ¿Como que «casi como»? Es completamente como de fraile, muy de fraile.

RAFAELA.- ¡Aún peor! Quieren los vestidos, además de eso, ser amplios y generosos, pero no tanto como para que la persona se sienta muy incómoda. Esta plenitud es muy importante, porque nunca se ve peor que cuando vemos a algunas de nuestras damas, que pasean por Siena con ciertos vestidos que no tienen ni dieciséis brazas de tela, con sus faldellines que apenas llegan a la mitad de las nalgas, y, con una parte de la tela alrededor del cuello y sosteniendo un extremo en la mano, con el cual se cubren la mitad de la cara, van haciendo mascaradas por la calle; y, con la otra mano levantándose el vestido por detrás para evitar que se arrastre por el suelo, van por la calle con una especie de furia, con un traqueteo de pequeñas suelas que parece que tienen al diablo entre las piernas. ¿Y acaso se levantan así para mostrar un pie elegante, con una pequeña pierna completamente ajustada? ¡Al contrario, muestran esos pies anchos, mal cuidados, con ciertas suelas todas desgastadas por la vejez! De estas cosas te hablaré luego, cuando lleguemos a este detalle.

MARGARITA.- Me parece que me habéis descrito exactamente a mi prima; aunque ella me ha dicho que lo hace así no por capricho, sino por galantería.

RAFAELA.- Todas dicen lo mismo, y convierten la necesidad en cortesía, mostrando hacer a posta y deliberadamente lo que hacen ya sea por necesidad, por pobreza o por estupidez. Además, quiero que estos vestidos, tan amplios como te he dicho, estén llenos de listas, cortes, recortes, bordados y otras cosas similares; a veces, también deben ser completamente lisos, porque esta variedad en el vestir muestra gran esplendor y tiene mucho de lo bueno.

MARGARITA.- Creería que eso sería señal de inconstancia mental y de tener poca firmeza, lo que no sería poca mancha.

RAFAELA.- Sería verdad si una joven mostrara esta inestabilidad en sus otras acciones, pero si se hace conocida por sabia y

orígenes al final de la Edad Media en Italia, y para el Renacimiento ya se había extendido su uso por toda Europa. Además, existían versiones de este vestido adaptadas para el verano, confeccionadas con telas más ligeras y frescas.

prudente en todas sus otras acciones, esta variedad en la vestimenta que te menciono le dará gran grandeza y ornamento.

MARGARITA.- Me has hecho recordar el comportamiento de Bianchetta, que es la más extravagante que he visto nunca; entre sus otras fantasías, la estrafalaria se vistió seis veces en un día para ir a un encuentro y, seis veces se arrepintió, se desvistió para no ir.

RAFAELA.- Entiendo. Ahora, sobre todo, se reconoce la riqueza en el vestir, Margarita, en tener siempre vestidos frescos, no usar nunca el mismo, no quiere decir muchas semanas, sino al menos durante muchos meses.

MARGARITA.- Estas cosas, señora Rafaela, parecen más adecuadas para una señora y princesa que para una modesta dama como yo, que, si puedo considerarme muy rica en Siena en comparación con la mayoría, no tengo los medios para sostener tal gasto como usted menciona. ¿Qué harán las demás, que son mucho más pobres?

RAFAELA.- A una princesa y gran señora le correspondería vestir brocados finísimos y bordar las prendas con perlas, diamantes, rubíes y otras cosas similares; sin embargo, considerando esto, hasta ahora no te he hablado de nada más rico que telas.

MARGARITA.- Es cierto. Pero en los bordados, en las cintas, en los cortes que mencionas, se necesitan muchos dineros.

RAFAELA.- En resumen, lo que digo lo entiendo dentro de las posibilidades. Quien no pueda todo, haga lo más que sea posible, esforzándose un poco más.

MARGARITA.- Entonces, continúe.

RAFAELA.- Digo, volviendo al tema, que es cosa muy fea llevar la misma vestimenta durante mucho tiempo; pero aún más feo es cuando otros pueden darse cuenta de que alguien ha hecho otra prenda del mismo vestido, ya sea tiñéndolo, dándole la vuelta o de alguna otra manera, como hizo la esposa de uno de los Señores. Resulta que, siendo recién casada, se hizo un vestido de damasco blanco, y después de haberlo usado varios años, estando ya muy sucio, lo dio vuelta, poniendo el revés hacia afuera, y así lo siguió usando durante cinco años más, de domingo a domingo. Pero como ya estaba muy gastado, decidió teñirlo de amarillo o leonado, como se dice, tanto para

dar la impresión de tener un vestido nuevo, como porque en ese color se nota menos el desgaste que en el blanco, y también porque a su edad ya no le quedaba bien el blanco. Entonces, al comenzar a romperse más después de algunos años, decidí seguir estropeándolo, y cortó ciertas partes para hacer una especie de tiras para no sé qué gamurra abullonada, y con otra parte hizo unas mangas que, al poco tiempo, se deshilaron. Luego las cubrió con un trozo de tela de lino cortada, y así están hoy. Lo que sucederá después lo veremos, pienso que, antes de que el pobre damasco sea puesto en sepultura, aún pasarán algunos años más pagando por sus pecados en otras formas.

MARGARITA.- Me aventuro a adivinar quién es ella.

RAFAELA.- Basta. Ahora todo lo que te he dicho sobre la riqueza del vestir debe ir acompañado de un garbo llena de juicio, de lo contrario no valdría nada.

MARGARITA.- ¿En qué consiste este «garbo»?

RAFAELA.- Consiste en tres cosas principalmente: en los colores, en la comodidad de las personas y en los movimientos.

MARGARITA.- Los movimientos, señora Rafaela, son como las acciones; y ahora estamos hablando del vestir, no de las acciones.

RAFAELA.- Me refiero solo a esos movimientos que están relacionados con el llevar la vestimenta, los cuales podríamos llamar, si te parece, el «porte»; porque cualquier estilo, sin ser llevado adecuadamente, sería sumamente feo.

MARGARITA.- «Porte» es más apropiado.

RAFAELA.- Digo que una joven debe tener mucho cuidado de no vestirse con muchos colores entre sí, como el verde con el amarillo, y el rojo con el descolorido, y otras mezclas similares como las de las banderas, porque esta mezcla de colores es sumamente descortés.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Quién desearía mostrar su alma con emblemas⁶ en el vestir?

⁶ El emblema se refiere a una imagen enigmática acompañada de una frase o leyenda que oculta un sentido moral, revelado más adelante en verso o prosa. Sus elementos principales son: una imagen significativa para grabar en la memoria el mensaje moral, un título o mote generalmente en latín, que ofrece

RAFAELA.- Los emblemas se hacen con dos o tres colores como máximo; uno de los cuales debe ser el principal en toda la vestimenta: los otros pueden consistir en ribetes, cintas, cordones, flecos, recortes u otros similares, de lo cual no hablo en este momento. Pero me refiero a vestirse con varios colores, como hace tu vecina, que lleva una falda gris, un chal azul verdoso, mangas de un tono desvaído y una cinta verde, lo cual parece la cosa más chabacana que hayas visto jamás. Por lo tanto, concluyo que el cuerpo de una prenda debe ser de un solo color, y eso adecuado.

MARGARITA.- ¿Cómo «adecuado»? No entiendo.

RAFAELA.- Adecuado al ser a la calidad de quien lo viste. Pongamos el caso de alguien que tiene la piel pálida y viva: debe evitar los colores llamativos, excepto el blanco, tales como el verde, el amarillo, los brillantes, los vistosos y similares. Aquellos con la piel apagada deberían vestir casi siempre de negro. Aquellos con un rubor rojizo en el rostro, que siempre parecen borracho, deberían vestir de leonado⁷ oscuro y grisáceo. El rojo es un color generalmente pernicioso y no se adapta a ningún tono de piel. Y, por el contrario, el blanco va bien a la mayoría, siempre y cuando estén en la flor de la juventud; y a ti en particular te sentaría muy bien. Aunque en verdad, de esto no se puede dar una regla clara y definitiva, sino que hay que dejarlo al juicio de quien va a vestir.

MARGARITA.- En cuanto a los colores, me basta con eso. Ahora hábleme del confort de la persona, en el cual secundariamente dice que reside el garbo.

RAFAELA.- Esto te lo resumo en dos palabras. Una joven debe asegurarse de que las prendas que elige sean tales que las partes de su persona que son bellas se vuelvan aún más bellas, y aquellas que son feas resulten lo menos feas posible; y no

una pista para entender la imagen, y un texto explicativo que relaciona la imagen y el título, a menudo en forma de epigrama en latín o lengua vernácula. El epigrama describía la imagen y luego ofrecía la moraleja. Durante el siglo XVI, el epigrama solía estar en latín, pero a medida que avanzaba el siglo, se usaba cada vez más la lengua vernácula en diferentes formas poéticas.

⁷ El color leonado es una tonalidad amarillenta o dorada, similar al color del pelaje de los leones. Es una mezcla de amarillo con matices dorados y puede variar en intensidad, desde tonos más claros hasta tonos más oscuros.

hacer como la señora Brígida... Pero de esta última parte no importa que hable, porque tú no tienes ninguna parte que no sea excelentemente hermosa.

MARGARITA.- ¿Qué hace la señora Brígida? Cuéntame un poco.

RAFAELA.- Ha querido adoptar el estilo de llevar las mangas tan ajustadas que se vea claramente la forma del brazo, y tiene el brazo tan delgado que es una fealdad verlo: aunque, si tuviera los brazos proporcionadamente gruesos, quizás no sería un mal estilo en absoluto. Y de manera similar, tu comadre tiene los hombros anchos y gruesos como un mozo de almacén, y ha optado por rellenar los corpiños con tanta guata que resulta la cosa más desfigurada del mundo; y, teniendo los pies anchos como los de un campesino, hace ciertos cortes en los zapatos que los hacen parecer aún más anchos. Y de esas y otras cosas similares podría darte innumerables ejemplos; pero puedes considerarlos por ti misma. Por lo tanto, hay que corregir los defectos de la naturaleza tanto como sea posible, con guata o con posturas o cortes y otras precauciones similares. Pero tú, que eres hermosa en todo, elige los estilos que muestren claramente la esbeltez de tu persona, la franqueza de los brazos, la majestuosidad de los hombros, la disposición de las caderas, la delicadeza de los pies, la buena proporción de la pierna y del resto.

MARGARITA.- ¿Qué? ¿Es necesario cuidar las piernas, aunque no vayan a ser vistas?

RAFAELA.- ¡Todo lo contrario, deben ser vistas! Pero con qué arte y destreza, lo discutiremos un poco más adelante, cuando hablemos de los movimientos, que es la tercera parte del vestir.

MARGARITA.- ¿Por qué no lo mencionamos ahora, si ya hemos hablado lo suficiente sobre la comodidad?

RAFAELA.- Prefiero primero hablar, brevemente, sobre el adorno de la cabeza y la delicadeza de la piel, ya que también quiero que esto se considere en el vestir, aunque parezca algo diferente.

MARGARITA.- Bien dicho.

RAFAELA.- Has de saber, Margarita, que una joven no podría tener la piel tan clara, blanca y delicada si no la ayudara un poco con el arte, que no mostrara alguna vez, por alguna razón que a menudo puede suceder, que no son tan bonitas. Y no es

válida la razón de aquellos que dicen que, siempre y cuando una mujer tenga la piel naturalmente bonita, no importa descuidarla y menospreciarla. Y por esto yo concedería que una dama usara continuamente aguas preciosas y excelentes, pero sin exceso, o muy poco; de las cuales podría darte recetas perfectas y raras.

MARGARITA.- Entonces, ¿no os parecen dignos de elogio estos solimanes⁸ y blanqueadores, y muchas otras variedades de unguentos que se usan?

RAFAELA.- Más bien, merecen ser condenados todo lo que se pueda. ¿Qué podemos ver peor que una joven que se ha embadurnado y cubierto la cara con una máscara tan gruesa que apenas se le reconoce? Y aún más, cuando es ignorante de tal práctica y se embadurna al azar, sin saber lo que hace: como conozco a muchas en esta tierra, que se gastarán por la mañana casi tanto como dos botes de solimanes, poniéndoselos como locas, para hacer reír a quien las ve.

MARGARITA.- La señora Giachetta, que está en la vecindad, es una de ellas, porque la mañana san Martín la vi en la fiesta que tan desconsideradamente se había cubierto el rostro que os prometo que los ojos parecían de otra persona: y el frío le había puesto lívida la piel y reseco el mejunje, tanto que era necesario, pobre de ella, quedarse inmovilizada y no mover la cabeza más que con todo el cuerpo a la vez, para que la máscara no se agrietara.

RAFAELA.- Cuídate, hijita mía, de tales mejunjes como del fuego.

MARGARITA.- En verdad, de esas, tan torpes, no hay más que reírse; pero que los blanqueadores, para quienes saben usarlos bien, no sean de importancia, ninguna mujer lo niega.

RAFAELA.- Confía en mí, porque quien lo dice no entiende. Por lo tanto, si sigues mi consejo, solo usarás aguas, las mejores que puedas encontrar, y gastarás en ellas cuanto puedas.

MARGARITA.- Ya uso un agua que se considera excelente.

⁸ El solimán era un tipo de cosmético utilizado durante el Renacimiento y la Edad Media. Consistía en un compuesto a base de mercurio y de plomo. Se usaba principalmente para blanquear la piel y como base para polvos y maquillaje facial. Sin embargo, debido a su toxicidad, su uso ha sido abandonado en la cosmética moderna debido a sus efectos perjudiciales para la salud.

RAFAELA.- ¿Qué agua?

MARGARITA.- No os lo sé decir, pero me lo vende un herbolario que está en las Costarelle, y nunca me ha querido dar la receta.

RAFAELA.- Te entiendo. Sé de qué agua se trata, porque la vende a muchas; porque casi todas hoy día usan esa, por ser de poco gasto (y no solo las mujeres, sino también muchos de esos jóvenes afeminados, que más merecerían haber nacido mujeres que hombres): en esa agua entra malvavisco⁹, vinager blanco, miel, flor de lirio, judías frescas, verdín, plata sólida, sal marina, salitre, alumbre en escamas y azúcar, tidi destilado en campana. Y es ciertamente un agua bastante buena, pero por aguas divinas no cedería a persona del mundo, y especialmente a una, que es realmente de gran gasto, pero muy excelente.

MARGARITA.- Por favor, dígamela, señora Rafaela.

RAFAELA.- De todos modos no la entenderías. Pero te la haré cada vez que quieres, y dejará la piel clara, blanca y suave en poco tiempo.

MARGARITA.- Quiero que me digáis la receta brevemente.

RAFAELA.- Primero tomo un par de palomas desmembradas, luego trementina veneciana, flor de lirio, huevos frescos, miel, caracoles marinos, perlas molidas y alcanfor; y todas estas cosas las incorporo juntas, y las pongo dentro de las palomas y en un frasco de vidrio a fuego lento. Luego tomo musgo y ámbar y más perlas y paneles de plata, y, moliendo estas últimas cosas con pórfido finamente, las pongo en un saquito de lino, y las ato al cuello del frasco con recipiente debajo, y luego dejo el agua al sereno; y se convierte en una cosa muy rara.

MARGARITA.- No lo he entendido tan bien.

RAFAELA.- Te lo creo. Pero no te preocupes, porque te la haré siempre que quieras, y te enseñaré a usarla.

MARGARITA.- Y no se puede negar que el usar tales aguas no sea una cosa muy refinada y delicada: sin embargo, no hay mujer en Siena que no use algún tipo de blanqueador, unos más finos que otros. Y yo, para hacer como las demás, os confieso que me pongo algunas veces, y tengo de lo que se considera

⁹ La raíz del malvavisco se emplea para realizar productos para la piel.

excelente, ya que lo usa la señora Fioretta y la Roffina y aquella recién casada, que no salió ayer, sino el otro día.

RAFAELA.- Y también sé qué es eso. Y quiero darte la receta en dos palabras: se toma plata sólida y plata viva y, molidas en el mortero, se les agrega cerusa¹⁰ y alumbre de roca quemada, y así, después de un día, molido de nuevo juntos, se les añade saliva con goma, hasta que se vuelva líquido, y se hierve en agua de lluvia, y, una vez hervido, se vierte sobre el mortero el solimán, y, hecho esto tres veces y agitada el agua la cuarta vez, se guarda junto con el cuerpo. Y esto se usa mucho entre las mujeres que no tienen muchos medios para gastar. Pero tengo que enseñarte a hacer una de una clase tan noble y rara, que muchas mujeres pagarían mucho por saberla; y está tan bien compuesta y delicada, que, aunque tenga algo de cuerpo, apenas habrá alguien que lo note y arregla la piel perfectamente.

MARGARITA.- ¡Oh! señora Rafaela, si me quieres bien, enséñame cómo se hace.

RAFAELA.- Basta con que te la daré siempre.

MARGARITA.- Me gustaría entender qué hay dentro, si no os importa.

RAFAELA.- Te lo diré, aunque sé que no me entenderás. Se toma plata sólida fina y plata viva pasada por gamuza, y, incorporadas juntas, se muelen durante un día en la misma dirección con un poco de azúcar fino; y luego se saca del mortero y se hace moler por un pintor en pórfido, y se incorporan dentro paneles de plata y perlas; y de nuevo se hace moler todo junto en pórfido, y se vuelve a poner en el mortero, y se diluye por la mañana con saliva de goma y un poco de aceite de almendra dulce; y, así, líquido, removido un día, se diluye de nuevo todo con agua de manantial, y se pone en una botella, y se hierve al baño maría; y, hecho esto cuatro veces, echando siempre el agua, la quinta la guardo y, sacada de la botella, la vierto en una taza y la dejo cuajar: después vacío

¹⁰ La cerusa, también conocida como albayalde, es un pigmento que se usa para lograr un acabado blanquecino en la superficie donde se aplica. En la actualidad, se emplea en la pintura artística. Sin embargo, en el siglo XVI, la cerusa era utilizada en cosméticos para blanquear la piel de las mujeres.

suavemente ese agua, y en el fondo queda el solimán, en el cual incorporo leche de mujer y le doy olor con musgo y ámbar, y luego incorporo todo esto con el agua, y lo guardo en una botella bien cerrada y enterrada en la bodega.

MARGARITA.- No puede ser otra cosa que muy buena.

RAFAELA.- Ten por seguro, Margarita, que no creo que se pueda encontrar algo mejor, y tráeme mañana un frasco vacío, y te enseñaré a usarlo.

MARGARITA.- ¿Qué me decís de los aceites, señora Rafaela? ¿Os parecen apropiados para arreglar la piel?

RAFAELA.- Los aceites de cualquier tipo deben ser evitados, ya estén hechos de alumbre pulverizado, alumbre fino, cerusa, plomo común, aceite de oliva, o de cualquier otra manera. Aunque quizás en la vida campestre, para el mantenimiento de la piel, no estaría mal usar un poco de aceite de almendras dulces con cera blanca, agregándole un poco de alcanfor, aunque esa excelente agua que te mencioné hace un momento produce el mismo efecto, y mejor.

MARGARITA.- Para quitar el rubor después de volver del campo, mi madre solía usar verdín con claras de huevo por la noche, y dormía con ese mejunje en la cara.

RAFAELA.- ¡Oh, qué cosa tan fea! ¿Y quizás la mayoría de las mujeres no hacen eso mismo? Pero ten cuidado de no hacer tales indolencias.

MARGARITA.- ¿Qué piensas de madonna Loretta y de la Mascarina y de muchas otras, que han adoptado una moda de pintarse la cara y el pecho de color encarnado? ¿Y cómo crees que lo hacen?

RAFAELA.- Eso es muy fácil. Primero se aplican diligentemente el rojo, y luego ponen una capa de blanco encima del solimán, el cual, mezclado con el rojo, produce ese tono encarnado que ves. Es una costumbre muy fea, y verás que durará poco, y no creo que ninguna dama deba pintarse de esa manera

MARGARITA.- ¿Qué opinas de los mejunjes que se usan?

RAFAELA.- No quiero que ninguna dama use mejunjes de ningún tipo, ya sean hechos de vidrio, plumas de gallina, cáscaras de huevo, o cualquier otra fealdad. Porque, aunque puedan hacer que la piel se vea hermosa, arruinan los dientes y la vista, corrompen el aliento y la salud.

MARGARITA.- Me haces recordar a Bambagioula, que ya no le queda un solo diente bueno, y aún no ha cumplido veintidós años.

RAFAELA.- Aprende de estos ejemplos. Y, además, la belleza y blancura de los dientes otorgan gran gracia a una mujer, y algún día te enseñaré algún buen polvo para mantenerlos.

MARGARITA.- Lo apreciaré mucho, ya que entiendo que hay pocos que sean perfectos.

RAFAELA.- ¿Cómo cuidas tus manos, Margarita? Porque la belleza de las manos es muy apreciada en una joven.

MARGARITA.- Yo suelo coger un limón y, exprimiéndolo, lo acerco al fuego, y dentro le pongo azúcar blanco, y con eso me lavo.

RAFAELA.- ¡Así lo hacía yo! Casi todas las mujeres lo hacen, y en verdad sería bueno, si con el tiempo no estropeara las manos. Pero quiero enseñarte algo excelente y fácil. Coge mostaza, pasada por tamiz, y mézclala con miel y almendras amargas, hasta que se conviertan en una especie de unguento; y con eso unta tus manos por la noche, y ponte guantes de gamuza, que estén bien apretados, y por la mañana lávate con agua de manantial y un poco de aceite de bálamo, y verás cómo te gustará.

MARGARITA.- Antes de que pasen dos días, voy a probarlo.

RAFAELA.- Entonces, Margarita, debes tener en cuenta sobre todo no ser como muchas que conozco, especialmente como madonna Brígida, que solo cuidan de proteger la cara y una parte del pecho, aquello que se ve, ¡y el resto queda como quiera! De ahí que nazcan las persona sucias, desaliñadas y poco delicadas.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Quiere, señora Raffaella, que una joven use tales aguas y solimanes para todo su cuerpo?

RAFAELA.- No digo eso, aunque hay algunas que se alisan las piernas, los brazos y lo que tienen; lo cual es sumamente vergonzoso. Pero quiero que una dama se lave completamente con agua de manantial caliente cada pocos días, hervida con algo aromático; porque debes estar segura de que la delicadeza es lo que revitaliza la belleza de una mujer.

MARGARITA.- ¿De esas partes que no se ven, qué importa?

RAFAELA.- Del verse o no verse hablaré luego, cuando esté en ese tema; pero ahora digo que, aunque nunca estén destinadas a ser vistas, de todos modos se debe buscar la limpieza y la delicadeza de la persona, si no es por otra cosa, al menos por satisfacción propia y de su esposo; además, la suciedad de la persona a menudo genera mal olor en una mujer, lo cual es sumamente vergonzoso. Y hace unas pocas noches, lo comprobé durmiendo con la esposa de meser Ulivieri.

MARGARITA.- Parece que ella se preocupa mucho por ser delicada.

RAFAELA.- En el rostro sí, pero del resto, ¡Dios nos libre! Piensa que, además de tener ella el poder en todo momento¹¹, ella tenía acumulado sobre la cintura, entre ambas partes del pecho, un barro, una suciedad, ¡la cosa más fea del mundo! Y, por lo que pienso, creo que provenía del solimán; el cual, siendo lavado y puesto repetidamente, había impuesto gradualmente sobre la cintura como la arena, y ese solimán, así impuesto, genera un olor agudo, ¡la cosa más asquerosa que se pueda oler!

MARGARITA.- Nunca hubiera pensado eso de ella, que se preocupa tanto por lo refinado y lo repugnante. Y recuerdo que, estando junto a ella en un banquete en estas mañanas, no se ponía en la mesa ningún plato que pareciera que apestará.

RAFAELA.- Tal vez hemos hablado demasiado sobre esta parte de la delicadeza; por lo tanto, dejándola de lado, debes saber que una dama siempre debe cuidarla tanto como pueda, aunque esté segura de que nunca tendrá que salir de su habitación. Pero ahora quiero decirte algunas palabras sobre el arreglo del cabello.

MARGARITA.- Me encantaría escuchar su opinión, porque he escuchado hablar sobre esto de manera muy variada. A

¹¹ Esta frase se refiere a la importancia de esta señora en la sociedad. La palabra “soglio” en este contexto del siglo XVI se refiere metafóricamente al poder, autoridad o posición de alguien. La expresión en italiano “teneva il soglio alto” implica que la persona tenía un alto grado de autoridad o influencia en todas las situaciones o aspectos de su vida. Esta metáfora se asemeja al “trono” o “silla pontificia”, reflejando la idea de dominio o supremacía, en este caso, dentro de la sociedad de Siena.

algunos les parece que un copete¹² bastante grande otorga mucha elegancia, a otros el pequeño, y a muchos no tenerlo en absoluto.

RAFAELA.- Verdaderamente, estos copetes tan pequeños, como se usan hoy en día, restan algo de presencia y nobleza; aquellos tan grandes, que se llevaban hace no muchos años, eran aún peores. Sin embargo, considero que, en cuanto al copete, una joven debería llevarlo un poco más grande que los que se llevan hoy en día, pero no mucho. Especialmente deberían hacerlo aquellas mujeres que tienen la cabeza pequeña y apenas llevan nada en la cabeza, como mi vecina en Camullia, que bien sabes a quién me refiero, la cual tiene una cabeza tan pequeña como un pinzón, y un rostro minúsculo, y va con un peinado muy simple y desaliñado, sin ningún copete, y con un velo muy sencillo, que la hace parecer un chochín¹³.

MARGARITA.- Sé de quién habláis. Y lo hace así porque se le ha hecho creer a la pobre que es adecuado presentarse descuidada y desaliñada; tanto es así que, creyendo que está bien así, a menudo sale con los ojos pegajosos, sin haber siquiera lavado su rostro con agua clara.

RAFAELA.- Ya me he dado cuenta por completo. En cuanto a los tocados, también quiero que sean ricos y elegantemente tejidos, acordes con el tamaño del copete; y esas mujeres que tienen cabello bastante hermoso, no quiero que lleven cabello falso en la cabeza. Además, considero que los rizos también dan mucha gracia, pero deben hacerse con mucha elegancia, como los de tu bella pariente que vive cerca de la plaza de los Tolomei.

¹² En el contexto del siglo XVI, el copete era un estilo de peinado femenino en el que se formaba una especie de moño o recogido en la parte superior de la cabeza. Este peinado se lograba enrollando el cabello en forma de trenza o nudo, asegurándolo en la parte superior de la cabeza o en la parte posterior del cuello. Era una práctica común entre las mujeres de esa época para crear un aspecto elegante y distinguido.

¹³ El chochín es uno de los pájaros más pequeños de Europa y pertenece a la familia Troglodytidae. Se caracteriza por su plumaje pardo rojizo apagado y poco llamativo, y su aspecto se asemeja a una bolita de plumas. En invierno, es común verlo en grupos pequeños. La comparación con este pájaro en el texto sugiere una similitud en las características físicas del copete descrito según los rasgos de cada dama.

MARGARITA.- También le quedan muy bien a la señora Cassilia, sobre la cual se hizo un soneto por uno de los Intronati.

RAFAELA.- En cuanto a las camisas, también quiero que una dama gaste mucho, llevando encajes muy finos y elegantemente elaborados, a veces con seda, a veces con oro y plata, y la mayoría de las veces con encaje solo, pero hecho con gran habilidad. El fruncido a mano también tiene mucho de bueno y elegante, y tanto de desaliñado tiene llevarlas abotonadas al cuello, como solían hacerse hace poco tiempo, que era una moda de mesoneras y de aspecto poco refinado.

MARGARITA.- Decís la verdad. Y a mí también me disgustaba esa moda, como si fuera un dolor de cabeza.

RAFAELA.- Ya se ha hablado bastante de eso.

MARGARITA.- ¿Qué opináis sobre las joyas y collares que una joven debería llevar?

RAFAELA.- Con modestia. Y, para ser más específica, quiero que lleves al cuello una gargantilla de perlas claras, redondas y grandes; y un collar de quince escudos, esmaltado con elegancia; y un diamante bien engarzado, de sesenta escudos, en el dedo contiguo al dedo gordo de la mano izquierda. No quiero que lleve otras joyas o collares, a menos que ya lleve una pulsera que sea bonita, la cual no apruebo ni desapruuebo del todo. También quiero que lleve guantes de gran valor; ni otros olores sobre su persona, para que, al pasar por las calles, no deje una mezcla de olores detrás de sí, lo cual tiene muy poco de bueno, como hacen las dos hermanas.

MARGARITA.-¿Y qué me decís de Bianchetta? ¡Casi no se puede estar cerca de ella donde quiera que vaya! Pero dejemos eso. Habladme ahora de los movimientos, que decís que son la tercera cosa que se relaciona con vestir bien, los cuales hemos llamado más propiamente “porte”.

RAFAELA.- Has de pensar, Margarita, que si una joven tuviera un vestido hecho con una bonita moda, con colores bien elegidos, rico y adecuado, y luego no supiera llevarlo puesto correctamente, no habría logrado nada.

MARGARITA.-¿Quién será esa que no sepa llevarlo, si el vestido no tiene defectos por sí mismo?

RAFAELA.-¿Quién será esa? Estás mal informada. Hay infinitas que, por capricho o por falta de atención, han adoptado cierta

manera de llevarlo con ciertos accesorios torpes, ¡la cosa más tonta del mundo!

MARGARITA.- Dadme algún ejemplo.

RAFAELA.- Aquí tienes uno, sin necesidad de buscar mucho. ¿No ves a tu criada aquí abajo? Por haber adoptado la costumbre, cuando camina por las calles, de adelantarse siempre, con la boca haciendo mohínes, y de hacer que las tetas bailen, aunque lleve oro encima, siempre le estaría llorando. ¿Pero acaso hay alguna en Siena así? Más bien son raras las que no han adoptado un hábito desgarrado. Algunas llevan el velo todo enrollado al cuello; otras se lo dejan caer por la espalda, para no parecer que les importa; algunas van con la boca siempre tapada; otras corren como locas con la cabeza hacia adelante; otras van tan cómodas que tardan una hora desde el duomo hasta Costarella; otras siempre mueven la cabeza, como una desquiciada; otras van tiesas como una estatua; otras llevan los calcetines rotos, asomando de ciertos zapatos de paño de pavo real con dos suelas; otras se pavonean alrededor, saludando a diestro y siniestro con el sombrero, y aún así se acomodan aquí y allá según la necesidad; otras, cuando están en una boda y hay baile, siempre o bailando o viendo bailar, marcan el ritmo del laúd con la cabeza...

MARGARITA.- Lo que decís sobre los calcetines rotos parece más de desdén que de coquetería.

RAFAELA.- Basta ya; al final, todo es capricho. Además de estas, hay otras que van con la boca abierta, como si siempre estuvieran sedientas; algunas con los ojos siempre en las nubes; otras con el rostro en las estrellas; unas que se quitan y se vuelven a poner un guante constantemente; otras que se muerden siempre un labio; algunas que ofrecen de costado una lengua burlona; y unas con un hábito hecho de esta manera y otras de aquella, como bien podrás observar por ti misma.

MARGARITA.- Lo admito todo, señora Rafaela. Pero, ¿de dónde proviene que las desgarradas no se den cuenta de que están haciendo mal?

RAFAELA.- Hay muchas razones, pero una principalmente es la causa: estas mujeres, de las que te he hablado, al escuchar elogios y halagos hacia otras mujeres excelentes que hay en Siena, piensan que imitándolas pueden adquirir esos mismos

elogios y excelencias. Y, al ser personas de poco juicio, se ponen a imitar alguna parte de ellas, que a veces es criticable o, si no, menos digna de elogio; porque nadie puede ser perfecto en todos los aspectos. Y estas mujeres creen que solo imitando eso, que consideran la causa de que las otras sean llamadas excelentes, podrán ellas también recibir el mismo reconocimiento y, además, cuanto más grande sea esa parte, más se elevarán en dignidad y mérito, según creen ellas, aquellas que yo te digo que son excelentes.

MARGARITA.- No os entiendo muy bien. Explícamelo mejor.

RAFAELA.- Te lo explicaré con un ejemplo. Cuando la señora Andrea escuchó que se alababa a la señora Cassida como una mujer singular y única, se le ocurrió que todo esto se debía a que ella caminaba lentamente por las calles, que nunca cambiaba su paso ni por prisa ni por comodidad; y así, dispuesta a merecer lo mismo que ella, la señora Andrea adoptó un paso tan desmañado y fastidioso que hace reír a quien la ve. Conozco también a otra que, al oír a una gran dama muy conocida decir que se ataba las medias por encima de la rodilla, pensando que esto era la causa de la fama de aquella, comenzó a hacerlo también de la misma manera. Recuerdo que, estando ella una mañana en la predicación en el duomo, al no poder soportar el dolor que le causaba esa atadura, al no estar acostumbrada, hábilmente soltó los cordones debajo de la rodilla, y se desataron de alguna manera; tanto que, al irse después de la predicación, un cordón se quedó ahí, y cayó en mis manos; era una cinta que olía fuertemente a orina, y creo que más de una vez había caído de la cama al orinal. Hay innumerables ejemplos de mujeres que han querido imitar lo menos bueno y dejar lo mejor; lo que solo demuestra poco juicio, falta de cerebro y malas crianzas.

MARGARITA.- ¿Cómo debería comportarse entonces una mujer en esta “porte” que mencionáis?

RAFAELA.- En verdad, en esto es necesario rogar a Dios por nacer con buen juicio para discernir lo que es digno de elogio de lo que es digno de censura, porque la imitación sería muy útil si se contara con esto, y si se supiera reconocer y elegir, de aquellas que son excelentes, las partes buenas y dejar de lado las malas. Y si alguna careciera de tanto juicio para hacer esta

selección, debería prestar atención a lo que escucha alabarse en otras, esforzarse por imitarlo y evitar lo que comúnmente escucha vituperar. En resumen, es muy beneficioso esforzarse por no apartarse en nada del término medio y evitar la afectación tanto como sea posible. Limpiarse y arreglarse en casa abiertamente, y luego, en presencia de la gente, mostrar cierto desdén y cierta indiferencia hacia lo que se ha hecho por adorno u otra cosa, que no te lo sé describir de otra manera. Y esto también con juicio, porque actuar despreocupadamente en todo quizás sea un vicio no menor que actuar con afectación.

MARGARITA.- Entonces, señora Rafaela, sobre esto no se puede dar una regla especial.

RAFAELA.- Muy mal; pero, en todas las cosas que una joven tenga que hacer, siga este término medio que te he mencionado, y no podrá equivocarse. Y además de esto, debe tener siempre en cuenta que, así como te mostré hace un momento, todas las prendas y estilos que elabore deben ser tales que resalten las partes hermosas de su persona y, por el contrario, oculten lo que debe ser censurado. Y también que sus movimientos y su porte muestren, tanto como sea posible, lo bello y oculten lo feo.

MARGARITA.- Me gustaría que fueras un poco más detallada sobre esto.

RAFAELA.- Quiero decir, que si, por ejemplo, tiene unas manos hermosas, aproveche cada oportunidad que se le presente para mostrarlas, como puede ocurrir al ponerse o quitarse los guantes, al jugar a las tablas, al ajedrez, a las cartas, al comer y en mil otras cosas que pueden surgirle a lo largo del día. Si tiene un bonito pecho, lo cual es de suma importancia para una mujer, busque con destreza tener la oportunidad de que pueda ser visto de alguna manera agradable (por más que se resguarde su honestidad) como naturalmente bello, y no por ningún artificio. Y esto se logrará si alguna mañana finge, ante aquellos que llegan a su casa, que se levanta entonces de la cama y no ha tenido tiempo de ajustarse la ropa; así se podrá notar que su pecho por sí mismo es redondo y prominente: no es debido a la fuerza de corsés ni a trucos. Esto mismo puede ocurrir al jugar en la nieve o al bañarse con agua en verano, como sucede; y luego, al mostrarse toda mojada, hace parecer

necesario el desajuste y el secado. Una pierna bonita se puede mostrar a menudo en el campo, al ir a pescar o cazar pájaros, al montar a caballo o saltar, al pasar por algún pequeño zanjón, y similares, pudiendo ser vista y apreciada hábilmente. Los brazos, siendo hermosos, pueden mostrarse en juegos de ortigas, al revolcarse en la cama, y en otras situaciones que sería largo de enumerar. Y, aunque tenga una buena figura y esté bien dispuesta, a veces es conveniente ir a los baños, aparentando no pensar en ello, bañarse en tal hora y en tal lugar, que pueda ser vista por alguna rendija.

MARGARITA.- Me haces recordar, señora Rafaela, a dos mujeres hermosas que fueron vistas completamente desnudas en el baño de Vignone por unos jóvenes que conozco.

RAFAELA.- Y de todo esto entiendo que una joven debe buscar con mucha destreza una oportunidad que no dé la impresión de que ella haya querido que tal cosa le suceda; porque en todas las acciones, operaciones y palabras de una mujer, entiendo principalmente que debe mostrarse extrema honestidad y pudor: porque donde no hay honestidad, ninguna obra virtuosa de una mujer es apreciada ni considerada; y, por el contrario, donde está presente, todo lo demás florece. Por lo tanto, no solo debe tener cuidado en las ocasiones que tiene que aprovechar para hacer lo que he dicho anteriormente, para que otros no perciban que lo ha hecho deliberadamente; sino que también debe fingir con rubor, pudiendo sonrojarse a voluntad, o con alguna otra señal fingida de honestidad, haber sentido disgusto por lo que le ha ocurrido. Y debe procurar que no le suceda varias veces la misma cosa en el mismo lugar y momento, porque se sospecharía que lo hace a propósito. Y, repitiéndote, te digo que en resumen siempre debe tener cuidado de que cada uno de sus pequeños pasos, palabras o acciones estén llenos de esa modestia que tanto se busca en las mujeres.

MARGARITA.- Por un lado, señora Rafaela, me agrada mucho lo que dices; por otro lado, me parece peligroso, al hacer estas cosas, no ser considerada una persona vanidosa.

RAFAELA.- Esto te ocurriría, cuando hicieras alguna de esas cosas que te he mencionado, con poca destreza y afectación; pero, si lo haces de manera que parezca que no te has dado cuenta, y,

con un poco más de rubor y un no sé qué de avergonzarte, haces parecer que te viste obligada a hacerlo, ¿quién te juzgará por eso menos modesta o vanidosa?

MARGARITA.- Si bien esta vanidad se oculta a los hombres, a Dios no se le puede ocultar.

RAFAELA.- Ya te lo he dicho, Margarita, y repito de nuevo que, si fuera posible, sería muy bueno no cometer nunca el más mínimo pecadillo delante de Dios, y más bien vivir como una ermitaña entre padrenuestros, rosarios y disciplinas. ¡Y ojalá Dios permitiera que esto se pudiera hacer, porque entonces no habría tantos pecadores en el mundo! Pero como, por la experiencia que tengo, sé claramente que nacemos pecadores y que es necesario inevitablemente hacer una de estas dos cosas: o desahogar la malicia, cometiendo algunos pequeños errores en la juventud; o errar en la vejez con mayor daño y vergüenza, y arrepentirse de la juventud pasada en vano, y caer por ello en desesperación; para evitar tal ruina, considero necesario y útil desahogar las pasiones en los años jóvenes, cuando Dios perdona más fácilmente y el mundo disculpa más, y parece que todo lo que se hace es más adecuado y divertido. Sin embargo, si tienes el ánimo de ser única en este mundo, manteniéndote vigilante y virtuosa, hasta que mueras, sin cometer el más mínimo pecadillo, te animo y te aconsejo a hacerlo, lo cual sería muy bueno; que casi nunca salieras de tu habitación y que pasaras las vigilias y los cuatro tiempos abrazando la soledad, despreciándote en todo y evitando cualquier tipo de conversaciones. Pero, sabiendo que no puedes hacerlo, te aconsejo, como hija, que debes (siempre manteniendo tu modestia y honestidad) pasar tus años jóvenes alegremente, y pensar que solo vienen una vez, y que un mismo placer en ese tiempo vale y deleita infinitamente, y es excusado por todos y perdonado por Dios con agua bendita; y en la vejez luego es burlado por todos, carga mucho en la conciencia y aporta muy poco placer y alegría. Por lo tanto, para evitar este desorden, te he hablado anteriormente y te he aconsejado de la manera que has entendido, y así siempre te aconsejaría. Sin embargo, si te sientes inclinada, como te he dicho, a vivir sin cometer nunca pecado hasta la muerte, si te es posible, me alegraré mucho; y, dejando atrás nuestros

primeros razonamientos, será bueno que hablemos, en cambio, sobre la vida de algún santo padre.

MARGARITA.- No, no. Continúenme con lo que ha comenzado, pues ahora me doy cuenta de que es bueno hablar con alguien que sabe y tiene experiencia en estas cosas, porque comienzas a hacerme ver que todo lo que dices es muy cierto. Por favor, continúe.

RAFAELA.- Puesto que hemos hablado lo suficiente sobre cómo debe vestirse una joven, tanto de la imprecisión del estilo, como el garbo y de la comodidad, así como sobre los movimientos y el porte, y otras precauciones que deben tener al respecto, quiero que ahora hablemos sobre los modales y la conducta que debe tener una dama en las cosas que suceden durante todo el día; y primero, en cuanto al cuidado de su hogar y en mantener el buen agrado de su esposo, lo cual, como te he explicado anteriormente y comprenderás mejor, es de suma importancia y necesidad. Debes saber, Margarita, que todas esas cosas de las que he hablado y te hablaré corresponden a una dama joven y no más allá de los treinta y dos años; porque, después de ese tiempo, debe retroceder un paso y no todo le queda igual de bien.

MARGARITA.- Me basta. Porque antes de llegar a esa edad, pasarán varios años.

RAFAELA.- El gobierno de la casa, Margarita, cuando está bien dirigido, es de gran ornamento para una dama, y la hace ser muy estimada por aquellos que saben apreciarlo, y le granjea un maravilloso afecto por parte de su esposo. Porque un hombre no puede tener mayor satisfacción que ver que sus posesiones, hijos y todo lo que tiene en casa son amados y cuidados por su esposa, demostrando así que él también es amado por ella.

MARGARITA.- Me gustaría que profundizara detalladamente en este tema del gobierno de la casa.

RAFAELA.- Creo que sabes, Margarita, que para el sustento y el crecimiento de una casa, primero deben entrar los ingresos, cuya gestión corresponde al hombre; y, además de esto, es necesario que haya alguien en casa que los conserve, lo cual le corresponde a la mujer: porque, si uno adquiere y el otro desperdicia y permite que las cosas se deterioren, el hogar se

arruinará. Y, por el contrario, cuando estas dos cosas van juntas, luego viene la felicidad de los hogares. Y por eso quiero primero que una joven no se deje dominar por la ociosidad, el sueño, la pereza y el tedio de vivir, como hacen muchas, que, por fastidio sin razón y por pereza, se quedan en la cama hasta el mediodía y descuidan la casa y lo que hay en ella; y si el marido les dice algo, lo discuten de voz alta, de modo que él, después de pocas veces, se siente abandonado y permanece en casa siempre como un furioso. Pero quiero, digo, que ella se levante ordenadamente de la cama, bastante temprano; y que, dando una o dos vueltas por la casa, vigile todas las cosas; que dé instrucciones a las sirvientas durante todo el día y vea que todo esté en su lugar designado, para que, si es necesario algo, no se pierda tiempo buscándolo; porque el orden es muy importante en todas las acciones, y especialmente en el cuidado del hogar. En cuanto al mandato, quiero que lo haga de tal manera que los sirvientes cumplan su deber voluntariamente y con afecto, y al mismo tiempo estén temerosos, de modo que nunca se escuche en la casa el más mínimo ruido de discordia o desobediencia. Y no debe hacer como muchas, que todo el día, a la menor provocación, actúan como si estuvieran en una obra de teatro con las sirvientas, murmurando y gritando constantemente, de modo que siempre parece que su casa es la casa del diablo: y todo lo que discuten no vale un centavo, porque la mayoría de las veces se debe a que una sirvienta, al vender en la plaza varias onzas de higos secos, se olvidó de cobrar un higo por adelantado a los compradores, u otras frivolidades similares; y luego, de las cosas importantes, no se dan cuenta y no les importa. Después de haber dado orden a todas las cosas por la mañana, como te he dicho, quiero que se ponga a trabajar con sus propias manos en algo; más porque aquellos que lleguen a casa no la encuentren ociosa que por ganancia que pueda obtener de ello. Cuando llegue su esposo, ella debe ir a su encuentro y mostrar alegría al verlo, y si no lo siente de corazón, al menos fingirlo. Y si trae a casa a algún invitado, quiero que lo reciba con muy buena cara, y, después de hacer una rápida visita a la cocina, dar instrucciones para que se le dé la bienvenida, y no mostrar ningún signo de nerviosismo al hacer los arreglos, como he

visto hacer a algunas, que si acaso tienen que cenar con un administrador de finca excepcional, se desaniman y hablan sin sentido, y hacen un ruido de sillas y taburetes, hablan sin ton ni son, sin saber qué hacer ni qué rumbo tomar. De modo que hacen que pase dos horas incómodo esperando a que la comida esté lista; y luego, al final, traen a la mesa como cena excepcional dos buñuelos de un huevo y medio y se recrean con tan magros manjares, y con tantas excusas, que el pobre hombre suda de desesperación por irse con Dios y se promete a sí mismo, si se libra, no volver nunca más.

MARGARITA.- Me hacéis casi avergonzarme de escucharos.

RAFAELA.- De estas cosas, una dama debe cuidarse como del fuego. En resumen, siempre debe mostrar, en cada acción y ocurrencia, al menos fingiendo, tener el deseo de complacer a su esposo en todo lo que sabe que le agrada, y de tener afecto por él, por su hogar, por sus propiedades y bienes, por sus hijos y por todo lo suyo; y si no lo hace con buen ánimo, al menos debe aparentarlo, porque de aquí proviene que ella pueda gastar más libremente en su vestimenta, pues, al verla útil en todo lo demás y afecta a su hogar, no solo él estará dispuesto a comprarle estas cosas gustosamente, sino que la alentará a hacerlo con frecuencia, y así se enredará ella misma en su propia red.

MARGARITA.- Y en cuanto a los placeres que queréis que ella disfrute, ¿cuál es la manera adecuada de proceder?

RAFAELA.- Te lo explicaré detalladamente. Todos los placeres que debo decirte que debe tener una joven, debes saber que principalmente provienen y se apoyan en los encuentros, banquetes, vigiliass, fiestas, paseos, reuniones familiares y encuentros privados. Sobre todo, ahora que estamos en este punto, una joven debe desear encontrarse en esos lugares, para alimentar y mantener esos deleites y placeres, de los que hablaremos más adelante para advertirte; y ese deseo debe mantenerlo oculto en sí misma, y hacia afuera debe mostrar claramente que disfruta naturalmente de estar en fiestas y banquetes, y similares, no por otra razón sino simplemente por el placer de los bailes, fiestas y juegos que se celebran allí. Y por eso debe profesarlo, y sobre todo mostrar a su esposo que está inclinada por naturaleza a tales

cosas, para que, al verlo él, no sospeche nada malo al respecto, sino que lo considere como parte de su naturaleza y esté tranquilo; y así él siempre le concederá ir adonde quiera, para no ir en contra de lo que ella está naturalmente inclinada a hacer. Y para cubrir mejor sus sentimientos, le será muy útil mostrar siempre la misma alegría pura, tanto en un encuentro como en otro. Y aunque sepa que en algún lugar no encontrará ningún placer, sino más bien desagrado, no debe mostrar que no desea ir allí, sino que, al ir, cubrirá su disgusto y fastidio con una alegría fingida, y si en algún lugar encuentra un placer mayor e inusual, no debe apartarse de su habitual alegría. Y en resumen, en todo lugar y en todo momento, debe mostrar siempre la misma disposición de ánimo, para que el grupo, y sobre todo su esposo, atribuyan todo a su propia naturaleza y a las estrellas, que la han inclinado de esta manera. Además de esto, debe cuidarse de que un mayor contento o descontento no la haga regresar a casa con más alegría o más resentimiento; más bien, debe mostrar siempre la misma expresión facial, y cubrir muy discretamente la variabilidad de sus pensamientos y los cambios de ánimo

MARGARITA.- ¡Qué sabia resultáis, señora Rafaela!

RAFAELA.- Piensa, hijita, que los años hacen entender las cosas; ¡y feliz aquel que, creyendo en los ancianos, las comprenda en la juventud!

MARGARITA.- Bien decís. Pero seguid enseñándome la manera de comportarse en las reuniones y conversaciones, que debe tener, esta que vos formáis hoy en una verdadera dama.

RAFAELA.- En cada lugar donde le toque conversar, ya sea con mujeres o con hombres, esta dama debe tener presente no dejarse llevar nunca a hacer el más mínimo gesto o decir la más mínima palabra que sobrepase los límites de la modestia y la honestidad. Porque te he dicho, y te repito, que esto es lo que realza cada acción de una mujer: y por ello, en todo lo que haga o diga, debe esforzarse por inclinarse más hacia ser demasiado recatada que demasiado audaz y descarada; y debe profesarse no solo que le desagraden los vicios y la cobardía, tanto en ella misma como en los demás, sino también que le complazcan las obras virtuosas y nobles. Entre todos los malos hábitos que debe evitar, siempre

quiero que se esfuerce principalmente por no ser mentirosa ni chismosa; más bien, debe mostrar siempre hablar con pureza sobre las cosas tal como son, excepto lo que pudiera dañar su propia honestidad, porque en esto es razonable evitar y simular una cosa por otra, tanto como sea posible. También debe tener cuidado de nunca decir nada que pueda generar sospecha en nadie; esto le ocurrirá si adopta el hábito de no hablar mucho, y pensar antes de decir lo que le salga de la boca, y reflexiona sobre las cosas que se le preguntan antes de responder, porque hoy nuestra ciudad está llena de lenguas malvadas, y cualquier cosa, por pequeña que sea y simplemente dicha, se convierte en un gran comentario, y es difícil protegerse de ello; pero hablar poco y con prudencia es lo mejor que se puede hacer. También es muy importante evitar ganar fama de ser una chismosa, un hábito que hoy está presente en casi todas las mujeres, y es muy pernicioso y vil. Por eso, una mujer siempre debe buscar los hechos de los demás, pero hablar bien de aquellos que lo merecen y no hablar mal de nadie.

MARGARITA.- ¿Entonces no debe hacer diferencia ni en el hablar ni en todo lo que le suceda, entre un virtuoso y gentil y otro desvergonzado y vicioso?

RAFAELA.- De ninguna manera. Porque, así como te he dicho que una dama debe valorar más en su alma a las personas virtuosas y nobles que a los malvados y groseros, también debe hacer alguna diferencia en la benevolencia al recibir los respetos y honores, y los razonamientos de aquellos y de estos; porque de aquí se nacerá que todos aquellos en la ciudad que tienen buen espíritu, como por competencia se esforzarán en exaltarla y honrarla, al ver naturalmente que sus virtudes son reconocidas. Y esto una mujer debe apreciarlo mucho, porque importa más cuatro o seis personas que la elogien que tengan buena fama en la ciudad, valen más, digo, al exaltar y destacar a una joven que todos los demás: porque ellos son aquellos que, si una mujer tiene alguna virtud bella, la sabrán reconocer y darla a conocer a otros, donde los demás no la reconocerán o no querrán reconocerla, para que ella esté, como ellos, en el grupo, para poderla arrastrar a algún acto vil, según su apetito. Y ten en cuenta que no quiero que haga esta diferencia que te digo muy grande y evidente, aunque ella sepa que los méritos de alguien lo requieran, porque sería

peligroso que los jóvenes del grupo se enfadaran, y por eso hablaran mal y la criticaran y chismearan; que no hay peor cosa en el mundo: pero con habilidad y prudencia, debe mostrar un poco más de benevolencia a aquellos que más lo merecen, y un poco menos a aquellos que menos se lo merecen. Y si la desigualdad de su humanidad no está de acuerdo con los méritos, los virtuosos y gentiles no se enojarán por esto, como aquellos que tienen juicio y saben que ella tiene que hacerlo así; pero por otro lado, se enojarían aquellos otros, como personas vestidas de poco conocimiento y criadas en la cobardía.

MARGARITA.- A mí nunca me bastaría el ánimo para tener un gesto amoroso hacia algunas personas, que no solo son personas comunes, sino que públicamente se les tiene una pésima reputación, como ese buen pariente tuyo, que bien sabéis que no hay mujer en Siena que pueda soportar escuchar su nombre.

RAFAELA.- Es mucho peor de lo que dices. Te puedo decir que posee todas las virtudes cardinales, y yo, mejor que nadie, podría informarte de ello; pero no merece la pena. Basta con que no tiene nada que le siente bien, excepto ser odiado por aquellos que lo conocen, ya sea por vista o por fama. A tal respecto, te confieso que una dama no debe mostrar nunca ninguna benevolencia, ni favorecer de ninguna manera. Pero no quiero que por eso, ella le muestre descortesía, no porque no lo merezca, sino por respeto a sí misma, ya que sería una mancha muy fea en una dama el ser descortés; además, para que él, siendo una lengua tan maliciosa, no encuentre algún chismoso o alguna historia malintencionada, en tercera persona, que le cause daño; aunque en verdad, para aquel que tú mencionas, no habría hombre que creyera el padrenuestro. Pero, para estar más seguro, es mejor dejarlo ir, sin mostrarse ni amable ni descortés con él, y no tener en cuenta nada relacionado con él de ninguna manera.

MARGARITA.- ¡Oh, qué fastidio me produce! Si supierais...

RAFAELA.- Basta. Guárdalo en tu corazón, y por fuera, muestra que no te importa ni para bien ni para mal, por respeto a ti misma, no a él. Además, quiero que esta joven, de la que te hablo, si por casualidad ha mostrado benevolencia y cortesía hacia alguien, pensando que esa persona lo merecía, y luego descubre lo contrario (porque los hombres no se conocen así de inmediato), quiero, digo, que en este caso, no debe retirar su humanidad tan

pronto; pero poco a poco, sin que se dé cuenta, debe ir apagándola más cada día, para que, acostumbrado a la cortesía, no se enoje por ese cambio, y por eso busque vengarse. Por lo tanto, o no debe mostrar ningún gesto amable a alguien, o, habiéndolo iniciado, debe seguir adelante, o muy astutamente, retroceder; ya que aquel que está acostumbrado al bien se enfada al perderlo; donde, si no hubiera experimentado lo bueno, no tendría motivo alguno para disgustarse por lo que no se podría llamar una “pérdida”. Y por ello, ella debe tener en cuenta lo que digo, si ya no ha sufrido tal injuria por parte de alguno de ellos, que se vea obligada a mostrar abiertamente disgustada y enojada. Pero, antes de considerar tal injuria, debe asegurarse muy bien de conocer la verdad primero; porque hoy en día el mundo está tan lleno de lenguas péfidas, que a menudo encuentran y cantan cosas que parecen más verdaderas que el Evangelio, y luego resultan ser vanas y sin importancia alguna. Y esto se debe a la gran envidia y a las pocas ocupaciones que tienen los jóvenes de nuestro tiempo, ya que el ocio los obliga a buscar los asuntos de los demás, y sobre cualquier apariencia mínima, inventan casos y cuentos, y los adornan con tantas ramas, que son tomados por quienes los escuchan como verdades absolutas, y la mayoría de las veces no es verdad alguna. Por eso, una mujer debe pensar bien antes de enemistarse con alguien; y no debe actuar como la señora Artusa, que, conmovida por un sueño que tuvo, se metió en la cabeza, sin saber nada más, que un joven, de la mejor pasta del mundo, había hecho no sé qué mal acto en su contra, y de inmediato se encendió de odio hacia él, y se comportó de tal manera que le mostraba descortesía y actos groseros y fuera de lugar, que no se los merecía, aunque él los hubiera merecido. Y tanto más cuanto que él no tenía ninguna culpa, ya que sabía por qué se había producido esto, tanto como tú lo sabes. Sin embargo, esta mujer tuvo suerte, ya que este joven era de tan buena condición que nunca se molestó ni se alteró por ello; al contrario, nunca dejó de mostrar su habitual gentileza, y la honraba y respetaba de la misma manera que antes. Pero no es por eso que ella no corrió peligro de que él, al sentirse sin culpa, no se enojara por casualidad, que las chismosas le causaran daño a quien los estaba haciendo. Y quiero decir además que, incluso si esta mujer hubiera sido injustamente tratada por él en algún momento, no

debería actuar de manera vil, y si no quería mostrarle amabilidad, no debería mostrarle descortesía; porque en resumen, la cortesía sonrío y queda bien entre las otras virtudes y hermosas cualidades de una mujer, como las esmeraldas y perlas entre el oro; además, en la descortesía se muestra que no se valora demasiado a los demás, ya que no hay mayor venganza que no hacer caso de alguien ni para bien ni para mal, como si en este mundo no existiera tal cosa.

MARGARITA.- ¿Qué necesidad hay, señora Rafaela, de tener tanto cuidado y precaución de que alguien se enoje? ¿Qué puede hacer él que le cause daño a una mujer, que no cometa errores y viva honestamente? Siempre he escuchado decir: “Orina claro y hazle caso al médico”.

RAFAELA.- ¡Ay, ni lo digas, hijita mía! Grandísimo daño le harás. Debes saber que el honor o la deshonra no reside principalmente en si ella hace algo o no, sino en si se cree que lo hace o no; porque el honor no reside en otra cosa que no sea en la estimación ante los hombres. Por lo tanto, si alguien, aunque sea secretamente ladrón o asesino, o algo similar, es considerado leal y justo, su honor es tan intacto como si no tuviera esos vicios; y al contrario, siendo un hombre de bien pero considerado malvado, sus virtudes son casi vanas y superfluas. Y lo mismo se puede decir de una mujer, cuyo honor no radica, como te he dicho, en lo que hace o deja de hacer (eso importa poco), sino en lo que se cree o no se cree de ella. Por tanto, ella debe tener mucho cuidado de que alguien, enfadado, no invente alguna calumnia para difamarla: porque aunque muchos, al conocer sus virtudes y la falta de ellas en otros, no creerán la calumnia, habrá otros que, sin analizar tan detenidamente, le creerán plenamente; y así, la pobre será injustamente difamada. Por eso una mujer debe saber emplear todo tipo de artimañas, no para evitar hacer algo, sino para no dar motivo para que se fabriquen historias sobre sus asuntos. Para ello, le será útil, por un lado, no ser descortés con nadie, y por otro lado, no hacer cortesías demasiado evidentes; sino más bien mantenerse en el término medio y valorar más las virtudes de los demás reconociéndolas en sí misma que con manifestaciones excesivas de acogida. Porque podrían ocurrir dos cosas perjudiciales: primero, que las malas lenguas, al darse cuenta, encontrarían dónde comenzar a

tejer sus redes; y aquellos mismos que las recibieran podrían albergar esperanzas que, si no se cumplen, luego podrían sentirse decepcionados y quejarse. Y si, llevados por alguna esperanza, avanzaran demasiado en palabras o acciones, ella debe estar alerta para cortarles las alas desde el principio y no hacer nada donde puedan encontrar un pretexto. En todo momento, una dama debe estar atenta y ser astuta en todos los lugares donde se encuentre, como fiestas, juegos, veladas, bailes, danzas, conversaciones privadas, que son tan comunes hoy en día y que en mi época eran criticadas. En todas estas situaciones, debe pensar siempre que tiene a su alrededor a posibles acechadores, algunos en busca de alguna esperanza, otros para buscar un motivo para hablar mal de ella: debe tener cien ojos y cien oídos y una sola lengua, y esa lengua debe ser muy sabia y prudente. Porque una vez que una palabra sale de su boca, ya no es posible hacerla volver; y por eso debe pensar antes de hablar. Pero ahora, Margarita, el curso de mi discurso nos ha llevado a la parte más importante, que es más crucial que todo lo demás que hemos discutido y que he reservado para contarte al final. Por tanto, será bueno que reflexiones sobre ello, porque no se puede pasar por alto en absoluto, ya que todo lo demás que hemos dicho sería insignificante.

MARGARITA.-¿Qué puede ser esto? Parece que se ha hablado de todo. ¡Y dichosa aquella que pudiera ser como la habéis descrito hoy! Por mi parte, me esforzaré por acercarme lo más que pueda.

RAFAELA.- Lo que nos queda por decir es la forma en que ella debe comportarse hacia sus pretendientes y las precauciones que debe tomar al elegir uno entre todos, que esté dotado de las cualidades requeridas para ser un amante gentil y verdadero. Una vez que lo haya elegido, debe amarlo con todo su corazón y con toda su alma, y favorecerlo y acariciarlo de la manera que consideres que le corresponde.

MARGARITA.-¡Oh! ¿Queréis que una dama tenga en cuenta el amor, señora Rafaela?

RAFAELA.- Hablas como una ingenua. ¿Y de qué sirven la belleza, las virtudes y los buenos modales en una mujer (y aún más cuanto más noble y excelente es), sin el amor, que embellece y perfecciona cada otra bella cualidad, y todos los demás placeres y deleites, si no os encuentra, son cosas insípidas y vanas? Porque

las fiestas, los bailes, los juegos, los entretenimientos, las vigili-
as, las virtudes, las bellezas, sin amor, son como una hermosa casa
en el invierno sin fuego, o como la misa sin el padrenuestro. Cada
pequeña diversión cobra fuerza cuando él está presente: las villas,
por su presencia, parecen paraísos; los bosques, las cacerías, las
pescas, las cabalgatas, sin él, son muy fríos, y con él son dulces
y deleitosos. ¿Y qué se puede decir de la juventud que pasa sin
experimentar el amor? ¡Cuánto hay que lamentar por aquellos
que, pasados los cuarenta años, se dan cuenta de esto, cuando
antes no lo percibieron! Verdaderamente pueden considerarse
desdichados, infortunados y superfluos en el mundo; y, por el
contrario, los hombres y mujeres que, antes de cumplir veinte
años, han aprendido, a expensas de los demás, a conocer la fuerza
y el poder que tiene el Amor en esos años que están antes de los
treinta y cinco, y sobre todo en ese medio tiempo, pueden ser
incluidos en el calendario de los bienaventurados. Pero se
requiere gran juicio, gran discernimiento, y mucha habilidad y
gobierno para manejarse en esta área, especialmente para una
mujer, ya que el peligro que la acecha es de mayor importancia
para ella.

MARGARITA.- Si decís que es así, no puedo hacer otra cosa que
creeros; porque tengo mucha más fe en vos que en mí misma. Así
que, decidme un poco cómo debe manejar esta dama su amor y
las precauciones que debe tomar al elegir a alguien que deba ser
como debe ser.

RAFAELA.- Antes de decirte las cualidades que debe tener un joven
para merecer ser elegido por una dama como su verdadero
amante, quiero que hablemos un poco sobre qué jóvenes deben
ser evitados, como las serpientes, por las mujeres. Porque, al
conocer primero a estos, se podrá mostrar mucho más claramente
las buenas cualidades que debe tener un amante. Y, una vez
hecho esto, se podrá hablar sobre la forma en que la dama debe
comportarse hacia aquellos que debe evitar, y hacia aquel a quien
debe seguir.

MARGARITA.- Me gusta. Ahora, pues, decidme.

RAFAELA.- Por la experiencia que tengo en estas cosas, encuentro
que los jóvenes que no llegan a los veinte años, e incluso hasta
los veintidós, que todavía huelen a leche, son sumamente
peligrosos para una mujer y deben ser evitados como al diablo,

porque, debido a su escasa experiencia, no saben llevar un amor ni tres días. Tienen conversaciones frívolas y debilitadas, se ahogarían en un vaso de agua, orgullosos y arrogantes por su juventud, repentinos y escandalosos, la mayoría son presumidos y fanfarrones, si reciben el más mínimo favor, o lo presumen inmediatamente de forma deliberada, o, por ser poco prácticos, permiten que se lo arranquen de la boca por mil intrigantes que siempre los rodean. En cuanto a las alegrías y contentos, están tan desmedidos que brillan continuamente, y se darían cuenta que las paredes no podrían contenerlos; de igual manera, en los desprecios se encienden de tal forma que es inevitable que todos se den cuenta; y finalmente, explotan diciendo lo peor posible sobre esa pobre dama que se les haya entregado como presa, creyendo que merecen ser sus pretendientes, y en resumen, no tienen ninguna actitud para que sea digno. Y si por casualidad hay alguno de ellos, aunque sea raro, que quiera ser discreto de cualquier manera, no podrá mantenerlo en secreto; porque, sin darse cuenta, revelará en dos días todo lo que le haya sucedido, y levantará sospechas mucho más allá. Te confieso sinceramente que, si fuera posible forzar a la naturaleza para que un joven a esa edad fuera sabio y práctico, sería excelente amarlo, pero no vale la pena correr ese riesgo, ya que de mil no se encuentra ni uno que no sea un estropajo, orgulloso, altanero, pomposo, fanfarrón, ostentoso, escandaloso y mal educado. Por lo tanto, una dama debe evitar a estos individuos tanto como sea posible, si no quiere convertirse en la comidilla de Siena en cuatro o cinco días.

MARGARITA.- Reconozco que decís la verdad, señora Rafaela, porque la esposa de Donato fue sepultada para siempre por su primo.

RAFAELA.- Los ancianos, Margarita, son para dejar pasar, pues aunque tengan más experiencia y consejo más maduro y conocimiento del mundo, aún tienen tantos vicios y torpezas que compensan con creces el poco bien que puedan tener. Y entre los aspectos desagradables que poseen, hay uno sumamente vil; y es que no encontrarás uno que no sea malhablado e envidioso. La razón de esto es que, al ver que ya no tienen el favor de nadie, arden de envidia si ven que alguien goza de amor, y se ayudan mutuamente difamando en las tabernas, sacando a relucir los defectos de las pobres mujeres. Y si alguno de ellos tiene la

fortuna de ganar el favor de alguna mujer, inmediatamente se jacta de ello para demostrar que no ha perdido el favor de las mujeres, como se piensa en su círculo. ¿Por qué necesito extenderme hablando de ellos? Aunque sea imposible que sean discretos, sabios, prudentes, de buena lengua y tengan todas las virtudes del alma que se pueden tener, ¿qué puede hacer una joven hermosa con el amor de un anciano encanecido, baboso, sucio, torpe, fastidioso, chismoso, con aliento maloliente y mil otros defectos que harían vomitar hasta a los perros y de hacer que una haga penitencia sin tener pecado?

MARGARITA.- Por favor, no me los recuerde más. Puedo decirles que quien quiera un amor tan repugnante, tendrá el juicio en los talones.

RAFAELA.- También es lamentable la generación de estos charlatanes, fanfarrones y alabarderos, de estos amanerados vanidosos, que no saben hacer otra cosa que perfumarse, alisarse, afeitarse su barba, ajustarse un calcetín y jactarse de lo que les sale de la boca, y harían rumores del paraíso. Y si, por desgracia, tienen el favor de alguna desafortunada mujer, buscan con ingenio que ella les haga algún favor en un momento en que alguien más lo note. Y si alguien les ha hecho algún favor en secreto, entonces, cuando están con otros, intentan de mil maneras que se sepa, fingiendo no querer hablar y, al mismo tiempo, insinuando sospechas; y en resumen, de una forma u otra, su secreto se hace público en pocos días, ya sea presumiendo de ello o con descaro en reuniones y eventos sociales, pues cuanto más gente haya, más se arriman a la mujer, buscando favores abiertos, y si no se los dan, se enojan abiertamente y muestran su disgusto, lo cual todos notan. Y si tienen algo que les gusta, brillan de inmediato y cometen mil locuras que hasta las paredes conozcan sus acciones, y no dejan a la mujer salir de casa un paso sin seguirle. De ahí que, si una mujer les ha dado su favor, pronto se ve obligada a retirárselo, o de lo contrario, ser la comidilla del pueblo. Y estos individuos nunca tienen un amor que dure más de dos meses; y la mayoría, aunque sean ostentosos en presencia de los demás, son cobardes en privado.

MARGARITA.- Me hacen recordar, señora Rafaela, a uno de estos fastidiosos sieneses, que, lanzando limones a la dama en presencia del marqués del Vasto, hizo mil aspavientos para que

ella le hiciera un favor delante del marqués, para que coincidieran los signos con lo que le había dicho.

RAFAELA.- En Camullia sucedió eso. Lo he sabido bien. También es casi igualmente digno de rechazo ese tipo de jóvenes que se consideran y se creen tanto, ya sea por sus virtudes o por su belleza, que creen que las mujeres deberían lanzarse por las ventanas por amor a ellos. Siempre es necesario que las pobres vayan a sus pies, y se enojan por cualquier cosa mínima, y quieren que no miren ni hablen ni siquiera al marido, ni a los hermanos, ni a los cuñados ni a otros. Y en resumen, les parece razonable que una mujer deba ser su dama, y que de ellos deba venir el favor y el mandato; como si las mujeres estuvieran obligadas por la fuerza viva a seguirlos. Con estos individuos, una mujer debe cuidarse de no enredarse en el amor, porque pronto se arrepentirá, y nunca tendrá un momento de buen tiempo

MARGARITA.- Si quiere preguntar, según entiendo, por la sobrina de ese caballero... Usted me comprende.

RAFAELA.- Te entiendo perfectamente. Ahora bien, no quiero que una dama entregue su amor a alguien que tenga esposa. Porque debes saber que el amor quiere todo del hombre, y quien quiera ser un verdadero enamorado debe despojar su alma de cualquier otra preocupación y pensamiento, nunca pensar en otra cosa, día y noche, que en el ser amado: y esto no lo puede hacer un hombre casado, que está obligado por la fuerza a tener, si no quiere ser ridiculizado por todos, como su principal preocupación, y antes que cualquier otra cosa, el cuidado de su hogar, el amor por su esposa, sus hijos y sus posesiones; y son raros los que, ya sea hermosa o fea su esposa, no le profesen amor, porque la convivencia constante los impulsa a ello. Y aunque dejando todas estas cosas atrás, ponga todo su pensamiento en la persona amada, esto le trae un gran vituperio; no puede evitar sentir fastidio, y así termina siempre estando enfadado. Y si alguien dice que puede atender en secreto al amor y mostrar abiertamente su atención al hogar, respondo que no puede hacerlo; y te lo demuestro. Un enamorado, como te dije, debe mantener siempre en secreto sus alegrías y sus disgustos derivados del amor, y ocultarlos tanto como pueda, mostrando siempre en público la misma cara. Pero, como según las circunstancias, que pueden surgir en el amor, a veces es necesario poder expresar

abiertamente el dolor y la alegría para poder fingir mejor en público, a veces tiene que desahogarse a solas en su habitación y en su cama; porque al llegar a casa y encerrarse en su habitación, puede desahogarse consigo mismo, y pensar e imaginar las medidas que serán necesarias según los acontecimientos; y a veces llorar, lamentarse, reírse para sí mismo, y desesperarse, según lo requiera la situación, para que después de este desahogo pueda ocultar mejor sus pensamientos entre las compañías: ahora, todo esto no lo puede hacer un hombre casado, más bien tiene que simular más en casa y en su cama que en otro lugar, para engañar a su esposa. Y de cualquier manera, después de mil advertencias, no podrá evitar ponerla en sospecha; lo que lleva a que ella, como un diablo suelto, empiece a agitarse, y llene la casa de guerras y tormentos, y a espiar quién puede ser la mujer amada; y una vez que lo descubre, la difama y deshonor en cualquier lugar que se encuentre. Y así sigue la ruina de esa mujer, la desesperación de él, y mil otros desórdenes, que puedes imaginar por ti misma.

MARGARITA.- Entonces, ¿quiere usted, señora Rafaela, que se elija a alguien que aún no tenga esposa, pero que esté a punto de casarse?

RAFAELA.- Será menos malo, pero no del todo bueno; porque, cuando luego la tome, se puede decir que tal amor ha terminado. Y yo entiendo que un amor, una vez que ha comenzado, solo debería terminar con la muerte.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Cómo debe proceder entonces? Porque todos los hombres o ya tienen esposa o están a punto de tomar una.

RAFAELA.- Hay algunos que no la tienen, y no tienen intención de tomarla, como comprenderás. También es sumamente peligroso el amor de los forasteros en general, especialmente de esa clase que ha llegado en los últimos años; y podría darte innumerables razones al respecto. Pero no quiero molestar. Basta con que lo puedas ver en la señora Giacchetta, la señora Lonarda, la Baratina, tu criada, y algunas otras más (todas mujeres realmente de pocos recursos), y observa el fruto han sacado de tales amores. Pestilente es el amor de los grandes y poderosos en una ciudad, y sobre esto podría darte innumerables ejemplos; pero sé que los conoces muy bien. Y para no enumerar minuciosamente todas las generaciones de jóvenes que deben ser evitados en el amor, en

resumen, una mujer debe huir, además de aquellos que te he mencionado, de aquellos que tienen fama de ser presuntuosos, desagradables, fastidiosos, mentirosos, dependientes, feos, de baja condición, malhablados, jugadores, tramposos, blasfemos, demasiado apegados a la comida, frívolos, caprichosos, descarados, mujeriegos, vagos y otras generaciones de poco valor.

MARGARITA.- Dado que he comprendido qué tipo de hombres deben ser evitados, quisiera que me dijeras las cualidades que se requieren en aquel a quien es apropiado y conveniente el amor de una dama.

RAFAELA.- Debe ser, en primer lugar, todo lo contrario de aquellos que hemos criticado anteriormente. Y, para explicártelo mejor en pocas palabras, digo que quiero que aquel que sea digno del amor de una dama sea un joven de entre veinte y treinta y cinco años, especialmente entre veintisiete y veintiocho, cuando la madurez del juicio está presente, y ya se tiene experiencia en los asuntos del amor, y se puede dirigir y gobernar todo lo que pueda surgir en torno a este tema. Quiero que sea de sangre noble, lo cual aporta una gran satisfacción, y que sea hermoso y grácil, no solo en apariencia, sino también en su persona y movimientos; porque aunque la belleza no sea la característica principal que se busca en el amor, sin embargo, es de gran importancia y causa gran placer cuando se encuentran otras cualidades. Este individuo debe ser de buen carácter, modesto y bien educado en todas sus palabras y acciones, y esto sin ninguna afectación; generalmente respetuoso, defensor del honor de las mujeres, y especialmente del suyo propio; calmado y tranquilo en todos sus movimientos; siempre debe profesar reverencia hacia todas las mujeres, más o menos según sus méritos. Quiero que sea muy discreto, que apenas confíe en sí mismo en asuntos importantes, y que tenga cuidado de mantener no solo en secreto lo que importa, sino también cualquier pequeño favor, para que luego no haya comentarios al respecto. Este individuo debe cuidarse siempre de no hablar con nadie sobre la mujer que ama; pero, cuando por alguna razón tenga que mencionarla (lo cual, si no lo hiciera, causaría aún más sospechas), debe hacerlo con la mayor precaución posible. Sin embargo, si es posible, debe evitar con habilidad tales conversaciones, porque es peligroso que, al

hablar, a aquel (que está mal) se le sonroje o palidezca el rostro, según lo que oye o dice; y siempre debe tener en cuenta que aquellos que lo odian buscarán con insistencia sacarle algo de la boca, por lo que debe considerar cuidadosamente sus palabras antes de que le salgan de la boca. Quiero que también tenga tanto juicio que sepa cortejar a su dama alguna vez, pero no muy seguido, y que a veces se encuentre donde ella, con tal arte, que parezca que lo hace por algún otro motivo, y casi como si estuviera obligado; y que no la siga constantemente. Además, debe asegurarse de ser considerado una persona refinada, cortés y generosa con todos en general, y especialmente con las mujeres, y de vestir bien y con garbo, de tal manera que sus modales no den señales de inestabilidad o falta de inteligencia, sino de firmeza de carácter y serenidad personal. No creo que deba usar máscaras, libreas, emblemas y otras cosas similares todos los días, de modo que nunca se le vea sino a él mismo; y también quiero que no las evite del todo, pero que las utilice con tanta moderación y sabiduría que nadie pueda saber exactamente por qué las usa, lo que le será muy útil para mostrar que tiene la mente en un lugar y lo mantiene en secreto. Y no solo preferiría que no tuviera esposa, sino que tampoco debería dudarse de que la tenga que tomar, como sería el caso si fuera un clérigo, pero sin sotana, de modo que la vestimenta no sea más que una excusa para no tener que casarse, para poder disfrutar más plenamente del amor de su dama. En resumen, este individuo debe esforzarse por ser reconocido como una persona refinada, estable, virtuosa, culta, defensor público de las mujeres, magnánimo, hábil para tomar las oportunidades cuando se presenten; debe saber fingir y ocultar sus pensamientos; y debe ser fiel a su dama, constante y apasionado en amarla, porque el amor, una vez iniciado, debe durar hasta la muerte; y sobre todo, debe ser sabio en saber cómo manejarse según las circunstancias que se presenten a lo largo del día, porque no se puede dar una regla más detallada, sino que debe confiar en su juicio. Este es el tipo de joven, como te he dicho, que debe merecer el favor de una dama. Y tal debe ser el que ella elija

MARGARITA.- Me lo habéis pintado, señora Rafaela, tan excelente, que no creo que se encuentre ninguno igual en el mundo.

RAFAELA.- En verdad, conozco a pocos, y aún más afortunada ha de considerarse aquella que es amada por uno así. Y ten en cuenta, Margarita, que si una joven no puede encontrar a alguien que posea todas estas cualidades, que haga su diligencia y luego se incline hacia aquel que tenga la mayoría y las más importantes.

MARGARITA.- Esto confieso que es posible.

RAFAELA.- Ahora tenemos que hablar aún más, una vez que una dama ha elegido un amante como yo lo he descrito, sobre cómo debe comportarse al relacionarse con él, y cómo debe manejarse también con los demás, que siempre, como pájaros rapaces, estarán al acecho; porque ninguna mujer puede ser tan sabia y sagaz como para cortar de raíz las intenciones de otros, de manera que algunos, si no son atraídos por la esperanza, al menos por despecho, o por no saber qué más hacer, no intenten ejercitarse coqueteando alrededor de ella.

MARGARITA.- Entonces, decidme: ¿cómo ha de defenderse ella para no cargar con eso, y al mismo tiempo mantener el amor de aquel a quien ya ha elegido como amante?

RAFAELA.- En primer lugar, debe tener cuidado de no tomar esta decisión demasiado precipitada, porque podría ser fácilmente engañada, ya que los jóvenes de hoy saben fingir y llorar a su antojo, mostrarse dulces y luego resultar amargos y venenosos. No se les conoce así de buenas a primeras; por lo tanto, es necesario observar con atención durante un mes, dos meses, ocho meses, un año, y considerar profundamente cada detalle, y luego, si todo resulta bien, decidir aceptarlo como su único amante y concederle su gracia. Y, una vez tomada la decisión, debe deliberar dos cosas principalmente en su corazón para mantener este amor. En primer lugar, amar a su amante únicamente con todo su corazón y con toda su alma, por encima de todas las demás cosas queridas que tenga en el mundo; pensar continuamente en él; considerar al resto del mundo como nada en comparación con él, para que él también la ame de la misma manera: porque, en resumen, para ser amado, hay que amar. Esta es una. La otra es emplear todo el ingenio y todas las artes para mantenerlo en secreto, porque el secreto es el nervio del amor; y para que esto se logre, ella debe ser hábil en fingir una cosa por otra, y nunca hablar de su amante ni bien ni mal, si es posible, y si por casualidad se ve obligada a mencionarlo (porque, al

hacerlo, sería para despertar aún más sospechas), recuerde y hable con destreza, porque debe pensar siempre que quien le hable de él lo hace para socavarla y ver dónde se encuentra. Y por eso debe evitar, en la medida de lo posible, tales conversaciones, para que, sin darse cuenta, o con rubor o palidez u otro signo, no den indicios de sus pensamientos. Y en las reuniones y veladas, debe conversar mucho con él, pero al mismo tiempo no mostrar tanto cuidado como para que sea excesivo, porque las personas hoy en día son astutas y consideran todos los medios y modos posibles para lograr algo: por lo tanto, ella debe esforzarse por mantener a su verdadero amante entretenido en público con diversiones habituales, como lo hace con todos los demás que demuestren amarla. Porque debes saber que desde el principio hay que tener cuidado de que una cosa no comience a sospecharse, porque tan pronto como surja la más mínima sospecha, ya sea en el marido o en otros, los ojos se duplicarán sobre ella, y es inevitable que, tarde o temprano, las cosas se descubran, total o parcialmente. Por lo tanto, no debe mostrarse nunca, ni con su esposo ni con otros, de manera diferente, ni cambiar nunca su expresión, ni por satisfacción ni por pasión que pueda sentir, porque estos signos son muy observados hoy en día, ya que la mayoría de las veces suelen decir la verdad, y es difícil moderarse en ese aspecto

MARGARITA.- Si lo queréis, señora Rafaela, ¿queréis que esta mujer sea tan reservada al hablar de su amante que nunca pueda decirle una palabra? ¿Acaso queréis que se escriban secretamente? Lo cual me parece muy peligroso, ya que no se puede hacer sin tener que confiar en criadas.

RAFAELA.- Extremadamente peligroso y de evitar en la medida de lo posible, porque, por una cosa que esté bien manejada por mano de criados, arruinan cientos; pero, si alguien se ve obligado, no teniendo otra manera de recurrir, a esto son más propicios los sirvientes que las sirvientas. Primero, porque las criadas son más ingenuas y novatas, y pueden descubrir las cosas por sí mismas o dejar que se les escapen sin darse cuenta; luego, no se les puede tratar con tanta consideración, ya que se enojan por cualquier cosa mínima con sus dueñas y, como venganza, las vituperan, y no dudan en causarles disgusto, sabiendo que es cobardía disgustar a una mujer. Con un sirviente es todo lo contrario.

Piensa mejor las cosas y se avergonzaría de vengarse de manera tan cobarde, y además teme, porque sabe muy bien que, si no actúa lealmente, corre peligro su vida; y hay mil razones más, que sería largo enumerarlas. Sin embargo, no confíes en ninguno de los dos si puedes hacerlo de otra manera, y reserva esto como último recurso.

MARGARITA.- ¿Y cómo hará entonces una mujer para poder confiar su amor con su amante?

RAFAELA.- Y esto te lo diré también antes de irme. No quiero que esta mujer de la que estamos hablando sea apresurada ni precipitada, sino paciente y tranquila, y que espere a que las oportunidades lleguen, si no hoy, mañana, hasta que lleguen, y, cuando lleguen, sepa aprovecharlas, y no las deje pasar por nada; porque luego no vuelven atrás para reclamarlas.

MARGARITA.- ¿Entonces no os gusta lo escrito?

RAFAELA.- Si otro estuviera seguro de la fidelidad y astucia de un sirviente, se podría hacer con seguridad, y sería muy gratificante. Y en cuanto al amante, ella podría estar segura, porque supongo que es muy fiel y astuto, y no hay peligro en su habitación y en sus cajones de que alguien los revuelva en busca de cartas o favores y las demande, si él no lo permite: si este hombre ya no estuviera casado; porque entonces habría con él mala disposición en esto y en todas las demás cosas.

MARGARITA.- Hace un momento, señora Rafaela, dijisteis que el esposo y su hogar deben ser lo primero que una mujer ame en este mundo, y ahora parece que queréis lo contrario: que el amor del amante lo supere todo.

RAFAELA.- Te he dicho que ella debe comportarse de manera que él se piense y se dé cuenta de que así es, pero en su corazón el alma esté alojada donde está mucho mejor; y ahora te replico que con los maridos basta fingir que los aman, y eso les basta a ellos. Además de eso, una dama debe hacer profesión de ser amable y cortés con todos los que conversan en el lugar donde ella esté, salvando siempre en público su modestia y honestidad. Porque, además de que esta cortesía, como te he dicho, hace florecer todas las demás virtudes de una mujer, también es la causa por la cual ella puede hacer algunas veces algún acto cortés a su amante: ya sea al hablar con él, ya sea en alguna otra cosa, como sucede. Lo cual, si se hace con precaución, se considera más por la

naturaleza y condición de ella, que está inclinada a la cortesía, que a cualquier otra cosa que importe. Y debes saber, Margarita, que este trato que hacen hoy en día las jóvenes con cualquiera que se les presente, les ayuda mucho a asegurarse para hablar alguna vez con su enamorado. Y cada poco tiempo que se hable con él, ya sea en una reunión, en una fiesta o en la calle, a veces importa mucho, y se puede decir lo bueno en pocas palabras muy fácilmente, si una no tuviera que lidiar con algún entrometido y tonto que desperdicie ese poco tiempo, que es tan importante, diciendo: “Señora, señora; no señora, sí señora; ¿la Excelencia va a la misa?” y otras tonterías similares que dan asco a quien las escucha. Es cierto que ella debe tener cuidado de que esta cortesía, que quiero que ella muestre con todos los que se le crucen, no sea tanta que otros tomen muchas esperanzas, porque eso causaría un gran desorden: aquellos que han empezado a esperar, se le acercarían con audacia, y se irían más allá con las palabras, de tal manera que ella se vería obligada a dejar de ser cortés, para no ser vituperada; y por eso, al no lograr sus planes, se enfadarían y tratarían de vengarse haciendo lo peor que pudieran contra ella. Por eso las mujeres deben ser muy cautelosas, y antes de hacer un acto amable con alguien, deben advertir a quién se lo hacen; porque hay ciertos clérigos ávidos que, cuando se les muestra un dedo, se agarran todo el brazo, y por cada pequeño favor, piensan que una mujer está desesperada por sus asuntos, y se convierten en la cosa más molesta y entrometida del mundo. Algunos otros, más astutos, aceptan el bien como viene, y aparte de un favor, si hay intención, tratan a las mujeres con tanta destreza que ellas apenas lo notan; y si encuentran la oportunidad abierta, la siguen valientemente, y si está cerrada, se retiran sin enojarse por ello. Por eso, como ya te he dicho, se debe saber a quién se debe mostrar más o menos cortesía, y cortar de raíz desde el principio los caminos y pasos de aquellos que se sabe que quieren ir más allá de lo debido. Tampoco quiero en absoluto que una dama sea envidiosa y resentida por el bien de otras, y por eso dé oídos a los chismes; y, por despecho hacia quien quiera, haga favores o desplantes a alguien, como conozco a muchas que continuamente están espionando los hechos de las demás, y se ríen de esta, y hablan mal de aquella, y se regocijan con las desgracias de los demás, y

molestan con los placeres. Y todos estos son actos muy cobardes e impertinentes para el noble espíritu de una dama, que ponen a las mujeres que los esperan en enredos, de los que el paraíso no las desataría. Y si ella, sin culpa propia, es envidiada por otras y tiene a alguien que, para disgustarla y complacer a otros, hable mal de ella y no la respete, quiero que ella no le dé importancia a todo esto y nunca piense en ello, ni para bien ni para mal. Y que atienda a sus virtudes y al modo de vida que hemos dicho que le conviene, siempre cuidando que nadie pueda calumniarla con razón y que sus secretos permanezcan bajo tierra; y luego, dejar que el mundo siga su curso, y que cada uno se enoje si quiere

MARGARITA.- Me hacéis recordar a uno que está más enredado en estos chismes que cualquier hombre que haya conocido jamás, que, para disgustar a una mujer, como él es el jefe de cierta calle, comienza a cantar; y cuanto más cerca está de la casa de ella, eleva su voz, y, una vez pasado el hogar, comienza a disminuir, hasta que está en un lugar donde no piensa que pueda ser escuchado, donde se calma por completo. Y, si he de decir la verdad, no creo que a ella le importe en absoluto.

RAFAELA.- Puedo decirte que es una buena profesión, pero dejémoslo pasar. Además, Margarita, desearía que nuestra dama no fuera avara ni codiciosa del dinero, aunque no sea muy rica. Porque, además de ser una mancha muy fea en una mujer la codicia por las ganancias, también es peligrosa, porque si se ve que anda buscando regalos, beneficios o cosas similares, habrá muchos que le darán y se dejarán llevar por algo, y de inmediato pensarán que son dueños de ella; porque el hecho de que una mujer reciba regalos da mucha confianza a quien los manda. Y por eso no los acepte en absoluto, a menos que sean bagatelas, o que por alguna otra razón se vea obligada a no hacer algo peor. Pero de su amante quiero que los acepte y los aprecie, y a veces le devuelva el gesto, para que él reconozca en ella el amor y no la avaricia. Ahora bien, Margarita, no podría hablarte más detalladamente sobre la forma en que una dama debe mantener a su amante por mucho tiempo y relacionarse con los demás. Porque debido a las diversas situaciones que pueden surgir durante el día, no se puede establecer una regla para todo; pero basta con que ella lo ame con tanta fe como pueda y lo mantenga

- en secreto con todo su esfuerzo; y en cuanto a cómo hacerlo mejor, debe confiar en su propio juicio.
- MARGARITA.- Has hablado lo suficiente, apenas la mitad de las cosas que dices serían suficientes. Pero me gustaría saber otra cosa: ¿qué favores deberá concederle a su verdadero amante cuando se presenten las oportunidades? ¿Y cuánto más allá debe llegar para compensarlo y salvaguardar su propia honestidad?
- RAFAELA.- Hablas como una joven, como eres. ¿Qué significa «su propia honestidad», ingenua?
- MARGARITA.- ¡Oh! ¿No me dijiste que la honestidad es lo primero que una mujer debe preservar?
- RAFAELA.- Sí, delante a los demás. Pero con aquel que se ama, hay que ingeniárselas para encontrarse con él en lugares secretos, cada vez que haya oportunidad.
- MARGARITA.- ¿Y qué se supone que deben hacer en esos lugares?
- RAFAELA.- ¿Qué? ¿Que qué le convienen hacer? ¡Por los cielos! ¡Chiquilla tonta! Te estás volviendo más simple de lo que pensaba. Quiero decir que cuando estén juntos, deben alejarse de toda simulación y unirse con todo el alma, el cuerpo, el pensamiento y lo que sea posible.
- MARGARITA.- Habláis de manera confusa, señora Rafaela. ¿Acaso queréis decir que una dama, en ese caso, debe engañar a su marido?
- RAFAELA.- ¿«Engañar»? ¡Todo lo contrario! ¡Engaños son los que se hacen con el marido!
- MARGARITA.- ¿No es que por eso le pondría los cuernos?
- RAFAELA.- Cuernos sería si se supiese. Pero sabiendo mantener el asunto en secreto, no veo qué vergüenza podría seguir.
- MARGARITA.- Ahora entiendo, ¡y nunca lo hubiera pensado! Porque yo creía que este amor debía ser del alma y honesto; eso fue lo que escuché una noche en una reunión durante un juego con uno de los Intronati, al que llaman el Garroso o el Ostinato, no recuerdo bien.
- RAFAELA.- ¡Cuántos errores cometen algunos al poner estos rollos y estos jardines de aire en la cabeza de las jóvenes! Y ten en cuenta que ese individuo se burlaba y lo entendía como yo, aunque hable tanto de lo honesto y llene su boca de honestidad. ¡Qué honestidad! La cosa es como te la digo. O me crees o no.

MARGARITA.- Por un lado, no sé qué decirme a mí misma: me parecería engañar a mi marido; y por otro lado, no puedo decir más que me agradan sus argumentos hoy.

RAFAELA.- Le engañarías, Margarita, si lo hicieras de manera que él se diera cuenta; pero si no se da cuenta, no significa nada en absoluto. ¡Oh, sería tan bueno que una dama no se pareciera en nada, ni en condición ni en sangre a su marido, y que no tuviera que buscar a alguien que se pareciera en temperamento, en sangre y en pensamientos! Porque eso es algo que, si el alma no está satisfecha, resulta insípido y no vale nada. Y, por el contrario, donde hay unión de almas, es divino y es el mayor bien del mundo.

MARGARITA.- Deben ser muchas, señora Rafaela, las que tienen esta coincidencia, que llamáis «de sangre», con sus maridos.

RAFAELA.- Son muy raras. Y hay una razón para ello: porque las esposas y los maridos se toman a ciegas, sin haberse visto nunca; y sería una gran fortuna si se amaran de corazón, y no por ceremonia, obligación o, digamos, por fuerza.

MARGARITA.- En cualquier caso, este hacer parentesco de esta manera tan a ciegas es una mala costumbre; porque muchas veces deben unirse en matrimonio dos personas de naturaleza opuesta y de costumbres diferentes.

RAFAELA.-¿Y qué importa eso, si hay un remedio muy oportuno y adecuado en entregarse por completo al amor de alguien que con habilidad compense este descontento que se tiene con el marido?

MARGARITA.- Pero, ¿no se comete pecado finalmente?

RAFAELA.- ¿No te he dicho ya diez veces que, si te da el corazón de pasar la juventud y luego la vejez sin cometer ni el más mínimo pecado, te aconsejo y digo que estarás haciendo bien? Pero ten cuidado de que las fuerzas te acompañen, porque nunca ha habido persona en el mundo que lo haya logrado. Y por eso, para que no caigas en un mayor error al intentar hacerlo luego, allá en los últimos años, te doy este consejo. ¿Y sabes lo que te sucederá entonces? Tendrás que pedir ayuda a otros, donde ahora serás tú quien sea suplicada, porque aquellos que creías que te amaban, en secreto te despreciarán y te menospreciarán: al darte cuenta de esto, finalmente caerás en la desesperación y el arrepentimiento del tiempo pasado en vano, lo cual es el mayor pecado que se puede cometer. ¡Oh, hijita mía! Considéralo ahora, que estás a

tiempo, y enmienda el mayor error con el menor, y recuerda que no sirve de nada decir «después será tarde»; y aunque en ese momento, si te agrada alguien, lo disfrutarás por casualidad, considera que tú no le agradarás a él. Y debes saber esto: que el placer de estar junto al amante no vale ni un céntimo si no hay amor mutuo; lo importante es que, si amas a alguien, sepas que él te ama a ti, y que anhele y disfrute estar contigo tanto como tú con él. Y, sin esta unión de almas, no le daría un centavo por cosas similares.

MARGARITA.- Todas tus razones son acertadas, señora Rafaela, lo confieso todo; y hasta ahora veo que es necesario hablar con quien sabe, si una quiere volverse sabia: porque me parece que he ganado más juicio en este poco tiempo que he estado contigo hoy, que en todo el resto de mi vida

RAFAELA.- ¡Te lo he dicho, pobre de ti, que realmente lo necesitabas! ¿Y qué te creías? ¿Acaso pensabas que los placeres de las jóvenes consistían en ser un poco más o menos atentas, o en frivolidades similares? ¡Pobrecita de ti, que Dios te envió precisamente a mí! Ay, ¿una belleza como la tuya tenía que perderse entre el huso y las cenizas? ¿Por esto crees que Dios te la ha dado? ¡Cuánto estaría bien a esas personas, que no saben reconocer el bien cuando lo tienen, que Dios las hiciera feas como furias! Y tú, ingenua como eres, ¿vas a desperdiciar la beldad y las demás buenas cualidades de una mujer sin amor? ¿Y amor sin su fin? Es como un huevo sin sal, y peor aún. Las fiestas, los convites, los banquetes, las mascaradas, las comedias, las reuniones en la villa y mil otros entretenimientos similares, sin amor, son fríos y helados; y con él, son tan reconfortantes y dulces que no creo que nunca puedan envejecer entre ellos. El amor renueva en otros la cortesía, la amabilidad, la elegancia en el vestir, la elocuencia en el hablar, los movimientos graciosos y todas las otras partes hermosas; y sin él, son poco apreciadas, casi como cosas perdidas y vanas. El amor enciende a los hombres hacia las virtudes, los aparta de los vicios y los actos viles, llena el corazón de generosidad, mantiene el alma brillante de alegría, aplaca todas las pasiones, hace pasar la vida alegre y contenta, y en resumen, siempre es causa de bien. Dime, ¿qué consuelo crees que hay en dos personas que se aman sin fingir, después de haber pasado algunos días buscándose arduamente y finalmente

encontrándose? Y allí, sin velo alguno, cada uno revela al otro su corazón abierto y los pensamientos puros y verdaderos como son, se cuentan los aburrimientos y los fastidios pasados, se consuelan, se reconfortan, se mojan mutuamente el rostro con lágrimas de excesiva felicidad. ¡Oh, qué dulces son, Margarita, esos susurros que murmuran juntos en voz baja, ese tenerse los los ojos fijos el uno en el otro, ese suspirar y cómo el viento de los suspiros entra en la boca del otro! ¡Oh, divina dulzura! ¡Oh, placer único de este mundo! ¡Oh, alegría singular y no conocida ni creída sino por aquellos que la experimentan! Oh Margarita, si alguna vez lo pruebas, ¡cuántas gracias me darás! ¡Cuánto te parecerá ser otra en este mundo! ¡Cuánto te reirás de tu vida pasada! ¡Cuánto despreciarás a esas mujeres que no lo probaron! Eso es lo que se debe buscar mientras uno es joven; y todo lo demás son tonterías. Por eso se nos ha dado la juventud, y aquellos que la desperdician se arrepentirán luego, cuando sería mejor no haberlo hecho. Y no es cierto lo que muchos dicen: que cuando el placer ha pasado, es como si nunca hubiera existido; más bien casi todo lo contrario. Porque es casi más dulce la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber, el dulce recuerdo del buen tiempo pasado, el recordar cada pequeño acto y lugar y momento en el que uno ha tenido algún entretenimiento, que el tenerlo en sí mismo. Y yo lo sé; si yo no tuviera esta alegría, que recuerdo (y aún pienso en ello), y cómo y cuándo tuve algo que me gustara, viviría como una desesperada, aunque podría haber tenido muchos placeres que no he tenido, por no conocer entonces lo que sé hoy. Confía en mí, Margarita, los deleites y las alegrías son buenos mientras se tienen, y siempre después, mientras dure la vida. Así que arrepiéntete ahora, y considera que, dentro de diez o doce años, los amores y los placeres sabrán a amargura; piensa que, en la edad en la que estás, un día vale mil, y no quieras seguir en esa necedad en la que has estado hasta ahora.

MARGARITA.- Señora Rafaela, os escucho como una tonta, tanto me gusta lo que me decís. Pero hay una cosa que me molesta: pienso que son pocas las que tienen la comodidad de encontrarse con sus amantes.

RAFAELA.- Lo entiendes mal. No hay ninguna que en algún momento no tenga esa comodidad. Es verdad que algunos más

que otros, porque habrá alguna que tenga la suerte de que su amante sea familiar y doméstico en casa, ya sea con el marido o con otros parientes; y por eso pueden hablar y concertar citas, y a menudo encontrarse juntos con bastante seguridad: y a esta persona no le hace falta confiar en intermediarios, y es realmente una gran suerte. Pero para aquellos que no tienen tanta suerte, tendrán que confiar en un intermediario: y en esto deben tener cuidado en quién confían. Y como te he dicho, considero más conveniente un sirviente que una sirvienta, quien puede decir todas las cosas necesarias y avisar a ambas partes. Y en esto, quien ama no debe ser apresurado, sino ser paciente hasta que lleguen las oportunidades y, cuando lleguen, asegurarse de aprovecharlas y no dejarlas pasar, porque es demasiado importante, cuando son escasas, perder una. Y debes saber que, aunque una mujer tenga la casa llena de parientes y todos sean celosos como el diablo, en algún momento podrá encontrar la oportunidad. Cuando llegue ese momento, avisa inmediatamente al amante de la hora y el lugar, y todo saldrá perfectamente. Y te iba a decir que, aunque ella esté encerrada en una habitación todo el tiempo, de alguna manera, ya sea con escalas de cuerda u otros instrumentos, en algún momento la cosa resulta. Es verdad que, si ella es tal como la hemos descrito, sabrá manejarse de tal manera que ni el marido ni otros estarán celosos; y ese tiempo, que está entre un encuentro y otro, se deleiten viéndose y con dulces pensamientos. Y quiero que sepas que es un gran placer, cuando una mujer se encuentra en algún lugar donde esté su amante, mirarse hábilmente y entenderse con una mirada todo lo que ha sucedido entre ellos, y reírse por dentro de los demás que no saben nada, diciendo entre sí mismos: —Tengo en mí mismo un secreto tan dulce que apenas el cielo lo sabe. —Oh, si lo pruebas, Margarita, ¡cuánto creerás en mí!

MARGARITA.- Me habéis, señora Rafaela, encendido de tal manera por alguien, que no me reconozco. Pero lo que solo me preocupa es que creo que hay pocos amantes que no sean traidores; y por eso estoy en duda, queriendo elegir uno que no resulte ser alguien que me arruine. Y por eso considero felices y afortunadas a aquellas mujeres que tienen su amor en alguien, que tenga aunque sea la más mínima parte de las cualidades que hoy habéis

mencionado, no digo que las tenga todas; porque no creo que se encuentren tan perfectos.

RAFAELA.- Yo conozco a algunas, aunque sean pocas.

MARGARITA.- ¡Dichosa entonces quien lo posee!

RAFAELA.- Si alguna vez alguien fue bendecida en este mundo, serás tú, Margarita, si eres sabia.

MARGARITA.- ¡Oh! ¿Por qué eso? Por favor, decidme.

RAFAELA.- Basta. No quiero decirte más.

MARGARITA.- Os ruego, señora Rafaela, que me lo digáis. No comencéis nunca a decirme algo si no queréis terminarlo.

RAFAELA.- Es mejor que no te lo diga, porque, de todos modos, no me harías ningún honor.

MARGARITA.- Prometo honraros: os he cogido cariño, y no habría nada que no hiciera por vos.

RAFAELA.- ¿Y así me lo prometes?

MARGARITA.- Y así os lo prometo.

RAFAELA.- Dame tu palabra.

MARGARITA.- Aquí la tenéis. Ahora, decid.

RAFAELA.- Conozco a alguien, Margarita, que está enfermo por ti. Y si algún hombre amó a una mujer con fe y con el corazón, él te ama a ti. Y si alguna vez alguien estuvo dotado de las cualidades que he mencionado, y mucho más aún, él es ese: y esto lo sé con certeza, como que yo estoy aquí. Ahora, asegúrate de mantener tu promesa y de otorgarle tu gracia, que hasta ahora sé que no la has dado a nadie.

MARGARITA.- ¡Ay! ¡Qué me decís, señora Rafaela! ¿Os queréis burlar de mí?

RAFAELA.- ¿Como «burlarme»? ¿Me burlaría de alguien a quien considero como una hija? No pienses eso, nunca lo haría.

MARGARITA.- En fin, no puedo creerlo.

RAFAELA.- Te digo que es así. Tu finges quizás no creerlo porque no quieres cumplir tu promesa.

MARGARITA.- ¡Dios quisiera que fuera cierto! Porque no solo la cumpliría, sino que me sentiría muy afortunada y feliz.

RAFAELA.- Margarita, me gustaría que cuando te diga algo, me creyeras. Te aseguro que es como te lo digo, y que no ha tenido un momento de bien, ni nunca ha tenido la oportunidad de hacértelo saber siquiera con un gesto; aunque pienso que, si

estuvieras un poco más atenta a las cosas, te habrías dado cuenta algunas veces.

MARGARITA.- No me tengáis más en vilo. Decidme quién es.

RAFAELA.- Prométeme que le darás tu gracia.

MARGARITA.- Esto es algo, como me habéis dicho, que necesita que se corresponda su linaje y su condición con la mía. Pero, si él es tal como decís, no podrá sino corresponderse. Y os digo que ya siento arder y recorrer por todo mi ser un nuevo calor por su amor, sin saber quién es.

RAFAELA.- ¿No conoces a meser Aspasio? Él es quien te digo, y mucho más.

MARGARITA.- ¡Oh! ¡Meser Aspasio! Lo conozco ciertamente; y juro que un día casi me di cuenta. Y, para ser sincera, me sentía de alguna manera inclinada hacia él, pero me contuve. Primero porque pensaba que esperar el amor era un gran error; y luego porque estaba segura de que él fingía conmigo, ya que había oído que había fingido con otras también, y que no amaba más que a su manera: lo cual me parece una especie de engañar a las mujeres.

RAFAELA.- Créeme a mí que la verdad es lo que te digo. Y te confieso que él ha simulado algunas veces amar a algunas mujeres, no para engañarlas, sino para cubrir mejor de esta manera el amor que ha llevado y lleva hacia ti.

MARGARITA.- En verdad, que no tenga todas las buenas cualidades, según he oído, no se puede negar. Pero realmente he oído decir con certeza que está muy enamorado y está mal por la señora Jacoba, y que todo su pensamiento está en ella; y así se cree.

RAFAELA.- Hace todo con astucia, para que no se pueda imaginar dónde tiene realmente su alma. ¡Y hace bastante tiempo que comenzó este amor! Desde que te habló por primera vez en ese encuentro, que se hizo aquí cerca de tu casa, que bien recuerdas. Y nunca ha tenido el atrevimiento de mostrar ni el mínimo indicio, excepto que hace poco se confió conmigo, porque me considera como una madre; y esto también lo pensó mucho tiempo, si podía confiar en mí o no. ¡Pero Dios sabe si podía hacerlo con seguridad!

MARGARITA.- En fin, si es así, doy gracias a Dios, y quiero ser sabia para el futuro, y no dejar pasar esta oportunidad, y devolverle el amor que me tiene, y aún más, si puedo. Y, sobre todo, aunque

antes me sentía inclinada hacia él, de alguna manera; pero esas cosas que os he dicho me asustaban. Pero, al conocer hoy, por vuestras palabras, que una joven necesita, para evitar un error mayor, desahogar un poco su alma en la juventud, y al decirme vos por ciertas las buenas palabras de meser Aspasio y el amor que me tiene, me decido completamente a entregárselo por todo el tiempo que me queda por vivir

RAFAELA.- ¡Oh, qué excelente resolución la tuya! ¡Dios te bendiga! ¡Felices vosotros! ¿Y acaso no encontrarás comodidad, y te faltará un mediador confiable? Porque estaré yo, que nunca faltaré, en beneficio de ambos, para hacer siempre todo lo que vea que redunde en tu alegría y contento, y en honor ante los demás; siempre y cuando no te arrepientas...

MARGARITA.- ¿Cómo! ¿Que me arrepienta? Digo que me siento ahora mismo encendida de tal manera, que Dios quiera que todo salga bien, y que me sepa moderar la alegría que siento. Y, por favor, asegúrate de no pasar mañana sin hablar de todos modos con meser Aspasio, y cuéntale todo el resultado de nuestras conversaciones, y regresa para darme una respuesta.

RAFAELA.- Por lo que respecta a eso, déjame a mí.

MARGARITA.- ¡Oh, feliz yo!

RAFAELA.- Verdaderamente puedes llamarte feliz y dichosa, porque en la flor de tu juventud tendrás un amante en la flor de la suya. ¡Oh, pareja de amantes tan afortunada! Tú, hermosa, y él, bello; tú, prudente y reservada, y él, muy astuto y discreto; tú, constante, y él, misma firmeza; tú, fiel, y él, su propia fe; tú, amable, y él, lleno de extrema cortesía y humanidad: ambos jóvenes, sabios, amables, inclinados al amor, virtuosos, bien educados, nobles. Que Dios os prospere y os mantenga sanos y apasionados el uno por el otro, y que siempre os libre de todos los escándalos y peligros que puedan surgir al disfrutar de vuestro amor. Y que, en ese intercambio, os facilite los encuentros, y os envíe a menudo oportunidades, y en suma, os haga felices y afortunados todos vuestros años. Y siempre, en mis oraciones, le pediré que lo haga. Y por ahora debo partir, porque me parece que llevarle la buena noticia es como si hubiesen pasado mil años, y apenas puedo contener mi alegría al ser la causa hoy de la feliz vida que tendrá tan noble pareja de amantes.

MARGARITA.- Ahora id, señora Rafaela, y volved pronto, que mientras tanto no pensaré en nada más.

RAFAELA.- Ten cuidado de que tu marido no se dé cuenta de este cambio en tu ánimo.

MARGARITA.- Mi marido no está en Siena, y, aunque estuviera, tengo suficiente coraje para ser lo suficientemente sabia, si la fortuna no está en mi contra.

RAFAELA.- La fortuna siempre ayuda a quienes se ayudan a sí mismos; y el Amor siempre acude en todo. Así que ten valor y no te desanimes; y luego no dudes. Adiós.

MARGARITA.- Adiós. Mirad, señora Rafaela, me encomiendo sinceramente...

RAFAELA.- Ya basta.

MARGARITA.- ¡Oh, oh, señora Rafaela! Escuchad una palabra. ¿Queréis pan o queso o jamón, o algo que tenga en casa? Os pregunto.

RAFAELA.- Mañana te lo diré, cuando regrese; y ten en cuenta que necesitaré de todo.

MARGARITA.- No diré muchas palabras. Lo que haya en casa siempre será para vos.

RAFAELA.- Te lo agradezco, hijita mía; habrá tiempo para todo. Por ahora, quédate en paz, que tengo la mente solo en este asunto tuyo.

MARGARITA.- Y yo te lo compensaré. Id en buena hora.

APÉNDICE

Damas gentiles, cuya belleza,
que la naturaleza os otorgó
(como es requerido),
anheláis adornar con gentileza,
si vuestro corazón cerrado no se abre antes,
hasta que entre el bello rayo del amor,
del que proviene tal valor,
nunca obtendrá lo que desea.
Así como todo se muestra fuera con el día
lo que la sombría noche cubría,
y donde no hay luz,
no se puede ver ningún color;
así en aquellos que no tienen amor en el corazón,
nunca se ve la virtud;
y siempre, donde el amor reside,
se encuentra todo valor, toda gracia.
Si vuestra beldad ha de durar siempre,
¿por qué, damas gentiles, sois tan ávidas
de lo que debéis poseer eternamente?
Y si esta florida y verde edad
es como una tierna flor en un bello jardín,
que al abrirse por la mañana hacia el oriente
todo rojo y lleno de vigor
hace reír a cada hierba que le rodea,
luego languidece y se marchita por la noche
y pierde su dulce color,
¿por qué no disfrutáis felices y alegres,
antes de que vuestras bellezas se desvanezcan,
lo que debe perecer tan fácilmente?

LA RAFFAELLA. DIALOGO DE LA BELLA
CREANZA DE LE DONNE

Alessandro PICCOLOMINI

I
DIALOGO DELLA BELLA CREANZA DELLE DONNE
DE LO STORDITO INTRONATO

LO STORDITO INTRONATO
A QUELLE DONNE CHE LEGGERANO

Quanto io sia stato sempre, nobilissime donne, vostro affezionato e conoscitor de le bellezze e virtù vostre, oltre che voi stesse o doveresti sapere, quelli, piú che altri, ve ne potrebbero dar chiarissima informazione, i quali, accecati dal lume de l'intelletto, fuor d'ogni ragione si son lassati involgere in cosí vil fango e brutta macchia, quant'è il parlar in biasmo di voi donne: il che quanto sia fuor de' meriti vostri io, per uno, lo so, lo vo' sapere e lo saprò sempre. Questi tali, dico, vi potrebbero esser buonissimo testimonio de l'animo mio, come quelli che si son trovati piú volte in luoghi dove io con ragione e con collera gli ho ripresi ed ammoniti gagliardamente; piú, in vero, perché la natura mia ed il debito de l'uomo da bene mi sforza a far cosí, che per bisogno che voi n'aviate. Perché già conosco che, con lo scudo de le virtù vostre, sete bastanti a difendervi contra qualsivoglia; nel quale scudo punta di velenose lingue non può far fitta in alcun modo. Quantunque gli accada qualche volta che, se ben male lingue appresso di chi ha punto di giudizio non fan danno alcuno a una donna, nondimeno alcuni altri sono, che, non considerando le cose minutamente, dán gran fede a quel che sentono: e per questo si può dire che in tai cose non sieno in tutto vane le defensioni, che io fo continuamente per l'onor vostro. Adunque, essendo io con tutto il cuore e con tutte le forze mie da la parte vostra, come io sono, mi rendo certo che, se a questa volta vi recco innanzi a leggere un *Dialogo*, nel qual si riprende e si riforma qualche particella, che in alcune di voi in vero (ché fra noi potiam dire ogni cosa) non sia in tutto da lodare, mi rendo certo, dico, che voi, non solamente non ve ne sdegnarete e non me ne portarete collera, ma lo pigliarete in buona parte, e terrete per fermo, come gli è il vero, ch'io l'abbia fatto a fine di bene, per riparare, s'io posso, ad alcune parti non cosí buone, che, fra molte virtù, veggio indegnamente mescolarsi in alcune di voi; accioché ne nasca di questo, che voi, scacciato via quel che non è

cosí buono, rimaniate in quella perfezzione ne la quale la natura v'ha create. E, se ben questi tai mancamenti, ch'io dico essere in alcune di voi, non sono cose a la fine di molto grande importanza, nondimeno chi vuol dir male a ogni minima cosa si appicca, e l'ammaia di sorte, mescolando il vero con il verisimile, che fa ogni minima cosa parer grandissima. E per questo hanno da far gran conto le donne, che ogni minima macchiarella, che si veggono adosso, si spenga piú che si può, accioché la bellezza de l'anima e del corpo loro luca chiarissima, senza coperta di velo alcuno. Ed io, questo conoscendo, sono stato sforzato da l'amor ch'io vi porto di ingegnarmi di ripararci con quel ch'io posso. E, per non notar particolarmente quelle donne, ch'io conosco averne bisogno, io indirizzo il mio *Dialogo* a tutte voi, donne nobilissime, perch'io so molto bene che quelle, che si sentiran non averne mestieri, potranno stimare che non sia stato mandato a loro; e de le altre poi ciascuna potrà pigliarne quel che li pará che le si convenga, e lassare il resto a le altre di mano in mano. Nel qual *Dialogo*, con le ragioni che intenderete, si potrà conoscere apertamente la vita e i modi, che si apartengono ad una donna giovane, nobile e bella. E, se per sorte, donne mie, vi accaderá mai di leggerlo a la presenza di alcuni di questi maligni, i quali, fra le altre bugie che dicano di voi donne, sogliano affermare che ne l'animo de le donne non si posson creare mai gran concetti e sentenzie profonde e di giudicio, ma solamente discorsi frivoli e snervati; e per questo, parendoli questo *Dialogo* pieno di utilissimi consigli, vorran dire che sia impossibile che sia nato da una donna, chiamata madonna Raffaella, come io lo presupponga: a questi tali, ancor che non meritin risposta, nondimeno voglio esser tanto cortese di offerirvi che voi respondiate a loro, da parte mia, che io ad ogni lor volontá gli vo' provar con moltissime ragioni ed essemi infiniti che s'ingannano di longo, e che le donne posson discorrere e giudicare, consigliare e proveder in qualsivoglia caso d'importanza cosí ben come gli uomini; e, se vantaggio ci è, è in esse. E questo diteglielo arditamente, perch'io, aiutato dal vero, mi sento bastantissimo a farlo: pessimi, maligni, scandalosi che sono! Ma lasciamoli andare, ch'io intrarei in collera agevolmente. Dubito ancora, donne mie amantissime, che non sieno alcune fra voi, le quali, come poco pratiche de le cose del mondo ed avezze

fra i gomiccoli e le matasse, non si maraviglino trovando in questo *Dialogo* che fra le altre buone parti, ch'io dico convenirsi a una gentildonna, intendo esser convenevolissimo ch'ella con gran destrezza si ellegga uno amante unico in questo mondo, ed insieme con esso goda segretissimamente il fin dell'amor suo. A queste tali cosí scempie, che si maravigliano di ciò, io mi crederei con tanta chiarezza mostrar loro ch'elle s'ingannan grossamente, e con sí buone ragioni farle vedere che egli è cosí, ch'elle confesserebbono ch'io m'intendo piú de le cose del mondo che esse non fanno. Ma perché, s'io entrassi in tal proposito, mi abbonderebbono cosí le ragioni e la materia, che diverebbe maggiore il proemio che il dialogo, per questo mi risolvo che sia meglio, donne mie, offerirmi a quelle di voi, che non sieno di cosí sciocca oppinione, che le si credino che non si convenga ad una gentildonna attendere agli amori; e mostrar loro ad altro tempo, con ragioni vivissime e gagliarde, come questa cosa de l'onore s'ha da intendere. Io vi confesso bene: poiché gli uomini fuor di ogni ragione e tirannicamente hanno ordinato leggi, volendo che una medesima cosa a le donne sia vituperosissima ed a loro sia onore e grandezza; poich'egli è cosí, vi confesso e dico che, quando una donna pensasse di guidare un amore con poca saviezza, in maniera che n'avesse da nascere un minimo sospettuzzo, farebbe grandissimo errore, ed io, piú che altri, ne l'animo mio la biasmarei, perch'io conosco benissimo che a le donne importa il tutto questa cosa. Ma se da l'altro canto, donne mie, voi sarete piene di tanta prudenza ed accortezza e temperanzia, che voi sappiate mantenervi e godervi l'amante vostro, elletto che ve l'avete, fin che duran gli anni vostri, cosí nascosamente, che né l'aria, né il cielo ne possa suspicar mai, in questo caso dico e vi giuro che non potete far cosa di maggior contento e piú degna de una gentildonna che questa. E di ciò ve ne vorrei dar tante ragioni, che buon per voi; ma mi riservo ad altro tempo. Per ora bastivi questo: che la cosa sta come vi dico, che se voi volete poter dire ne l'animo vostro d'esser vissute in questo mondo, vi bisogna aver questa parte ch'io v'ho detto; ché altrimenti il menar gli anni gioveni senza conoscer amore, si può dir che sia il medesimo che star morte sempre. Si che abbracciate, donne mie care, questo amore con tutto l'animo, ma con destrezza e, se non ve ne giova, doletevi di me, e, se ve ne torna biasimo

veruno, dite che sia stato io. E questo mi basti avervi detto per ora. Vi piacerá per cortesia di leggere il *Dialogo* fin al fine con disposizione d'animo che vi abbia da far qualche frutto, e ricordatevi di me, come di quello che sempre pensa a far qualche cosa in servizio ed utile e contento vostro. Adio.

Di Lucignano di Valdasso, il dí XXII di ottobre nel MDXXXVIII.

INTERLOCUTORI:

MADONNA RAFFAELLA E MARGARITA

RAFFAELLA.- Dio ti dia il buon dì, Margarita. Mai si stanno coteste mani, chè sempre ti trovo a lavorare e ricamar qualche cosa.

MARGARITA.- Oh, ben venga, madonna Raffaella! N'è pur tempo che voi veniate a star una volta da me! Che n'è di voi?

RAFFAELLA.- Peccati e fatica, come de le vecchie. Che vuoi che ne sia?

MARGARITA.- Sedete un poco qui da me. Come la fate?

RAFFAELLA.- Vecchia, povera piú che mai, col capo ne la fossa d'or'in ora.

MARGARITA.- Uh! non dite cosí, chè ne vanno cosí i gioveni come i vecchi, quando Dio vuole.

RAFFAELLA.- Il morir m'importarebbe poco: piú presto oggi che domani! chè in ogni modo che ci ho da fare in questo mondo? E la povertá ancora, a l'ultimo a l'ultimo me la reccherei in pazienza (benchè sia durissima cosa lo esser povero a chi è nato nobilmente, come son'io); ma quel che mi duole è ch'io mi veggio piena di peccati, e ogni giorno ne fo piú.

MARGARITA.- Oh! che diranno le altre, se voi, che sète tale che io vi tengo una santa, pensate di aver tanti peccati? E che peccati potete voi mai avere, che vi veggio sempre co'paternostri in mano, e vi state tutto 'l giorno per queste chiese?

RAFFAELLA.- Io non ti posso negare che quanta consolazion m'è rimasta non sien quelle messe, e quelli uffici di San Francesco, che non ne lasso¹⁴ mai uno, quando posso. Ma che è questo a tanti peccati, che si fanno tutto 'l giorno?

MARGARITA.- È assai. Io, per me, tengo che voi ve n'andarete in paradiso ritta ritta. Ma che vuol dir che voi non venite da me cosí spesso come solevate?

RAFFAELLA.- Io ti dirò il vero, figliuola. Son restata molte volte di venirci, perchè conosco che le vecchie e povere, come son

¹⁴ Lascio.

- io, non danno se non fastidio dove le vanno; ma non è mancato per questo che io non mi ricordi sempre di te, e sempre prego Dio per tutta la casa tua, quando si dice il *Magnificat* al vespero di San Francesco.
- MARGARITA.- Avete il torto, madonna Raffaella, a pensar di darmi fastidio, quando venite in casa mia; anzi piglio sempre piacere di ragionar con esso voi. E voi sapete quanto mia madre avea fede alle vostre parole ed a' vostri consigli, e quanta consolazione ne pigliava. E il medesimo fo io.
- RAFFAELLA.- Oimè! E che consolazione può dar una che è d'avanzo in questo mondo?
- MARGARITA.- Basta ch'egli è come vi dico; e voi sapete se vi avián fatto sempre carezze.
- RAFFAELLA.- È vero. N'avete fatto piú ch'io non merito.
- MARGARITA.- Dunque perché non ci venite piú?
- RAFFAELLA.- Per dirti la cosa com'ella sta, io mi guardo piú che posso dal venirci, non perché io non goda di vederti, ma perché io non ci vengo mai che non m'intervenga cosa de la quale mi fo gran coscienza con messer Domeneddio.
- MARGARITA.- Oh! questo perché?
- RAFFAELLA.- Mi vergogno, Margarita, pur a pensarlo, non che a conferirlo con altri: però lasciamolo andare.
- MARGARITA.- Come! Dunque vi vergognate a conferire le cose vostre, che sapete ch'io vi tengo in luogo di madre?
- RAFFAELLA.- Che so io! Se venisse a l'orecchie d'altre persone...
- MARGARITA.- Voi mostrate d'aver poca fede in me, se dubitate che io confidi in altri cosa che non vogliate.
- RAFFAELLA.- Promettemi di tenere la lingua in bocca.
- MARGARITA.- Statene sopra la mia fede; e dite, via, di grazia, ché io non posso pensar che cosa questa sia.
- RAFFAELLA.- Sopra la tua parola ti scoprirò dunque il mio peccato, che non l'ho rivelato mai ad altri che al mio confessore. Ogni volta ch'io ti veggo, Margarita, e ch'io considero la tua bellezza e gioventú, subito mi viene una ricordanza di quegli anni ne' quali era giovane io. E, ricordandomi che io non mi seppi pigliar quel bel tempo che arrei potuto, il diavolo, per farmi rompere il collo, mi mette adosso, senza che io me ne possa aiutare, un rimordimento e

- un dispiacere, che per parecchi giorni sto come disperata, senza udir messa o ufficio o far ben nissuno. E, per non cadere in questo peccato, come t'ho detto, mi guardo quanto posso di venirti inanzi, perchè me ne tengo gran carico a l'anima.
- MARGARITA.- Quanto mi fate maravigliar! Mai arei pensato a questo. Ma il medesimo vi debbe intervenir, e piú, quando vi trovate con queste altre, che son piú belle che non son io.
- RAFFAELLA.- Io non mi sono mai acorta che nissuna mi faccia tanto danno quanto tu. O sia perchè in vero non è oggi in Siena bellezza pari a la tua, o per qualsivoglia altra cagione: basta che egli è cosí.
- MARGARITA.- Ogni dì mi riuscite piú devota, madonna Raffaella, poichè voi vi fate coscienza di sì poca cosa.
- RAFFAELLA.- Ti par poca cosa ricordarsi di non aver fatti degli errori e pentirsene, eh! Ch'io non so come la terra non me inghiottisca !
- MARGARITA.- Molto peggio sarebbe ricordarsi d'averne fatti.
- RAFFAELLA.- Uh, non dir cosí, figliuola! Pènsati ch'io ho piú pratica di questo mondo che non hai tu, e conosco oramai la brusca da la trave intorno a cose di coscienza.
- MARGARITA.- Io vi crederò, chè so che di queste cose ne sapete la parte vostra, secondo che mia madre mi disse piú volte.
- RAFFAELLA.- Oh, quanta fede mi aveva quella benedetta anima di tua madre! Oh, Dio sa quanto amor ch'io le portava! chè si può dir, me la son allevata io.
- MARGARITA.- Chi lo sa meglio di me, ch'ella non poteva viver senza di voi?
- RAFFAELLA.- Tenevamo parentado insieme, chè la sorella sua era cognata del mio nipote.
- MARGARITA.- Già, me lo diceva.
- RAFFAELLA.- Ora hai saputo, Margarita, per che causa io ho abandonata da un pezzo in qua la casa tua.
- MARGARITA.- A ogni altra cosa certo arei pensato.
- RAFFAELLA.- Da l'altro canto mi rimorde l'animo a non venirci, perchè non mi par far il debito mio, secondo che comanda la *Pistola* de la messa, e l'*Introito* ancora.
- MARGARITA.- Perchè?
- RAFFAELLA.- Come «perchè»? Non sai che 'l Signore dice ne la messa de la Madonna: «aiuta il prossimo tuo»? E però io, per

esser vecchia, per conoscere oramai il mal dal bene, doverei avvertire e consigliar le giovani (e massime quelle con le quali io ho qualche sicurtá, come con esso te) di molti errori, ne' quali esse, per aver poca pratica del mondo, potrebbero incorrere agevolmente, acciochè imparassero a conoscere, a le spese del compagno, quei pericoli che io e mill'altre vecchie, per carestia de chi ci abbi consigliate ed avvertite, avían conosciuto a le spese di noi medesime. E questa sarebbe la vera caritá.

MARGARITA.- Poichè noi siamo intrate in questo ragionamento, ditemi un poco: di che cosa giudicate che noi giovani doveriamo essere avvertite principalmente?

RAFFAELLA.- Di molte cose. E, fra l'altre, di questo, ch'io t'ho detto di sopra: che, se non si piglia qualche piacer modestamente, quando altri è giovane, si viene in tal disperazione in vecchiezza, che ci manda a casa del diavolo calde calde, come tu vedi ch'io temo di non andarci io.

MARGARITA.- E di che sorte piaceri dovrebbero esser i nostri?

RAFFAELLA.- Di quelle cose che suogliono dilettrar communemente le donne giovani: come sarebbe il ritrovarsi spesse volte a feste, a conviti, a ritruovi; vestir garbatamente, ornarsi di gioie, di acque, di profumi; usar sempre qualche bella foggia nuova, cercar d'esser tenuta bella insieme e savia; esser amata da qualche uno; udir serenate e veder mascare e livree per amor suo; e simili altri piaceri onesti da donne giovani e gentili, come sei tu.

MARGARITA.- Mi fate maravegliare, perchè ho sempre inteso dire che tutte coteste cose sono piú presto peccati che altrimenti.

RAFFAELLA.- Io ti confesso, figliuola (chè cosí ti posso chiamare per il tempo e per la affezione), che sarebbe cosa santissima e buona, quando potesse essere, il mantenerci, da che noi nasciamo fin che moriamo, senza un peccato e senza una macula al mondo; ma perchè, per gli essempli di tutti gli uomini, che sono stati, conosciamo che, per essere noi creati peccatori, è impossibile che noi viviamo senza error nessuno, doviam pensare che egli è cosa piú da comportare, e che piú merita perdono appresso di Dio, il far qualche erroruzzo in gioventú che riserbarsi, come ho fatto io, a tempo, che, non lo potendo piú fare, mi sfogo con la disperazione, la quale, piú

- che altro peccato, mette altrui in bocca di Satanasso. Perchè, sí come le infirmitá del corpo, che han da venire agli uomini, molto manco son pericolose da gioveni (come noi vediam de la rosedie e del vaiuolo, che, quanto piú si sfogano allora, tanto piú rendono il corpo franco e schietto tutto il resto de la vita), cosí una certa pazzia, che nasce con tutti, molto manco è dannosa a l'anima e piú rende poi la vita libera e risoluta, se fa lo sfogo suo negli anni gioveni, che se si riserba a uscir fuora nel tempo nel qual si ricerca esser savio e temperato.
- MARGARITA.- Dunque voi tenete che sia utile in questa età, ch'io mi trovo, di viver allegramente e pigliarsi qualche solazzo.
- RAFFAELLA.- Utilissimo e necessario. E, se ci fusse tempo, crederei saperti mostrar minutamente che vita dovrebbe esser la tua, e quanto oltre doveresti distenderti in pigliarti piacere; e so certo che tu diresti ch'io me ne intendo de le cose.
- MARGARITA.- Come «tempo»? E che aviam noi da fare? Io voglio in ogni modo che voi me ragionate un poco di questa cosa. E non potiamo aver tempo piú commodo: siam sole, e a voi non penso che importi molto il partirvi, chè non mi par ora di vespáro nè di compieta.
- RAFFAELLA.- Perdonami. Io non posso oggi star da te. Voglio andar a riscuoter certi danari da la tua zia.
- MARGARITA.- Che v'importa riscuoterli oggi o dimani?
- RAFFAELLA.- Oimè, Margarita! Benchè tu mi vegga cosí vestita, hai da sapere che io fo poi in casa de' belli stentolini. Ma lo dimostro manco ch'io posso per vergogna; ed a te, che posso dire ogni cosa, posso giurar che spesso non ho briciola di pane in casa.
- MARGARITA.- In fine non pensate di partirvi. Non mancherà pane nè altro, mentre che n'arrò io; chè certo è d'aver una gran compassione a chi è nato nobilmente e non ha da vivere.
- RAFFAELLA.- Ti ringrazio; ma questa volta mi perdonerai ch'io ti vo' lassare. Potrò tornarci un altro giorno piú a bel agio.
- MARGARITA.- Che fate? Non bisogna rizzarvi, ch'io non vo' per niente che ve n'andiate. Mi lamentarci molto di voi.
- RAFFAELLA.- Che t'importa piú ora che un'altra volta?
- MARGARITA.- Importami, chè, poichè m'avete accesa a questa cosa, non vo' che passi d'oggi ch'io non intenda minutamente il parer vostro.

RAFFAELLA.- Margarita, io non ti posso mancare. Ma, a dirti il vero, ancor che tutto quel ch'io sarei per dirti io conosca che dovrebbe piacere a tutte le donne gentili, come sei tu, nondimanco gli animi non si conoscano e i cervelli sono vari. Chi sa? Potrebbe essere talvolta che me avvenisse il contrario e che ti dolesse di me; che mi dispiacerebbe assaissimo.

MARGARITA.- No, no: di questo non ci è pericolo. Io vi conosco per altri tempi, e so molto bene che le vostre parole tornano sempre in onore di Dio ed util di chi l'ode.

RAFFAELLA.- Quanto a Dio, già t'ho detto che sarebbe meglio, se si potesse fare, il non darsi mai un piacere al mondo, anzi starsi sempre in digiuni e discipline. Ma, per fuggir maggiore scandalo, bisogna consentire a questo poco di errore, che è di pigliarsi qualche piacere in gioventú, che se ne va poi con l'acqua benedetta. E questo ti sia in risposta, senza ch'io piú tel replichi, a tutte quelle cose che io ti dirò, le quali ti parrá che pizzichino alquanto di peccatuzzo. E però in tutto quello che io ti ragionerò, presupponendo questo poco di peccato, per esser necessario, procurerò, quanto piú sia possibile, l'onor del mondo; e che quei piaceri, che s'hanno da pigliarsi, sieno presi con tal destrezza e con tale ingegno, che non si rimanga vituperato appresso de le genti.

MARGARITA.- Di questo ne son certissima, ch'io ho piú fede in voi, sto per dir, che nel Vangelo.

RAFFAELLA.- La puoi aver, figliuola mia, chè io vorrei piú presto perdere questo mongile, che non ho altro di buono in questo mondo, che dir cosa che non tornasse in tuo utile ed onore.

MARGARITA.- Or cominciate adunque!

RAFFAELLA.- Con questo: che tu mi prometta di starmi a udire quietamente tutto quello che ho in animo di dirti; e, se ben, che nol credo, in qualche cosa io non ti sodisfacessi, per questo non me impedire perfin al fine del mio ragionamento. Da poi sarà in tua libertà di fare o non fare, secondo che ti parrá.

MARGARITA.- Oh! se nel vostro ragionar mi nascesse qualche dubbio, non volete voi che io possa dimandarvi liberamente di quanto mi occorre?

RAFFAELLA.- Questo sí, purchè tu m'ascolti amorevolmente tutte quelle cose ch'io vorrò dire.

MARGARITA.- Cosí vi prometto.

RAFFAELLA.- Da' qua la mano.

MARGARITA.- Eccovela. Or dite.

RAFFAELLA.- Mi par cosí vedere che, nel mezzo de' nostri ragionamenti verrá il tuo marito o qualche uno altro, e romperacci ogni nostro disegno.

MARGARITA.- Non è ora da venirci nissuno. E di mio marito non ci è pericolo, chè egli ha due mesí che egli andò in Val d'Ambra a riscuoter non so che grano e denari, e non è ancor tornato.

RAFFAELLA.- Come! Due mesi! E tanto tempo per volta ti lassa sola in cosí bel fiore de la tua età?

MARGARITA.- Eh, Dio! Questo è un zuccaro! Vi posso giurare che da due anni in qua, che io venni a marito, non è stato, accozzando tutte le volte, quattro mesi intieri con esso me.

RAFFAELLA.- Oimè! Oimè! Che me dici? Che tradimento è questo? Io me teneva per certo, vedendoti star sempre in casa, cosí rimessa ed abietta, come tu stai, e gittar via cosí gran bellezza, com'è la tua, tanto scioccamente quanto tu fai, che almanco tu ti godessi continuamente ne' tratenimenti del tuo marito, benchè le carezze e i piaceri co' mariti son poco manco sciapiti e disutili che sieno a queste monache i trastulli dei lor passatempi. Oimè! Che m'hai detto! Or che farà egli per l'avenire, se ora, ch'egli t'ha fresca in casa e si può dir sposa, ti tratta cosí? E' mi vien certo una compassione di te la maggiore che si credesse mai, perchè io veggo chiaro, chiarissimo, come in un specchio, come tu vieni negli anni di qualche cognoscimento, hai da rimordertene e disperarti e arrabiarne di sorte, che questa disperazione ti metterá fra i denti del diavolo viva viva. E come puoi viver, meschinella, a questo modo?

MARGARITA.- Io vi confesso che mi sa malagevole. Ma mi son sempre appiccata ai consigli che mi die' mia madre poco tempo inanzi che ella morisse.

RAFFAELLA.- Oh Dio, quanti errori si fanno, non conoscendo per poca pratica de le cose! S'ella avesse vissuto vinticinque o trent'anni piú, avrebbe conosciuto, con tuo gran danno, l'error suo. Ma dimmi un poco: come è amorevole di te il tuo marito quel poco tempo che egli sta in Siena?

MARGARITA.- Tutto quello che io fo è ben fatto; non mi riprende mai di niente. E questo lo fa, perchè la sua natura lo sforza a far cosí, o vogliam dir per doppocagine¹⁵, non già per amor che mi porti.

RAFFAELLA.- Lo credo. Perchè, se t'amasse, non farebbe sí lunghe pause a tornar da te; anzi non ti lassarebbe mai, e massime ch'egli è ricchissimo e non ha bisogno d'andarsi aviluppendo per le Val d'Ambre.

MARGARITA.- Questo è vero, ch'egli è ricco. E d'ogni cosa potrei disporre io, quando me ne deliberassi; ma, come v'ho detto, mi son sforzata, contra mia voglia, di non curarmene.

RAFFAELLA.- Tanto piú sei una simplicella: chè sarebbe pazzia cotesta, quando la facesse madonna Lorena o la tua cognata e mille altre brutte che ci sono; non che, Dio! tu, che sei tenuta la piú delicata bellezza che sia oggi in Siena.

MARGARITA.- Or ritorniamo al fatto nostro, madonna Raffaella, ch'io tengo certo che vi ci abbi mandata oggi Dio qui da me.

RAFFAELLA.- Siene certissima che Dio m'ha spirata a venirci, acciochè tanta beltá e leggiadria, quant'è la tua, non abbiada invietirsi in casa, ruzzando con l'aco e con le assicelle. Ora la prima cosa, figliuola, tu hai da por cura che quei piaceri, i quali conchiuderemo oggi che ti si convenghino, tu vegga di pigliarteli con tale ingegno e con tal arte, che il tuo marito piú presto abbia da comportarlo volentieri che da pigliar un minimo sospettuzzo de' casi tuoi. E questo lo farai agevolmente, se tu arrai a vertenza di non entrar furiosa, cosí, in un tratto, ne la via che noi diremo. E massime, essendo tu vissuta fin qui lontana da simil cose, e rimessa fra i gatti intorno al fuoco; perchè una cosí subita mutazione darebbe da sospettar a non so chi. Bisogna ancora che tu usi diligenza, quando ti accadesse trovarti dove si ragioni di sollazzi e di feste, a la presenza di tuo marito o d'altri. Non mostrare menare smania e di struggertene del desiderio; anzi, tenendo il tutto in te, ne parlerai come di cosa che non t'importi molto. E medesimamente, tornando talvolta in casa da qualche festa e convito, guardati non star in un certo modo sospesa e con l'animo sollevato, tal che s'accorghino le mura, non che altri,

¹⁵ Dappocàggine [der. di dappoco]

che tu abbi il capo pien di grilli. E con queste avvertenzie ed altre, che 'l tuo ingegno ti dimostrerá, tu potrai avere li medesimi sollazzi, ed insieme la pace de la casa con tuo marito; che, potendola avere, mi par cosa da stimarla moltissimo.

MARGARITA.- In questo arrò io da durar poca fatica, perchè, come vi ho detto, il mio marito è la miglior pasta d'uomo che voi vedeste mai. E di quelle cose, che io mi disponessi, crederei farli creder che le lucciole fossino lanterne; nè altri ho in casa, di chi io abbia da tener conto, come son suocere e suoceri, cognati e cognate e nipoti, e simil gente da malacqua.

RAFFAELLA.- Gran ventura è la tua, perchè io conosco molte in questa terra, che hanno i lor mariti cosí arrabbiati, fastidiosi e indiatolati, che, tutta volta rimbrottolandole e villaneggiandole, fanno la casa loro la casa del gran diavolo. Dove che gli sciocchi potrebbero, se si reccassero le mogli per il verso, starsi nel paradiso. E se bene, a l'ultimo a l'ultimo, quanto piú son pazzi e collerici, tanto piú la collera e la pazzia torna sopra di loro (perché, a dispetto lor marcio e con molto piú dissavantaggio, fanno le mogli loro, a la fine, tutto quello che vogliono); nondimeno, quando una giovene potesse, come t'ho detto, fare insieme quel che vuole, e salvar la quiete de la casa, e star ben col marito, è cosa molto al proposito, e massime ne le spese ch'ella ha da fare.

MARGARITA.- Del fatto di mio marito la cosa non può star meglio. Ma ditemi un poco: in che cosa principalmente ho da far queste spese che voi dite?

RAFFAELLA.- Primamente molto porge diletto e si conviene generalmente agli uomini ed a le donne giovani il vestire riccamente e con garbo e con giudizio; e massime a le donne, perché, per esser loro molli e delicate, come quelle che solo fûro create da Dio per far meglio comportar le miserie del mondo (secondo che io ho udito dir piú volte a un giovin degli Intronati, che si chiama lo «Stordito», molto affezionato a le donne), molto piú par che si convenga la nettezza del vestire a la lor candidezza e delicatezza, che l'asprezza e non so che robusto che hanno gli uomini.

MARGARITA.- Vi vorrei, madonna Raffaella, un poco piú particolare ne la cosa del vestire.

RAFFAELLA.- Voglio che una giovane ogni pochi giorni muti veste, e non lassi mai foggia che sia buona, e, se 'l suo giudizio gli bastasse a trovar fogge nuove e belle, sarebbe molto al proposito che spesso ne mettesse inanzi qualche una; ma, non gli bastando il giudizio, appicchisi a quelle de le altre, che sien tenute migliori.

MARGARITA.- Che parte vuol aver una foggia per potersi chiamar buona?

RAFFAELLA.- Vuol esser ricca e garbata.

MARGARITA.- In che si contiene l'esser ricca?

RAFFAELLA.- Vuoi, Margarita, che io discorra ne le cose che aviam da dire oggi, secondo l'esser tuo, e che s'appartiene a te solamente, o vero, insieme, di molte altre, secondo le diverse qualità loro?

MARGARITA.- Che vi par meglio a voi?

RAFFAELLA.- Il mio primo proponimento è oggi di mostrarti le cose secondo l'esser tuo particolare. Niente di manco mi par che sia necessario, per far questo, andar considerando insieme ancora intorno a l'esser diverso di molte, per le ragioni che per te medesima conoscerai.

MARGARITA.- Così si faccia.

RAFFAELLA.- Dico adunque che la ricchezza de le vesti consiste molto in cercar con diligenza che i drappi, panni, saie o altre tele sieno finissime e le migliori che trovar si possi; perché il vestirsi di panni grossi, come fa, poniam caso, madonna Lorenza, che per foggia ha fatto una camorra¹⁶ di panno poco manco che fratesco, si domanda «foggia magra».

MARGARITA.- Come «poco manco»? Egli è fratesco, frateschissimo.

RAFFAELLA.- Tanto peggio! Voglion le vesti, oltre a questo, esser ampie e doviziose, ma non però tanto che la persona ne

¹⁶ Questo termine si riferisce a un vestito lungo comunemente indossato durante l'inverno. Originariamente realizzato in lana, col tempo sono stati utilizzati anche altri tessuti nella sua produzione. La gamurra ha le sue origini alla fine del Medioevo in Italia, e per il Rinascimento il suo uso si era diffuso in tutta Europa. Inoltre, esistevano versioni estive di questo vestito realizzate con tessuti più leggeri e freschi. In particolare, a Firenze veniva chiamato gamurra, mentre in altre regioni era noto con altri nomi come camora, zupa, zipa o socha.

rimanga troppo scomodata. E questa pienezza importa assai, perché non si vede mai peggio che quando noi vediamo alcune de le nostre gentildonne, che vanno per Siena con certe vestarelle che non v'è dentro sedeci brazza di drappo, con le loro sberniette, che non gli arrivano al culo a una spanna, e, aggirandosene una parte al collo e tenendone un lembo in mano, col quale si copron mezzo il viso, e' van facendo le mascare per la strada; e, con l'altra mano alzandosi la veste di dietro, accioché non si logori toccando terra, vanno per la strada con una certa furia, con un tric trac di pianellette, che par che gli abbino il diavolo fra le gambe. E forsi che si alzan cosí per mostrare il piè galante, con una poco di gambetta tutta attillata? Anzi, mostran que' pieacci larghi, mal tenuti, con certe pianelle tutte scortecciate per la vecchiezza! De le quali cose ti parlerò poi, quando verremo a questa particolarità.

MARGARITA.- Mi par che m'aviate descritta tutta di ponto la mia cugina; bench'ella m'ha detto che va cosí non per scempiezza, ma per galanteria.

RAFFAELLA.- Tutte dicon cosí, e fan de la necessitá cortesia, mostrando di far a posta e pensatamente quel che fanno o per miseria o per povertá o per dapocaggine. Voglio ancora che queste veste, cosí ampie com'io ti dico, sieno piene di liste, tagli, tagliuzzi, recami ed altre simil cose; alcun'altra volta sieno tutte pure, perché questa varietá di vestire mostra gran sontuositá, ed ha molto del buono.

MARGARITA.- Io mi crederei che questo fusse segno di varietá di cervello e d'aver poca fermezza, che non sarebbe poca macchia.

RAFFAELLA.- Sarebbe vero quando una giovene ne l'altre sue operazioni mostrasse questa instabilitá, ma, facendosi conoscer per savia ed accorta in ogni altra sua azione, questa varietá ne le vesti, ch'io ti dico, le tornerà tutta in grandezza ed ornamento.

MARGARITA.- Mi avete fatto sovenir del cervello de la Bianchetta, che è il piú balzano ch'io vedessi mai; ché, fra l'altre sue fantasticherie, la falotica sei volte si vestí un giorno, per andare in un ritrovo, e, sei volte pentitasi, si rispogliò per non v'andare.

RAFFAELLA.- Lo intesi. Or sopra tutto si conosce la ricchezza del vestire, Margarita, in aver sempre vesti fresche, non portar mai una medesima, non vo' dir molte settimane, ma almanco molti mesi.

MARGARITA.- Queste cose, madonna Raffaella, par che si convenghin piú a una signora e principessa che a una particolar gentildonna, come son'io, che, se mi posso chiamar ricchissima in Siena, rispetto a la maggior parte de le altre, non ho il modo a regger a tanta spesa, quanta voi dite. Che faranno l'altre, che sono molto piú povere?

RAFFAELLA.- A una principessa e gran signora si apparterrebbe vestir broccati finissimi e reccamar le vesti di perle, di diamanti, di rubini ed altre simil cose; dove ch'io, avendo questo rispetto, non t'ho parlato fin qui di cosa piú ricca che drappi.

MARGARITA.- Gli è vero. Ma ne' reccami, ne' liste, ne' tagli, che voi dite, ci van di molti dinari.

RAFFAELLA.- Insomma io, di quanto dico, intendo secondo la possibilitá. Chi non può tutto, faccia quel piú che sia possibile, sforzandosi ancora un poco.

MARGARITA.- Seguite dunque.

RAFFAELLA.- Dico, tornando a proposito, che è molto brutta cosa il portar una istessa veste molto tempo; ma bruttissima, quando altri si può accorgere di chi di una veste ne abbia fatto un'altra, o tignendola o rivoltandola o altrimenti, come fece la moglie d'uno che è adesso de' Signori. Che, essendosi fatta, quando era sposa, una veste di damaschin bianco, dopo che l'ebbe portata parecchi anni, essendo già molto lorda, la rivoltò, ponendo il dentro di fuori, e cosí se la portò cinque anni poi di domenica in domenica. Ma, essendo già frustissima, la fece tignere in giugiolino o leonato, che noi vogliam dire, sí per parer di mutar veste, e sí perché in quel colore manco si conosce il frusto che nel bianco, e sí ancora perché a la sua età il bianco oramai non si conveniva. Or, cominciandosi poi, dopo qualche anno, piú a rompersi gagliardamente, si risolvé pur di guastarla, e fecesene di una parte franze per non so che camorra pavonazza, e di un'altra parte certe manichette, le quali in pochi dí convertendose in fila, le ricoperse poi con panno lino tagliato, e cosí si stanno oggi. Quel che ne seguirá

vederemo: penso ben che, inanzi che il povero damaschino si riponga in sepoltura, andarà ancora scontando i suoi peccati, in altre forme, qualche anno piú.

MARGARITA.- M'indovino chi sia costei.

RAFFAELLA.- Basta. Or tutto quel ch'io t'ho detto intorno a la ricchezza del vestire, bisogna che sia accompagnato da un garbo pien di giudizio, ché altrimenti non varrebbe niente.

MARGARITA.- In che consiste questo «garbo»?

RAFFAELLA.- Consiste in tre cose principalmente: nei colori, in commodo de la persona e nei movimenti.

MARGARITA.- I movimenti, madonna Raffaella, sono pari de le azzioni; e noi siamo ora nel proposito del vestire, e non de le operazioni.

RAFFAELLA.- Io intendo solo di quei movimenti che apartengano al portar de' vesti, che gli potiam chiamare, se ti pare, «portatura»; perchè ogni foggia, senza esser ben portata, sarebbe bruttissima.

MARGARITA.- «Portatura» è piú al proposito.

RAFFAELLA.- Dico che molto ha da guardarsi una giovine di non vestir di molti colori, e massime di quei che non convengano insieme, com'è il verde col giallo, e 'l rosso con lo sbiadato, e simili altre mescolanze da bandiere, perchè questa mistura di colori è sgarbatissima.

MARGARITA.- Oh! chi volesse con imprese nel vestire mostrar l'animo suo?

RAFFAELLA.- Le imprese si fanno di due colori o tre al piú; ne l'un de' quali ha da essere il corpo di tutta la veste: gli altri poi consistano in filetti, o in nastri, o cordelle, o frange, o tagliuzzi o simili, del che non parlo al presente. Ma intendo il vestir di piú colori, come fa la tua vicina, che porta la camorra bigia, la sbernia pavonazza, le manichette di caso sbiadato e il centolo verde, che pare la piú goffa cosa che tu vedessi mai. E però ti conchiudo che il corpo di una veste vuol esser sol d'un colore, e quello accomodato.

MARGARITA.- Come «accomodato»? Non v'intendo.

RAFFAELLA.- Accomodato a l'essere ed a la qualità di chi veste. Poniam caso che una abbi le carni pallide e vive: si guardi da' colori aperti, salvo che dal bianco, come sono: verdi, gialli, cangianti, aperti e simili. Quelle, che hanno le carni smorte,

vestin quasi sempre di negro. Quelle, che hanno un certo vivo rosseggiante nel viso, che le fa parere sempre briache, vestin leonato scuro e bigio. Il rosso è colore generalmente pestilentissimo ed a nissuna carnagione s'acconviene. E, per il contrario, il bianco a la maggior parte sta bene, purché sieno nel fior de la gioventú; e a te particolarmente riderebbe moltissimo. Benché di questo, in vero, non si possa dar regola chiara e determinata, ma bisogna rimettersene al giudizio di chi ha da vestire.

MARGARITA.- Quanto ai colori, mi basta questo. Parlatemi ora del commodo de la persona, nel quale secondariamente dite che consiste il garbo.

RAFFAELLA.- Di questo ti risolvo in due parole. Una giovine ha da por cura che quelle fogge che piglia sien tali, che le parti de la persona sua le quali ella ha belle diventino bellissime, e quelle che son brutte rimanghino manco brutte che sia possibile; e non fare come monna Brigida... Ma di questa ultima parte non importa che io ti parli, perchè tu non hai parte nissuna che non sia eccellentissimamente bella.

MARGARITA.- Che fa madonna Brigida? Ditemi un poco.

RAFFAELLA.- Ha voluto pigliar una foggia di portare le manichette tanto strette, che si vegga schietta la forma del braccio, ed ha il braccio tanto sottile che è una bruttezza a vederlo: dove che, s'ella avesse le braccia proporzionatamente grosse, non era forse cattiva foggia in tutto. E similmente la tua comare ha le spalle grosse e larghe come un fachino, ed ha preso la foggia di empire i busti di tanta bambagia, che ne rimane la piú contrafatta cosa del mondo; e, avendo i piedi larghi da contadino, fa certi tagli a le scarpe, che gli fan parer altrettanto piú larghi. E di queste e simili cose ti darei infinitissimi essempli; ma gli puoi considerar per te medesima. Bisogna adunque riparare a' difetti de la natura piú che si può, con bambagie o camorrette, e con statura o tagli e simil'altre avvertenzie. Ma tu, che sei bella per tutto, piglia le fogge che mostrino chiaramente lo svelto de la tua persona, la franchezza de le braccia, la maestá de le spalle, la disposizion de' fianchi, la scarsezza del piè, la buona proporzione de la gamba e del resto.

MARGARITA.- Che? Bisogna aver cura a le gambe, non avendo ad esser vedute?

RAFFAELLA.- Anzi, che han da esser vedute! Ma con che arte e con che destrezza, ne parleremo un poco dopo, quando diremo de' movimenti, che è la terza parte appartenente al vestire.

MARGARITA.- Ché non ne diciamo ora, ché della comodità aviamo detto assai?

RAFFAELLA.- Vo' prima discorrere, con poche parole, sopra l'ornamento de la testa e delicatura de le carni, ché questo ancor voglio che si convenga nel vestire, benché paia alquanto diverso.

MARGARITA.- Ben dite.

RAFFAELLA.- Hai da saper, Margarita, che non potrebbe aver una giovine le carni cosí chiare, bianche e delicate, se non le aiutasse alquanto con l'arte, che non mostrassero alcuna volta, per qualche caso, come spesso può accadere, di esser non cosí belle. E non è buona la ragion di coloro che dicono che, purché una donna abbia le carni belle naturalmente, non importa poi lo sprezzarle e trascurarle. E per questo io concederei ch'una gentildonna usasse continuamente acque preziose ed eccellenti, ma senza corpo, o pochissimo; de le quali io ti saprei dar ricette perfettissime e rare.

MARGARITA.- Dunque questi solimati e biacche e molte altre sorti de lisci, che si usano, non vi paiono da lodare.

RAFFAELLA.- Anzi da biasimar quanto si può. Perché che potiam veder peggio che una giovine, che si abbia incalcinato e coperto il viso di sí grossa mascara, che a pena è conosciuta per chi la sia? E tanto piú, quando ella è ignorante di tal essercizio e s'impiastra a caso, senza sapere quello che ella si faccia: come ne conosco molte in questa terra, che si consumeranno la mattina poco manco che due sciacciatelle di solimato, ponendoselo a pazzie, da far rider chi le vede.

MARGARITA.- Madonna Giachetta, che sta nel casato, è una di quelle, ché la mattina di san Martino la vidi a la festa che cosí sgarbatamente si avea coperto il viso, ch'io vi prometto che gli occhi parevan di un'altra persona: ed il freddo gli avea fatte livide le carni e risecco l'empiaastro, tal che gli era forza, a la poveretta, stare interizita e non voltar la testa se non con tutta la persona insieme, accioché la mascara non si fendesse.

RAFFAELLA.- Guardatene, figliuola mia, da tali empiastri come dal fuoco.

MARGARITA.- In vero di queste, cosí scempie, non è se non da farsene beffe; ma che i lisci, a chi gli sa ben usare, non sien d'importanza, non è nissuna donna che non lo dica.

RAFFAELLA.- Fidati di me, ché chi lo dice non se ne intende. Però, se farai a mio modo, non userai se non acque, le migliori che potrai trovare, ed in quelle spenderai quanto puoi.

MARGARITA.- Già uso adesso un'acqua che è tenuta buonissima.

RAFFAELLA.- Che acqua?

MARGARITA.- Non vi so dire, ma me la vende uno spezial che sta a le Costarelle, e non me n'ha voluto mai dar la ricetta.

RAFFAELLA.- T'intendo. So che acqua ch'ella è, ché ne vende a molte; ché quasi tutte oggi usano di cotesta, per essere di non molta spesa (e non solo le donne, ma molti ancor di questi gioveni effeminati, che piú meritavano di nascer donne che uomini): nella qual acqua entra malvagia, aceto bianco, mèle, fior de' gigli, fagioli freschi, verderame, argento sodo, salgemme, salvetro, allume scagliuolo e zucarino, ogni cosa distillata per campana. Ed è in vero assai buona acqua, ma per acque divine non cederei a persona del mondo, e massime d'una, che è in vero di grande spesa, ma eccellentissima molto.

MARGARITA.- Di grazia, ditemela, madonna Raffaella.

RAFFAELLA.- In ogni modo non m'intenderesti. Basta che io te ne farò ogni volta che vorrai, e farà le carni in un tempo chiare, bianche e morbide quanto piú si possa.

MARGARITA.- Voglio che mi diciate la ricetta brevemente.

RAFFAELLA.- Io piglio prima un paro di piccioni smembrati, dipoi termentina viniziana, fior di gigli, uova fresche, mèle, chioccioline marine, perle macinate e canfora; e tutte queste cose incorporo insieme, e mettole dentro ai piccioni e in boccia di vetro a lento fuoco. Dipoi piglio musco ed ambra e piú perle e pannelle d'argento, e, macinate queste ultime cose al porfido sottilmente, le metto in un botton di panno lino, e legole al naso de la boccia con recipiente sotto, e dipoi tengo l'acqua al sereno; e diviene un cosa rarissima.

MARGARITA.- Io non v'ho cosí bene intesa.

RAFFAELLA.- Te lo credo. Ma non te ne curare, perché te ne farò io sempre che ne vorrai, e t'insegnerò a usarla.

MARGARITA.- E' non si può negare che l'usare simil'acque non sia cosa gentilissima e delicata: nondimeno non è donna in Siena che non adoperi qualche sorte di liscio, chi piú fino e chi manco. Ed io, per far come le altre, vi confesso che io me ne metto qualche volta, ed ho di quel che è tenuto buonissimo, chè ne usa madonna Fioretta e la Roffina e quella sposa, che uscì fuori non ieri, l'altro.

RAFFAELLA.- E cotesto ancora so che gli è. E vuo' te ne dir la ricetta in due parole: si piglia argento sodo e argento vivo, e, macinato nel mortaio, vi si aggiugne biacca ed allume di ròcca arsa, e cosí, per un giorno, di nuovo macinato insieme, si gli dá dipoi la saliva con la mastice, tanto che sia liquido, e si fa bollire in acqua piovana, e, levato il bollire, si butta sopra il mortaio del solimato, e, cosí fatto tre volte e gittata l'acqua la quarta volta, si serba insieme col corpo. E di questo si costuma molto fra le donne che non hanno molto il modo da spendere. Ma io ho da insegnarti da farne d'una sorte cosí gentile e rara, che molte donne pagherebbero assai di saperla; ed è tanto ben disposta e delicata, che, ancor ch'ella abbia alquanto di corpo, non sará apena alcuno che se n'accorga e acconcia le carni perfettissimamente.

MARGARITA.- Deh! monna Raffaella, se mi voleti bene, insegnatemi come la si fa

RAFFAELLA.- Bastiti che io te ne darò continuamente.

MARGARITA.- Io vorrei intendere quello che vi entra dentro, se non ve importa.

RAFFAELLA.- Io tel dirò, ancor che io so che non me intenderai. Si piglia argento sodo fino ed argento vivo passato per camoscio, e, incorporati insieme, si fan macinare per un giorno per un medesimo verso con un poco di zucchero fino; e di poi il cavo del mortaio, e lo fo macinar al porfido a un dipintore, e v'incorporo dentro pannelle d'argento e perle; e di nuovo fo macinare al porfido ogni cosa insieme, e le rimetto nel mortaio, e le stempro la mattina a digiuno con saliva di mastice con un poco d'olio di mandole dolci; e, cosí, liquido, rimenato un giorno, stempro di nuovo il tutto con acqua di frassinella, e mettollo in un fiasco, e lo fo bollire a bagno marie; e, cosí fatto

quattro volte, gittando sempre l'acqua, la quinta la serbo e, cavata del fiasco, la vuoto in una conca e lassola far corpo: di poi vuoto quell'acqua pianamente, ed al fondo rimane il solimato, nel quale incorporo latte di donna e gli do odore con musco ed ambra, e tutto questo incorporo poi con l'acqua, e lo tengo in un fiasco ben chiuso e sotterrato in cantina.

MARGARITA.- Non può esser se non cosa buonissima.

RAFFAELLA.- Sta' certa, Margarita, ch'io non credo si possa trovar meglio, e vuottene portar domani un fiaschetto, ed insegnarotti a usarla.

MARGARITA.- Degli olii, monna Raffaella, che mi dite? Paionvi al proposito per acconciar le carni?

RAFFAELLA.- Olii d'ogni sorte son da fuggire, o sien fatti d'allume scagliuolo, o allume gentile, o biacca, o argento sodo, o di uliva, o sian come si vogliono. Ben è vero che talvolta in villa, per mantenimento de le carni, non sarebbe forse male l'usare un poco d'olio di mandole dolci con cera bianca, aggiuntovi qualche poca di canfora, benchè quell'acqua eccellente, che io t'ho detto poco fa, fa questo medesimo effetto, e meglio.

MARGARITA.- Per levar il rossore, tornando di villa, usava mia madre verderame con chiare di uovo la sera, dormiva con quello impiastro sul viso.

RAFFAELLA.- Oh, bruttissima cosa! E forsí che la maggior parte de le donne non fan questo medesimo? Ma tu abbi avvertenzia di non far simili poltronerie.

MARGARITA.- Di madonna Loretta e de la Mascarina e di molte altre, che han preso una foggia di farsi il viso e il petto di color incarnato, che ve ne pare? E come pensate che le facciano?

RAFFAELLA.- Cotesta è facilissima cosa. E' si pongon prima con diligenza il rosso, e di poi danno uno scialbo in sommo del solimato, il qual bianco con quel rosso produce quello incarnato che vedi. È bruttissima usanza, e vedrai che durerá poco, e non mi par che per niente una gentildonna abbia a dipingersi in cotal modo.

MARGARITA.- De le stoffe che ne dite?

RAFFAELLA.- Stoffe d'ogni sorte, o sieno fatte di vetri, o penne di gallina, o gusci di uova, o simili bruttezze, non voglio che una

- gentildonna usi per niente. Perchè, se ben fanno belle carni, e' guastan poi i denti e la vista, corrompono il fiato e la sanità.
- MARGARITA.- Mi fate sovenire de la Bambagiuola, che non gli è rimasto già dente che buon sia, e non passa pur anco vintidue anni.
- RAFFAELLA.- Da questi essempli impara tu. E tanto piú, che la bellezza e bianchezza de' denti porta gran grazia a una donna, ed io ti voglio insegnare un giorno alcuna buona polvere da mantenergli.
- MARGARITA.- L'arò molto cara, perchè poche intendo che se ne trovan de le perfette.
- RAFFAELLA.- Le mani, Margarita, come te le curi? Imperochè la bellezza de le mani è molto stimata in una giovine.
- MARGARITA.- Io uso di pigliare un limone e, fattolo venire in succhio, l'accosto al fuoco, e dentro vi metto zucchero candido, e con esso mi spuro¹⁷.
- RAFFAELLA.- Così costumai! quasi tutte le donne, ed in vero sarebbe buono, se non facesse col tempo pigliar vizo¹⁸ a le mani. Ma io ti voglio insegnare una cosa eccellentissima e facile. Piglia senape, sottilmente passata, e mèle e mandole amare mescolate insieme, tanto che venghino a modo di lattovaro; e di questo impániate le mani la sera, e metti guanti di camoscio, che sieno stretti piú che si può, e la mattina poi ti lava con acqua di coppo e con un poco d'oglio di belgui, e vedrai cosa che ti piacerá.
- MARGARITA.- Inanzi che sien duo giorni ne vuo' far la prova.
- RAFFAELLA.- Orsú, tu hai d'avertir, Margarita, sopra il tutto di non far come molte ch'io conosco, e massime madonna Brigida, le quali non hanno cura di custodir se non il viso ed una parte del petto, quella a punto che si vede; del resto poi vada come vuole! Del che ne nasce che le stanno de la persona loro lorde, schiffe e mal delicate.
- MARGARITA.- Oh! volete, madonna Raffaella, che una giovine usi simil'acque e solimati per tutta la sua persona?
- RAFFAELLA.- Non dico questo, ancor che sieno alcune che si lisciano le gambe, le braccia e ciò che elle hanno; il che è

¹⁷ Lavo.

¹⁸ Vizzo.

vituperosissimo. Ma voglio che una gentildonna ogni pochi giorni si lavi tutta con acqua di fonte, calda, fattovi bollire dentro qualche cosa odorifera; perchè tu hai da tener per certo che la delicatezza è quella che rifiorisce la bellezza di una donna.

MARGARITA.- Di quelle parti che non si veggono che importa?

RAFFAELLA.- Del vedersi o non vedersi ti parlerò poi, quando sarò in tale proposito; ma ora dico che, posto caso che non abbin mai ad esser viste, in ogni modo la nettezza de la persona e delicatezza si ha da cercare, se non per altro, per sodisfazzion propria e del marito; oltre che la lordezza de la persona genera spesso cattivo odore in una donna, che è cosa vituperosissima. E poche sere sono ch'io lo provai, dormendo a sorte con la moglie di messer Ulivieri.

MARGARITA.- Mostra pur costei di andar assai delicata.

RAFFAELLA.- Nel viso sí, ma del resto fatti il segno della croce. Pensa che, oltre ch'essa teneva il soglio alto per tutto¹⁹, ella avea sopra la Centura, fra tutte due le parti del petto, radunato un fango, una lordezza, la piú brutta cosa del mondo! E, per quel ch'io ne pensi, stimo procedesse dal solimato; il quale, essendo piú volte rilavato e riposto, avea a poco a poco imposto sopra la Centura come il sabbione, il quale solimato, cosí imposto, genera un odorino acuto, la piú schiffa cosa che si possa odorare.

MARGARITA.- Mai l'arei pensato di costei, che fa tanto del gentile e de lo schiffo. E mi ricordo che, trovandomi a queste mattine a canto ad essa in un convito, non veniva in tavola vivanda, che non mostrasse che le putisse.

RAFFAELLA.- Quanto a questa parte della delicatezza, abbiamo forse ragionato troppo; e però, lassandola da parte, bastiti sapere che una gentildonna l'ha da curare sempre, quanto può, ancor che fusse certa di non aver mai a uscire de la sua camera.

¹⁹ “Soglio” in questo contesto del XVI secolo si riferisce metaforicamente al potere, all'autorità o alla posizione di qualcuno. L'espressione “teneva il soglio alto” implica che la persona avesse un alto grado di autorità o influenza in tutte le situazioni o aspetti della sua vita. Questa metafora è simile al “trono” o alla “sedia pontificia” (soglio pontificio), riflettendo l'idea di dominio o supremazia in una situazione specifica.

Ma voglio ora dirti alquante parolette sopra la conciatura de la testa.

MARGARITA.- Arò caro di sentire il vostro parere, perchè n'ho udito qualche volta parlar molto variamente. A chi pare che il berzo²⁰ assai grande dia molta grazia, a chi il picciolo, ed a molti il non averlo in alcun modo.

RAFFAELLA.- In vero questi berzi cosí piccoli, come si usan oggi, tolgano alquanto de la presenza e del nobile; quei cosí grandi, che si portavano non molti anni sono, erano peggiori assai. Però giudicarci che, quant'al berzo, una giovine lo portasse alquanto maggiore di questi che si portano oggi, ma non molto. E massimamente l'arebbon da far quelle donne che hanno la testa piccola e portano quasi niente in testa, come fa la mia vicina in Camullia, che tu ben m'intendi, la quale ha un capo quanto un cardarino, ed in viso minutissima, e va con una poca di scuffiarella molto scempia, senza punto di berzo, e con un velo semplicissimo, che la pare uno scricciolo.

MARGARITA.- Io so di chi voi dite. E la fa, perchè gli è stato dato da intendere a la semplicella ch'ella faccia professione di esser di poco assetto e trascurata de la persona sua; tal che la poveretta, credendosi che sia bene, va fuori il piú de le volte con gli occhi appiccicati, che non si è pur lavato il viso con acqua chiara.

RAFFAELLA.- Già mi son accorta del tutto. Quanto poi a le scuffie, voglio che sien ricche e gentilmente intessute, corrispondenti a la grandezza del berzo; e quelle donne, che non arran molto brutti capelli, non voglio che portino capei morti intesta. I ricci ancora giudico che porghino grazia grandissima, ma vogliono essere fatti molto garbatamente, come gli fa quella tua parente bella, che sta vicina a la piazza dei Tolomei.

MARGARITA.- Benissimo ancora gli fa madonna Cassilia, sopra i quali fu fatto un sonetto da un degli Intronati.

²⁰ Nel contesto del XVI secolo, la parola "berzo" si riferisce all'acconciatura femminile dei capelli, nota anche come crocchia. Secondo il Grande dizionario della lingua italiana (GDLI) di Salvatore Battaglia, la crocchia è un'acconciatura femminile dei capelli che consiste nell'avvolgere a cerchio i capelli ridotti a treccia oppure nel raccogliarli a forma di nodo, fermandoli sulla cima del capo o dietro la nuca.

RAFFAELLA.- Ne le camicie voglio ancora che una gentildonna spenda assai, portando lenze finissime e gentilissimamente lavorate, alcuna volta con seta, alcuna con oro e argento, ed il piú de le volte con reffe solo, ma con grand'arte fatte. E lo increspato da mano ha molto del buono e del gentile, ed altro tanto de lo sgarbato ha quel portarle accollate, come poco tempo è s'usavano, che era foggia da ostesse ed infranciosate.

MARGARITA.- Dite il vero. Ed a me ancora dispiaceva quella foggia, come il male del capo.

RAFFAELLA.- Or di questo si ha detto assai.

MARGARITA.- Di gioie e collane come vi par che una giovine si abbia da caricare?

RAFFAELLA.- Modestamente. E, per venire piú al particolare, voglio che al collo porti un vezzo di perle chiare, tonde e grosse; ed una collanetta di quindici scudi, smaltata con garbo; ed un diamante ben legato, da un sessanta scudi, nel dito accanto al dito grosso de la man sinistra. Altre gioie o collane non vo' che porti, se già non portasse una maniglia che fusse bella, la quale non lodo e non biasimo in tutto. Guanti poi di gran pregio voglio che porti; nè altri odori addosso, acciochè, nel passare per le strade, non lasciasse una mescolanza di odori dopo sè, che ha pochissimo del buono, come fanno le due sorelle.

MARGARITA.- E la Bianchetta dove la lassate? chè non si può quasi stare dove ella si sia! Ma di questo mi basti. Parlatemi ora de' movimenti, che voi dite esser la terza cosa che s'appartiene al vestir bene, i quali aviam chiamati per piú proprio nome «portatura».

RAFFAELLA.- Tu hai da pensar, Margarita, che, se una giovine avesse una veste fatta con bella foggia e con colori ben divisati e ricca ed accomoda, e non sapesse di poi tenerla in dosso, non avrebbe fatto niente.

MARGARITA.- Chi sará quella che non sappia portarla, se la veste non avrá mancamento per sè?

RAFFAELLA.- Chi sará quella? Tu ne sei male informata. Ce ne sono infinite che, o per vezzi o per poca avvertenzia, si hanno presa qualche portatura con certi attarelli goffi, la piú scempia cosa del mondo!

MARGARITA.- Datemene qualche esempio.

RAFFAELLA.- Eccoti uno, senza andarlo molto cercando. Non vedi tu la tua pigionale qui di sotto? Per aver preso un costume, quando va per le strade, di spinger innanzi, sempre con la bocca pinciuta, e far fare alle pocce la chiaranzana, se portasse tutto oro, sempre gli piagnerebbe in dosso. Ma ce n'è forse una in Siena di queste tali? Anzi rare ce ne sono, che non abbia preso vezzo sgarbato. Chi porta la sbernia tutta avolta sul collo; chi se la lassa cader di dosso, per non parer di pensarci; chi va con la bocca turata sempre; chi corre a staffetta col capo inanzi; chi va tanto agiata, che consuma un'ora dal duomo a la Costarella; chi rimena sempre la testa, come una impazzata; chi va intera, come una imagine; chi porta le calze rotte, che gli escano fora di certe scarpette di panno pavonazzo a due suola; chi si va tuttavolta pavoneggiando, intorno uccellando a le sberrettate, e tuttavolta si rassetta or qua or lá secondo il bisogno; chi, trovandosi a nozze, dove si balli, sempre o ballando o vedendo ballare, batte il tempo del liuto con la testa....

MARGARITA.- Questo, che dite de le calze rotte, è piu da dapoccagine, che da vezzi.

RAFFAELLA.- Basta: pur è vezzo a la fine. Oltre a queste, altre ci sono, che van con la bocca aperta, che par ch'elle esalin sempre di sete; chi con gli occhi sempre in su' piei; chi col viso a le stelle; chi tutta via si cava un guanto e rimette; chi sempre si morde un labro; e chi porge per canto un talmicin di lingua; e chi ha un costume cosí fatto, e chi un altro, come puoi discorrere per te medesima.

MARGARITA.- Tutto vi confesso, monna Raffaella. Ma donde procede che le scempie non s'accorgan che fanno male?

RAFFAELLA.- Molte ragioni ce ne sono, ma una principalmente n'è causa: ed è che questa razza di donne, di che io t'ho parlato, sentendo lodar e metter in cielo alcune altre donne eccellentissime che sono in Siena, pensano, con l'imitarle, di potersi acquistar quelle medesime lodi ed eccellenze. E, come persone di poco giudizio, si pigliano a imitar qualche parte di quelle, che a sorte sará da biasimare, o, se non da biasimare, manco da lodare; perchè nissun può esser da ogni parte perfetto. E pensano queste tali che quel solo, che le imitano, sia cagione che quelle altre sieno chiamate eccellenti, e quella

parte poi accrescan quanto possano, stimandosi che, quanto maggior sarà, tanto più avvanzaranno, di dignità e meriti, di lode quelle ch'io ti dico esser eccellenti.

MARGARITA.- Non v'intendo molto bene. Dichiaratemel meglio.

RAFFAELLA.- Con uno essemplio mi farò intendere. Madonna Andrea, sentendo esaltare madonna Cassida per una singularissima donna ed unica, si può dire, si pensò che di tutto ne fussi causa che ella andava lentamente per le strade, che nè per fretta nè per agio uscì mai de l'usato suo passo; e per questo, disponendosi madonna Andrea di meritare quanto lei, ha preso un passo tanto agiato e fastidioso che fa rider chi la vede. Ed un'altra ne conosco, che, sentendo dire a una gran donna molto nominata, ragionando con essa, che la si legava le calze sopra 'l ginocchio, pensandosi che questo fosse causa de la fama di quella, cominciò a legarsele ancor essa in cotal modo. E mi ricordo che, trovandosi ella una mattina a la predica a duomo, non potendo sopportar il dolore che le dava quella legatura, come a quella che non v'era avezza, mandò destramente i centoli sotto 'l ginocchio, e vennero a sciórsi, non so in che modo; tal che, partendosi ella poi da la predica, un centolo rimase lí, e mi venne a le mani, ed era una Centura che puzzava da urina valentemente, che penso che più d'una volta fosse caduta dal capezzale ne la conchetta. Di questi essempli ce ne sono infiniti di donne, che han voluto imitare il manco bene e lassar il maggiore; il che procede solo da poco giudicio e carestia di cervello e mala creanza.

MARGARITA.- Come arebbe dunque a governarsi una donna in questa portatura che voi dite?

RAFFAELLA.- In vero in questo bisogna pregar Dio di nascere con bon giudicio di saper discernere quel che è da lodare da quello che è da biasimare, perchè la imitazion sarebbe utilissima, quando ci fosse questo, e quando si sapesse conoscer ed ellegger, da quelle che sono eccellenti, le parti lor buone e lassar le cattive. E, quando alcuna non avesse tanto giudicio di saper fare questa ellezzione, dovrebbe tener l'orecchie attente a quel che sente in altri lodare, ed ingegnarsi d'imitarlo, e fuggir quel che l'ode vituperar communemente. Ed in somma molto giova lo ingegnarsi che in tutte le cose non si esca de la via del mezzo e fuggire la affettazione più che si può. Pulirsi

ed assettarsi in casa apertamente, e poi a la presenza de le genti mostrar un certo disprezzare ed un certo non molto pensare a quel che s'è fatto per ornamento o per altro, che non telo so descrivere altrimenti. E questo ancor con giudizio, perchè l'andare spensierita in tutto sarebbe forse vizio non minore che l'andare con affettazione.

MARGARITA.- Di questo dunque, madonna Raffaella, non si può dar regola speciale.

RAFFAELLA.- Malissimo; ma servi, in tutte le cose che ella ha da far, una giovine, questa via del mezzo ch'io t'ho detto, e non potrà errare. Ed oltre a questo abbia avvertenza sempre che, sí come t'ho mostrato poco fa, che tutte le vesti e fogge, che ella fa, han da esser tali, che le parti, ch'elle han belle de la persona, apparin piú belle, e per il contrario ricuoprin piú che si può quelle che son da biasimare. E cosí ancora che i suoi movimenti e portatura mostrin, piú che sia possibile, il bello, e nascondino il brutto.

MARGARITA.- Vi vorrei un poco piú particolare intorno a questo.

RAFFAELLA.- Voglio, dico, che, se ella, poniam caso, arra bella mano, pigli ogni occasione, che le si porga, di mostrarle, come può accadere nel cavarsi e mettersi i guanti, in giuocare a tavole, a scacchi, a carte, in mangiare ed in mille altre cose che le si possono occorrere tutto 'l giorno. Se ella arra bel petto, il che è d'importanza grandissima a una donna, cerchi con destrezza d'aver commodità, che gli possa in qualche bel modo esser visto (per quanto ricerca la sua onestá) esser naturalmente bello, e non per arte nissuna. E questo gli verrà fatto se la mattina fingerá qualche volta, a quei che a sorte gli verranno in casa, di esser levata allora del letto, e non aver avuto tempo di strignersi le vesti; e cosí potrà conoscersi che 'l petto suo per se stesso è rotondo e spiccato: non è per forza di pontelli e bagatelle. Può occorrer questo medesimo, giuocando a la neve, o bagnandosi con acqua la state, come accade; e di poi, mostrandosi tutta molle, fa parere necessario lo scignersi ed asciugarsi. Una bella gamba occorre spesso in villa, andando a pescare o uccellare, cavalcando o scavalcando, a passar qualche fossatello, e simili, poter destramente esser veduta e considerata. Le braccia, essendo belle, accade in giuochi de l'ortica, lassandosi còr nel letto,

esser vedute, ed in altre occorrenze che sarebbe lungo il parlarne. E, quando ancor ella avesse bella persona e ben disposta, occorre alcuna volta ai bagni, mostrando non pensare a ciò, bagnarsi in tal ora e in tal luogo, che da alcune fessure possi essere vista da qualcuno.

MARGARITA.- Mi fate ricordar, madonna Raffaella, di due donne belle, che fûr viste tutte ignude nel bagno a Vignone da certi gioveni che io conosco.

RAFFAELLA.- E di tutto questo intendo che una giovine abbia da cercar destrissima occasione, e tale che non si pensí che ella abbia voluto che una tal cosa le intervenghi; perchè in tutte le azzioni ed operazioni e parole di una donna, intendo principalmente che si abbi da conoscere estrema onestá e pudicizia: perchè, dove non è onestá, non s'apprezza nè considera in una donna alcuna opera virtuosa; e per lo contrario, dove ella è, ogni altra cosa fiorisce. E però, non solo ha da guardar ne le occasioni, ch'ella ha da pigliare per far quanto ho detto di sopra, che altri non s'accorga ch'ella l'abbia fatto avertitamente; ma ha da fingere con rossore, potendo arrossire a sua posta, o con qualche altro finto segno di onestá, d'aver avuto dispiacere che tal cosa le sia avvenuta. Ed ha da por cura che in un medesimo tempo e luogo non le intravenga molte volte una medesima cosa, perchè si suspicerebbe che lo facesse accortamente. E, replicandoti, ti dico che insomma ella ha da aver sempre avvertenzia che ogni suo minimo passo o parola o atto sia pieno di quella modestia, che tanto si ricerca a le donne.

MARGARITA.- Da un canto, monna Raffaella, mi diletta molto quel che voi dite; da l'altro mi par pericolo, facendo tai cose, di non venire in considerazion di persona vana.

RAFFAELLA.- Questo t'interverrebbe, quando tu facessi alcuna di quelle cose, ch'io t'ho detto, con poca destrezza ed affettatamente; ma, se la farai di sorte che paia che tu di ciò non t'accorga, e, con un poco piú di rossore e un non so che di vergognarti, farai parer di essere necessitata a farlo, chi sará quello che per questo te ne giudichi manco modesta o vana?

MARGARITA.- Se ben si tien coperta agli uomini questa vanitá, a Dio non si potrà giá nascondere.

RAFFAELLA.- Io t'ho già detto, Margarita, e ridico di nuovo che, se fosse possibile, sarebbe benissimo fatto appresso a Dio non far mai un minimo peccatuzzo, anzi viver come una romita fra paternostri e rosai e discipline. E Dio 'l volesse che si potesse fare, chè non ci sarebbon tanti peccatori al mondo! Ma perchè io, per la pratica che ho, conosco chiaramente che noi siam nati peccatori, e che bisogna per forza far una di queste due cose: o sfogar la malizia, col commetter un poco di qualche erroruzzo, in gioventú; over errar poi in vecchiezza con maggior danno e vergogna, e pentirsi de la gioventú passata invano, e cader per questo in disperazione; per fuggir dunque tanta ruina, conosco essere necessario ed utile lo sfogare gli animi negli anni giovani, nei quali Dio piú facilmente perdona ed il mondo scusa piú, e piú par che acconvenga e rida quel che si faccia. Nondimeno, se ti basta pure l'animo a te sola, piú che a tutti gli altri, di essere unica in questo mondo, col guardarti e mantenerti, fin che vivi, senza un minimo peccatuzzo, io ti conforto e ti consiglio per far questo, che sarebbe molto buono, che tu non uscissi quasi mai de la camera tua, e che tu andassi braccando vigilie e quattro tempora, e ti disprezzassi in tutto e fuggissi ogni conversazione. Ma, confidandoti non poterlo fare, ti consiglio, da figliuola, che tu hai (salvando sempre la modestia ed onestá tua) da passare i tuoi anni giovenili allegramente, e pensare che non vengano se non una volta, e che un medesimo piacere in quel tempo giova e diletta infinitamente ed è scusato da tutti e perdonato da Dio con l'acqua santa; e ne la vecchiezza poi è deriso da ognuno, aggrava la coscienza assai e porta pochissimo diletto e piacere. Sí che, per fuggire questo disordine, io t'ho parlato di sopra, e consigliata nel modo che hai inteso, e cosí consiglierei sempremai. Nientedimeno, se ti dá pure il cuore, come io t'ho detto, di viver senza commetter mai peccato fino a la morte, pur che ti riesca, io ne arrò piacere; e, lassando i nostri primi ragionamenti, sará buono ch'io ti parli, in quel cambio, de la vita di qualche santo padre.

MARGARITA.- No, no. Dite pur via quel che avete cominciato, chè ora m'accorgo che gli è pur bene il parlar con chi sa ed ha pratica de le cose, perchè mi cominciate a far conoscere esser verissimo tutto quel che dite. Però seguite, di grazia.

RAFFAELLA.- Poichè noi abbiám parlato quanto ne occorre intorno al vestire d'una giovine, cosí de 'la vaghezza de le fogge, come del garbo e del commodo, e dei movimenti e portatura ed altre avvertenzie che intorno a ciò hanno da avere, voglio che noi ragioniamo ora dei costumi e maniera che ha da tenere una gentildonna ne le cose che accadan tutto 'l giorno; e prima quanto a la cura de la casa sua ed a mantenersi la benivolenzia del marito, la quale, come io t'ho detto disopra e meglio intenderai, è importantissima e neccessaria. E hai da sapere, Margarita, che tutte quelle cose, di che io t'ho ragionato e ti ragionare appartenersi a una gentildonna, io intendo che ella sia giovine e non passi, al piú, trentadue anni; perchè, doppo quel tempo, bisogna che si ritiri un passo adietro e non le sta ben cosí ogni cosa.

MARGARITA.- Mi basta. Perchè, inanzi che io sia di cotesta età, passaran parecchi anni.

RAFFAELLA.- Il governo de la casa, o Margarita, quanto gli è ben guidato, è di grandissimo ornamento a una gentildonna, e la fa stimar molto appresso di chi lo sa, e ben voler maravigliosamente dal marito suo. Perochè non può aver un uomo maggior contentezza che vedere la robba e i figli e quel che egli ha in casa essere amato e custodito da la moglie sua, facendo argomento da questo essere amato da lei esso ancora.

MARGARITA.- Vi vorrei piú minutamente intorno a questo governo.

RAFFAELLA.- Credo che tu sappi, Margarita, che, per sostentamento ed accrescimento di una casa, fa bisogno prima che l'entrate venghin dentro di fuora, la cura de le quali s'appartiene a l'uomo; e, oltre a questo, bisogna poi che sia in casa chi le conservi, il che si conviene a la donna: perchè, se l'uno acquistasse e l'altro spargesse e la lassasse andar male, la casa andrebbe in perdizione. E, per il contrario, quando queste due cose s'accordano insieme, ne vien poi la felicità de le case. E per questo voglio primamente che una giovine non si lassi pigliar dominio adosso da l'ozio, dal sonno, da la pigrizia e dal tedio del viver, come molte fanno, che, per fastidio non san di che e per poltronaria, si stanno fino a mezzogiorno nel letto e lassano andare a brudetto la casa e quel che v'è; e, se il marito le dice mai niente, l'avanzano di voce,

tal che egli, dopo poche volte, se ne rimane per abbandonato e sta in casa sempre come un rabbioso. Ma voglio, dico, che ella si levi ordinatamente di letto, assai a buon'ora; e che, andando una volta o due per la casa, dia l'occhio a tutte le cose; ordini per tutto 'l giorno alle serve quel che hanno da fare e vegga che tutte le cose stieno al luogo suo determinato, acciochè, occorrendo aver bisogno d'alcuna, non si abbia da perder tempo in cercarla; perchè l'ordine importa assai in ogni azione, e massime ne la cura de la casa. Nel comandar poi voglio ch'abbia tal maniera, che i servi spontaneamente e con affezione faccino l'ufficio loro, ed in un medesimo tempo stieno in timore, tal che non si senta mai in casa un minimo romoruzzo di discordia o disubidienza. E non faccia come molte, che tutto 'l giorno, quanto gli è longo, fan la comedia con le serve, borbottando e gridando tuttavia, di sorte che par sempre la casa loro la casa del diavolo: e non vale un soldo tutto quello che disputano, perchè il piú de le volte nascerà che una serva, vendendo in piazza parecchie once di fichi secchi, si sarà lassata tórre un fico d'avantaggio da' compratori, o simili altre frivolezze; e de le cose, che importano, poi non se ne accorgano e non ne han cura. Dopo che ella dunque averá la mattina, come t'ho detto, data regola a ogni cosa per tutto 'l giorno, voglio che si ponga a lavorare di sua mano qualche cosa; piú in vero perchè quelli, che vengano in casa, non la trovino oziosa, che per guadagno che sia per cavarne. Venendo poi il marito, ella ha da farsegli incontro e mostrare di rallegrarsi di vederlo, e, se non lo fa di cuore, almen finga di farlo. E se 'l menará in casa forastiero, voglio che ella lo raccolga con buonissimo viso, e, dando una volta destramente in cucina, dia ordine che vi sia da fargli onore, e non mostri di sbigottirsi con far rimenio, come ho veduto fare ad alcune, che, se elle hanno pur per sorte a desinare un fattor di villa strasordinario, si aviliscono e parlano fuor di proposito, e fanno un burbucchio, un romor di sedie e di scabelli, un ragionarsi per casa, senza sapere che farsi nè che ordin pigliarsi. Di sorte che lo faranno star due ore a disagio ad aspettar che 'l pasto sia a ordine; e poi a la fine verranno in tavola per strasordinario due frittolle d'uno uovo e mezzo l'una e sguazza, e con sí magri tratenimenti lo intertengano a

tavola, e con tante scuse, che 'l poveretto suda di smania d'andarsi con Dio e fa voto fra se stesso, se ne scampa, di non tornarvi mai piú.

MARGARITA.- Mi fate quasi vergognare, a sentirvel pur dire.

RAFFAELLA.- Da queste tai cose si ha da guardare, come dal fuoco, una gentildonna. Ed in somma ha sempre, in ogni sua azione ed occorrenza, a mostrare, almeno fingendo, di avere desiderio di compiacere il marito suo in tutto quello che ella conosca che gli sia a grado, e di tenere ogni affezione a lui, a la casa sua, a le sustanzie e facultá, ai figli ed a ogni cosa sua; e, se non lo fa con buono animo, almeno mostri di farlo, perchè di qui nasce che ella può poi piú arditamente spender ne le vesti, perochè, vedendola il marito cosí utile nel resto ed affezionata a la casa, non solo le compra queste volentieri, ma la essorta spesse volte a farlo, e cosí si dá ne la ragna da se medesimo.

MARGARITA.- Nei piaceri poi, che voi volete che ella si pigli, che via ha da tenere che sia al proposito?

RAFFAELLA.- Ogni cosa ti dirò pienamente. Tutti i piaceri, che io ti ho da dire che debba avere una giovine, hai da sapere che egli hanno origine ed aiuto principalmente da' ritruovi, da' conviti, veglie, feste, boschetti, pescagioni, parentadi e veglini e ritruovi privati. Soprattutto, or essendo questo, una giovine ha da desiderare di trovarsi in tai luoghi, per nutrimento e mantenimento di que' dilette e piaceri, di che noi per amonirti parlarem poco doppo; e tal desiderio ha da tener in sè nascosto, e di fuora palesamente ha da mostrare di dilettersi per natura di trovarsi in feste e conviti, e simili, non per altro, se non semplicemente per pigliar piacer di que' balli, feste e giuochi che vi si fanno. E per questo ha da farne professione, e massime a mostrar al marito di essere inclinata da la propria natura a tali cose, acciochè, veggendola egli andarvi volentieri, non sospichi per questo cosa nissuna di male, ma lo reputi a la lei natura e ne stia con l'animo quieto; e cosí egli gli concederà sempre l'andare, che lei vorrà, per non voler repugnare a quello a che la sia inclinata naturalmente. E, per cuoprir meglio l'animo suo, le gioverá molto il mostrar sempre la medesima purità di allegrezza, tanto in un ritruovo che in

un altro. E se ben la saprá che in qualche luogo non vi sia per aver piacer nissuno, anzi dispetto, non per questo ha da far vedere di non desiderare d'andarvi, anzi, andandovi, cuoprirá il dispetto ed il fastidio con finta allegrezza, e, se parimente in alcun luogo ella ará qualche maggior contentezza e strasordinaria, non per questo esca punto da l'usata sua allegrezza. Ed in somma, in ogni luogo ed in ogni tempo, mostri sempre la medesima disposizione d'animo, aciocchè la brigata, ed il marito principalmente, imputino il tutto a la condizion sua ed a le stelle, che cosí l'abbino inclinata. Guardisi, oltre a questo, che un maggior contento o dispetto non la faccin tornar in casa o piú brillante di letizia o piú sospesa di sdegno; anzi mostri sempre una medesima faccia, e nascosíssimamente cuopra la varietá de' pensieri suoi, ed i travagli, e mutazioni de l'animo.

MARGARITA.- Quanto mi riuscite savia! madonna Raffaella.

RAFFAELLA.- Pensa, figliuola, che gli anni fanno conoscer le cose; e felice colui, che, con il crederle ai vecchi, le conosca in gioventú!

MARGARITA.- Ben dite. Ma seguite di mostrarmi la maniera ne lo intertenersi, c'ha da aver, ne' ritruovi e ne le conversazioni, questa che voi formate oggi vera gentildonna.

RAFFAELLA.- In ogni luogo, dove gli accada di conversare o con donne o con uomini, abbia avvertenzia costei di non si lassar mai trasportar a far un minimo movimento, o dir una minima parola, che passi il termine de la modestia ed onestá. Perchè t'ho detto, e ti replico, che questo è quel che fiorisce ogni azione d'una donna: e però ingegnisi, in tutto quel che fa o dice, che penda piú presto in essere troppo continente che troppo ardita e sfacciata; e faccia profession non solo che gli dispiaccino i vizi e la viltá, cosí in lei istessa come negli altri, ma che gli dilettno ancora l'opere virtuose e gentili. Fra tutti i brutti costumi, che gli sia da fuggir, sempre voglio che principalissimamente s'ingegni di non esser bugiarda nè novellaia; anzi mostri sempre di parlar puramente de le cose come le sono, salvo quel che potesse nuocere a l'onestá sua, perchè in questo è ragionevol di fuggire e simulare una cosa

per un'altra, piú che può. Abbia ancora avvertenza di non dir mai cosa nissuna, che possa generar sospetto alcuno in qualsivoglia; il che gli interverrà, se piglierá per vezzo di non parlar mai troppo, e pensar prima la cosa inanzi che gli esca di bocca, ed avvertir a le cose, che gli son domandate, inanzi ch'ella risponda, perchè oggi la nostra città è piena di malissime lingue, ed a ogni piccola cosa e semplicemente detta si fa un comento grandissimo, ed è diffidi cosa a ripararsene; ma il parlar poco e con accortezza è il meglio che si possa fare. È molto da fuggir ancora il venir in fama di mala lingua, il qual vezzo è oggi quasi in tutte le donne, ed è pestilentissimo e vile. Però una donna ha da cercar sempre i fatti degli altri, ma dir ben di chi lo merita e non dir mal nissuno.

MARGARITA.- Or non ha da far differenza o nel parlare, o in tutto quel che gli accade, fra un virtuoso e gentile ed un altro scostumato e vizioso?

RAFFAELLA.- Assaissimo. Perchè, sí come io t'ho detto che una gentildonna ha da prezzar piú ne l'animo suo le persone virtuose e gentili che li scellerati e sgarbati, cosí ancora ha da far qualche differenza di benignità ne l'accogliere le riverenzie e gli onori, e i ragionamenti di quelli e di questi; perochè di qui ne nascerà che tutti quegli ne la città, che arran bello spirito, quasi a gara s'ingegneranno di esaltarla ed onorarla, essendo che naturalmente ciascun ama e reverisce quegli da' quali vede esser conosciute le sue virtù. Ed ha questo una donna da stimar assai, perchè importan piú quattro o sei, che avanzin di buona fama gli altri de la città, importan piú, dico, ad esaltar e metter innanzi una giovine che non farà tutto 'l resto: perochè loro son quegli, che, se una giovine ha in sè qualche bella virtù, la sanno conoscere e far conoscere ad altri, dove che gli altri non ve la conosceranno o non ve la vorrebber conoscere, acciocchè ella fosse, come loro, in dozzina, per poterla condurre in qualche atto vile, secondo l'appetito loro. Ed avvertisci ch'io non voglio che ella faccia questa differenza, che io ti dico, molto grande ed apparente, ancor che ella conosca che i meriti di qualcuno lo ricerchino, perchè sarebbe pericolo che i giovini di dozzina non si sdegnassero, e per questo sparlassero e la mettessero in chiacchiare e novelle; che non è al mondo la peggior cosa: ma con destrezza e prudenzia mostri alquanto piú benignità a quei

che piú meritano, ed alquanto manco a chi manco si conviene. E, se la disaguaglianza de l'umanitá sua non sará secondo i meriti, per questo i virtuosi e gentili non si sdegnaranno, come quei che hanno giudizio e conoscono che a lei è forza di far cosí; ma da l'altra parte si sdegnerebbero ben quegli altri, come persone vestite di poco conoscimento e nutriti ne la viltá.

MARGARITA.- A me non bastarebbe mai l'animo di fare atto amorevole verso di alcuni, che non solo fosser persone di dozzina, ma sien tenuti pubblicamente di pessima fama, come egli è quel vostro buon parente, che voi ben sapete che non è donna in Siena che lo possa sentir ricordare.

RAFFAELLA.- Gli è molto peggio che tu non dici. Io ti so dire ch'egli ha tutte le virtú cardinalesche, ed io, meglio che alcuno, te ne potrei informare; ma non merita 'l conto. Bastiti che egli non ha parte nissuna che gli stia bene, se non l'esser odiato da chi lo conosce o per vista o per fama. A un simile ti confesso che una gentildonna non ha da usare mai benignitá alcuna, nè favorir in qualsivoglia cosa giamai. Ma io non voglio, per questo, che ella gli usi scortesia, non perchè non la meritasse, ma per rispetto di lei stessa, sí per esser bruttissima macchia in una donna gentile l'usare scortesia, sí ancora acciochè egli, per esser malissima lingua, non trovasse qualche cantafavola e qualche storia maligna, in terza persona, che le nuocesse; benchè in vero a costui, che tu dici, non sarebbe uomo che li credesse il paternostro. Ma, per star piú sul sicuro, è da lassarlo andare, senza inostrarsegli mai benigna nè scortese, e non ne far conto in nissun modo.

MARGARITA.- Oh, quanto l'ho a noia! se voi il sapessi!

RAFFAELLA.- Basta. Tienlo cuoperto ne l'animo, e di fuor mostra non farne conto nè in bene nè in male, per rispetto di te, e non di lui. Voglio ancora che questa giovine, che io ti dico, se per sorte si trovará aver mostrato benignitá e cortesia ad alcuno, pensandosi esser tale che lo meritasse, e dipoi conoscerá esser il contrario (perochè gli uomini non si conoscono cosí il primo dí), voglio, dico, ch'a questo non manchi cosí subito de la sua umanitá; ma a poco a poco, senza che se n'accorga, venga spegnendola ogni di piú, acciochè, essendo egli avezzo ne la cortesia, non si sdegni di quella mutazione, e per questo cerchi di vendicarsene. Per la qual cosa, o non si ha da mostrar atto

benigno a uno, o, avendo cominciato, bisogna seguire, ovvero molto destramente tornarsene indietro: essendo che chi è avezzo nel bene si sdegna di perderlo; dove che, se non avesse provato il buono, non arrebbe cagion alcuna di sdegnarsi di quel che non si potrebbe chiamar «perdita». E però ha da aver lei l'avvertenza che io dico, se già ella non avesse ricevuta tale ingiuria da alcun di questi, che gli fosse forza mostrarsene scopertamente scrucciata e sdegnosa. Ma, inanzi che 'l creda tale ingiuria, vegga molto ben prima di sapere la verità; perochè oggi il mondo è tanto pieno di perfide lingue, che truovan e cantano spesse volte cose che paian verissime piú che 'l Vangelo, e dipoi si conoscano vane e di nissun momento. E questo procede da la invidia grande e poche faccende, che son nei gioveni del nostro tempo, chè l'ozio gli costringe andar cercando i fatti d'altri, e sopra ogni minima apparenza compongali casi e novelle, e le ammagliano con tante frasche, che son tenute da chi l'ode come articoi di fede, e il piú delle volte non è vero cosa nissuna. E per questo pensi bene una donna, inanzi che la si tolga a nimicar alcuno; e non faccia come madonna Artusa, che, commossa da non so che sogno che fece, si messe ne la testa, senza altro saperne, che un giovin, la miglior pasta del mondo, avesse fatto non so che uffizio cattivo contra di lei, e subito sconsideratamente si accese di odio contra lui, e stemperocci si sí, che gli faceva scortesia ed atti sgarbatissimi e fuor di proposito, da non gli comportar mai, quando ben gli avesse meritati. E tanto piú quant'ei non aveva colpa nissuna, chè tanto sapeva il perchè questo fosse quanto tu lo sai tu. Nondimeno costei ebbe buona sorte, chè questo giovine era di sí buona condizione che non se ne commosse giamai, nè se n'alterò; anzi non mancò mai de la sua solita gentilezza, e l'onorava e reveriva nel medesimo modo che prima. Ma non è per questo ch'ella non si mettesse a pericolo che egli, sentendosi senza colpa, non si sdegnasse di sorte, che le gricce tornassero in danno dí chi le faceva. E vuotti dir piú oltre che, quando ben costei fosse stata in qualche parte ingiuriata da lui, non doveva per questo far simili atti vili, e, se non volea usarli benignità, non avea da farli scortesia; perchè insomma la cortesia ride e sta bene fra l'altre virtù e belle parti di una donna, come stanno i rubini e perle fra l'oro; oltre ancora che nel far scortesia si mostra non stimar altrui

troppo, chè non è la maggior vendetta che non far conto di uno nè in ben nè in male, come se in questo mondo non fosse.

MARGARITA.- Che bisogna, monna Raffaella, aver tanto riguardo ed avvertenza che alcuno non si sdegni? Che potrà egli mai fare che nuoca a una donna, che non faccia errore e viva onestamente? Io ho sempre inteso a dire: «Urina chiaro e fa' le fiche al medico».

RAFFAELLA.- Uh! non dir, figliola mia! Grandissimo danno le potrà fare. Perchè hai da sapere che l'onore o il biasimo non consiste principalmente nel fare ella una cosa o non la fare, ma nel credersi che la faccia o non credersi; perchè l'onore non è riposto in altro, se non ne la stimazione appresso agli uomini. Perochè, se 'l sera alcun segretissimamente o ladro o omicida o simili, e sera tenuto lealissimo e giusto, tanto è a punto, quanto a l'onore, come se non avesse quei vizi; e così per il contrario, essendo uomo dabbene e tenuto scelerato, le virtù sue gli sono poco men che vane e superflue. E questo parimente si ha da dir d'una donna, l'onore de la quale non consiste, come t'ho detto, nel fare o non fare (che questo importa poco), ma nel credersi o non credersi. Or, essendo questo, ha lei da fare un gran conto che alcun, sdegnandosi, non truovi qualche finzione per vituperarla: perchè, se ben molti, che conoscan le virtù di lei e la poltronaria di lui, passeranno la cosa e non la crederanno, nondimeno saranno molti altri, che, senza guardare a le cose così minutamente, gli daran pienissima fede: e così la poveretta a torto sarà infamata. E per questo una donna ha da sapere usare ogni arte, non di non far la cosa, ma di non dar cagione che si abbia da trovare istorie sopra de' casi suoi. Ed a questo le gioverá da una parte il far scortesia a nissuno, e da l'altra il non far le cortesie troppo particolari; ma passarsela sempre per il generale, e rimeritare piú le virtù altrui col conoscerle in se stessa ed apprezzarle che con le accoglienze troppo manifeste. Perchè ne potrebbe seguir due cose dannose: l'una, che le male lingue, che se ne accorgessero, avrebbero dove cominciare a ordir le loro tele; e quelli stessi, che le ricevessero, entrerebbero in speranze, le quali non gli riuscendo, poi si penserebbero ancor essi aver cagione di dolersi e lamentarsi. E se pur, tirati da qualche speranza, procedessero troppo oltre o con parole o con atti, abbi lei avvertenza da mozzar loro le maestre dal principio, e non fare una minima cosa dove possino appiccarsi. E intorno a questo ha

sempre una gentildonna da stare accorta e destra in tutti i luoghi dove si ritruova, come sono feste, giuochi, veglie, balli, chiaranzane, ragionamenti particolari, che tanto si usano oggi ed al mio tempo si biasimavano. In tutte queste occorrenze pensi sempre di aver intorno insidiatori, chi tratti da qualche speranza, chi per uccellare a qualche segno dove possa appiccarsi per dirne male: e' le bisogna aver cento occhi e cento orecchie e una lingua sola, e quella molto savia ed accorta. Perochè, come le esce fuora una parola di bocca, non è piú possibile di farla ritornar dentro; e per questo le bisogna pensare le cose prima. Ma ormai, Margarita, il corso del mio ragionamento ne ha condotto a quella parte che importa piú che tutto il resto, e che io riserbava di dirti per l'ultima. Però sarà buono che te ne ragioni, chè non è da lassarla passar per niente, perchè tutto 'l resto che abbiamo detto sarebbe zero.

MARGARITA.- Che cosa può esser questa? Chè mi par che si sia parlato del tutto. E beata colei, che potesse esser tale, qual voi la avete oggi formata! Ed io, per una, mi vo' sforzare di accostarmici piú che posso.

RAFFAELLA.- Quel che ci resta da dire è la maniera ch'ella ha da tenere inverso gli innamorati suoi, e le avvertenzie ch'ella ha da avere in saper eleggersene uno fra tutti, il quale sia dotato di quelle parti che si richieggono a un gentile e veramente innamorato. Il quale ella, doppo che l'ha eletto, ha da amare con tutto il cuore e con tutto l'animo, e favorire ed accarezzare nel modo che intenderai appartenersele.

MARGARITA.- Oh! volete che una gentildonna, madonna Raffaella, abbia il capo agli amori?

RAFFAELLA.- Tu parli da semplicella. E che vaglion le bellezze e le virtù e i bei costumi in una donna (e tanto piú quanto è piú nobile ed eccellente) senza l'amore, il qual fiorisce e fa perfetta ogni altra bella parte, e tutti gli altri piaceri e dilette, se egli non vi si ritruova, son cose sciapite e vane? Perchè le feste, i balli, i giuochi, i ritruovi, le veglie, le virtù, le bellezze, senza amore, son proprio come una bella casa, la vernata, senza il fuoco, over come la messa senza il paternostro. Ogni minimo sollazzo, piglia forza dove egli è: le ville, per la presenza sua, paion paradisi; i boschetti, le cacce, le pescagioni, le cavalcate, senza lui, sono freddissime, e con esso son dolcissime e dilettevoli. Ed a che si

può dir che sia buona una gioventú, che passi senza provare amore? Quant'è d'aver compassion a quelli che, passati i quarant'anni, si accorgano di questo, e prima sciocamente non se n'accorsero! Miseri veramente si posson dire e sfortunati e superflui nel mondo; e beatissimi, per lo contrario, quegli uomini e quelle donne che, inanzi a vinti anni, hanno imparato, a le spese degli altri, a conoscere la forza e la possanza che ha Amore in quegli anni che sono davanti a trentacinque, e in quel mezzo principalmente, questi si posson metter nel calendario de' beati. Ma gran giudizio e gran discorso e molt'arte e governo bisogna avere, a governarsi e reggersi intorno a questa parte, e massimamente a una donna, per esser a lei piú de importanza il pericolo che le ne segue.

MARGARITA.- Poichè voi dite che gli è cosí, io non posso se non credervelo; perchè ho assai maggior fede in voi che in me stessa. E però ditemi un poco il governo, che ha da tener questa gentildonna, in guardar questo amore, e l'avertenzie, che ella ha da aver in eleggersi uno che sia come esser debba.

RAFFAELLA.- Inanzi che io ti dica le parti che ha d'avere un giovine per meritare di essere eletto da una gentildonna per suo vero innamorato, voglio che noi ragioniamo un poco quai giovini hanno da essere fuggiti, come le serpi, da le donne. Perochè, conoscendo prima questi, assai piú chiaramente si potrà poi mostrare le buone parti che ha da avere uno innamorato. E, fatto questo, si potrà seguire di parlare de la maniera, che la gentildonna ha da usar verso quei che la debbia fuggire, e verso colui che ella ha da seguire.

MARGARITA.- Mi piace. Or dite adunque.

RAFFAELLA.- Per la pratica che io ho de le cose, truovo che i gioveni, che non arrivano a vinti anni, ed anco a' vintidue, che sanno pur anco di latte, sono pericolosissimi a una donna e da fuggire come il diavolo, perochè, per la pochissima esperienza, non sanno guidare un amore tre giorni. Hanno i discorsi frivoli e snervati, affogarebbero in uno bicchieri d'acqua, superbi ed arroganti de la giovinezza loro, súbiti e scandalosi, vantatori e parabolani la maggior parte, s'egli hanno un minimo favore, o se ne vantano subito studiosamente, overo, per essere poco pratici, se lo lassano cavar di bocca da mille insidiatori, che gli hanno intorno sempre. Ne le allegrezze e contenti son cosí stemperati,

che brillano continuamente, e s'avedrebbero le mura che non possono capire in sè; negli sdegni medesimamente si accendano di sorte, che è forza ch'ognuno se ne accorga; ed a la fine sbottano col dire il peggio che possono di quella povera gentildonna che se gli sarà data in preda, gli par meritare di essere i pregati loro, ed in somma non hanno costume che buon sia. E, se per sorte sarà alcuno di loro, benchè rarissimo, che voglia essere segreto in ogni modo, non saprà essere poi; perchè, non se ne accorgendo, farà palese in due giornate tutto quello che gli sia accaduto, e farà pigliar sospetto di molto piú. Io ti confesso bene che, se fosse possibile sforzar la natura che facesse un giovine in quella età savio e pratico, sarebbe benissimo di amarlo, ma non è da mettersi a questo pericolo, chè di mille non se ne trova uno che non sia scempio, superbo, levantino, fumoso, vantatore, fastoso, scandaloso e malcreato. Però questi tali fuggili una gentildonna piú che può, se non vuol divenire in quattro o cinque dì la favola di Siena.

MARGARITA.- Conosco che dite il vero, monna Raffaella, perchè la moglie di messer Donato è stata sotterrata per sempre dal suo cugino.

RAFFAELLA.- I vecchi, Margarita, non son niente manco da lassar andare, perchè, se bene egli hanno maggior discorso e piú maturo consiglio e piú pratica del mondo, nondimeno egli hanno ancor tante partacce pessime e gaglioffe, che ricompensan di lungo quel poco di buono, ch'egli hanno, di essere pratici. E, fra le brutte parti che sono in essi, una ne hanno sceleratissima; e questo è che tu non ne troverai uno che non sia malissima lingua e invidioso. E di ciò n'è la ragione, perchè, vedendo di non aver piú grazia loro, crepano, se sanno o pensano che alcuno gode ne l'amore, ed aiutansi col chiacchiarare ne le buttighe a' fuogoni, a levar i pezzi de le povere donne. E, se per sorte alcun di loro arrá ventura alcuna con qualche donna, subito se ne vanta, per mostrar di non aver persa la grazia de le donne, come la brigata si pensa. Che bisogna che io mi distenda in parlare di loro? Che, posto caso, il che è impossibile, che fosser segreti, savi, accorti, buone lingue ed avesser tutte le virtù de l'animo che si possono avere, che vuol far per questo una giovine bella de l'amore d'un vecchio canuto, bavoso, lercio, moccicone, fastidioso, novellaio, col fiato

puzzolente, e mille altri mancamenti da dar vomito ai cani e da far fare penitenza senza peccato?

MARGARITA.- Di grazia, non me li ricordate piú. Io vi so dir che chi arrá voglia d'un tale stomacoso amore, arrá il giudizio ne le calcagna.

RAFFAELLA.- Pessima generazione è ancor quella di questi chiacchiaroni e parabolani e vantatori, di questi straccamurelli effeminati, che non sanno far altro che profumarsi, lisciarsi, strigarsi una barba, legarsi una calza e vantarsi di quello che a bocca gli viene, e metterebbero in novelle il paradiso. E, se per disgrazia hanno la grazia di qualche sfortunata donna, van braccando con ogni ingegno che ella gli faccia qualche favore in tempo che sia qualcuno che se ne accorga. E, se qualcuno gli n'è fatto segretamente, essi poi, trovandosi con gli altri, cercano con mille astuzie che si sappi, da un canto fingendo di non voler dire, e da l'altro facendo in modo che si abbi da sospicare; e insomma bisogna, o in un modo o in un altro, che un loro segreto venga palese in pochi dí, o col vantarsene, o con la sfacciaggine ne le veglie e nei ritruovi, chè quanto piú v'è gente, piú si ficcan sotto a la donna, e cercano favori scoperti, e, non glieli facendo, si sdegnano scopertamente, e fanno l'adirato, che ognuno se ne avede. E, s'egli arán qualche cosa che gli piaccia, subito brillano, e fanno mille pazzie da far accorgere le mura di tutti i loro fatti, e non le lassano uscir di casa un passo, che non le vadino dietro. E di qui nasce che, se bene una donna gli ha dato la grazia sua, presto è sforzata di torgliela, overo di rimaner la favola del volgo. E cosí non hanno questi tali mai amor che gli duri due mesi; e la maggior parte poi, se bene sono sfoggiati a la scoperta ed a la presenza d'altri, a la secreta poi son manigoldissimi.

MARGARITA.- Mi fate ricordar, madonna Raffaella, di uno di codesti fastidiosi, senese, che, gittando i limoni a la dama in presenza del marchese del Vasto, fece mille civette, perchè ella avessi da fargli favore in presenza del marchese, acciochè i segni si ricontrassero con quello che gli doveva aver detto.

RAFFAELLA.- In Camullia fu cotesto. L'ho ben saputo. Poco manco ancora è da rifiutare quella razza di gioveni, che si reputano e si tengan tanto, o per le virtù o per le bellezze, che gli par che siano in loro, che si pensano che le donne s'abbino a gittar per le fenestre per amor loro. E bisogna sempre che le poverette gli

vadino a' versi, e d'ogni minima cosa si sdegnano, e vogliono che non mirino e non parlino pur al marito, non che a' fratelli, a' cognati o altri. E in somma gli par ragionevole d'aver a esser la dama loro, e da essi abbia a venir il favorire ed il comandare; come se le donne fossero obligate per viva forza ad andargli dietro. Con questi tali guardisi una donna di non s'intricare in amore, chè se ne pentirá presto, e non arrá mai un'ora di tempo che buon sia.

MARGARITA.- Si vuol domandarne, per quanto intendo, la nipote di quel cavaliere... Voi m'intendete.

RAFFAELLA.- T'intendo benissimo. Or io non voglio ancora che una gentildonna doni il suo amore a persona che abbi moglie. Perochè tu hai da sapere che amore vuol tutto l'uomo, e bisogna che chi vuol essere vero innamorato, spogli l'animo d'ogni altra cura e pensiero, mai non pensi in altro, il dí e la notte, che ne la cosa amata: e questo non lo può fare uno ammogliato, che a viva forza è necessitato, se non vuol esser deriso da ognuno, ad avere ne l'animo principalmente, e inanzi a tutte le altre cose, la cura de la casa sua, l'amore de la moglie, de' figli e della robba; e rari sono che, o bella o brutta che abbin la moglie, non gli portino amore, perchè la continua conversazione gli sforza a ciò. E se pur, lassando tutte queste cose dietro a le spalle, porrá tutto il pensiero a la cosa amata, gli ne torna vituperio grandissimo; di che non può far che non pigli fastidio, e cosí viene a star sempre come un arrabbiato. E, se alcuno vorrá dire che egli può segretamente attendere ad amore e palesamente mostrar d'aver l'animo a la casa, rispondo che non lo può fare; e te lo pruovo. Uno innamorato, come t'ho detto, bisogna che i contenti suoi, che egli ha nell'amore, e gli sdegni, secondo che gli accadono, stieno sempre secretissimi, e gli cuopra piú che può, mostrando sempre a la palese un medesimo viso. Ma, perchè, secondo i casi, che gli accascano ne l'amore, bisogna, per poter meglio in palese fingere, sfogar qualche volta da se stesso il dolore e l'allegrezza, e per questo non ha luogo nissuno piú al proposito che la camera sua e il suo letto; perchè, arrivando in casa e rinchiudendosi in camera, può fra se stesso sfogarsi, e pensare e imaginare i ripari che faranno di bisogno, secondo i successi; e talvolta piagnere, lamentarsi, rider fra se stesso, e smaniare, secondo che n'arrá cagione, acciochè doppo questo sfogo possa poi fra le brigate

meglio ricuoprire i suoi pensieri: or tutto questo non può fare uno ammogliato, anzi gli bisogna piú simulare in casa e nel letto suo che in altro luogo, per ingannar la moglie. Ed in ogni modo, dopo mille avvertenze, non potrà alfin fugire di non metterla in sospetto; del che ne nasce che ella, come un diavolo scatenato, comincia a tumultuare, ed empire la casa di guerra e di tormenti, ed a spiar chi possa esser la donna amata; e, saputo che l'ha, vituperarla e infamarla in ogni luogo che si trova. E cosí ne segue la ruina di quella donna, la disperazion di lui, e mille altri disordini, che tu gli puoi pensar per te medesima.

MARGARITA.- Dunque volete, madonna Raffaella, che si abbi da elleggere uno che non abbi ancora moglie, ma sia ancora per toglierla?

RAFFAELLA.- Sarà manco male, ma non bene in tutto; perchè, quando poi ei la torrá, si potrà dire che tal amore sia finito. Ed io intendo che un amor, doppo ch'egli è incominciato, non abbi da mancar se non per morte.

MARGARITA.- Oh! come ha ella dunque da fare? Perchè tutti gli uomini o si truovan moglie o l'hanno a pigliare.

RAFFAELLA.- Alcuni ne sono che non l'hanno, e non l'hanno a tórre, come intenderai. Pericolosissimo è ancora l'amore dei fuorestieri generalmente, e massime di quella sorte che ci è venuta da pochi anni in qua; e te ne potrei dare infinitissime ragioni. Ma non ti voglio infastidire. Bastiti che ti puoi specchiare in madonna Giacchetta, madonna Lonarda, la Baratina, la tua pigionale e qualcun'altra ancora (pur donne in vero tutte da pochi soldi), e guarda il frutto che n'han cavato di tali amori. Pestilente è l'amor de' grandi e de' potenti in una città, e di questo ti potrei dar infiniti essempli; ma so che li sai benissimo. E, per non contar minutamente tutte le generazioni de' gioveni che sono da rifiutar ne l'amore, fugga insomma una donna, oltre a questi che io t'ho detto, quelli ancora c'hanno nome di esser presuntuosi a la scuoperta, rinrescevoli, fastidiosi, bugiardi, appoiosi, brutti, vili di sangue, male lingue, giuocatori, biscazzieri, bestemmiatori, troppo stringati in sul bellacio, leggieri, capavóli, sfacciati, puttanieri, perdigiorni, e simili generazioni di poco conto.

MARGARITA.- Poich'io ho inteso da qual sorte d'uomini si ha da star discosto, vorrei che voi mi dicesti le parti, che si ricercano in colui a cui è debito e conviensi lo amore di una gentildonna.

RAFFAELLA.- Egli ha da essere, la prima cosa, tutto il contrario di quelli che noi aviamo ora vituperati. E, per replicartel meglio in poche parole, dico che io voglio che chi ha da esser degno de l'amor d'una gentildonna sia giovine di età di vinti a trentacinque, ed in quel mezzo massime, cioè fra vintisette e vintiotto, nel qual tempo il discorso è maturo, e si ha già la pratica de le cose de l'amore, e guidasi e governasi bene ogni cosa che possa intorno a questo accascare. Voglio che sia nobil di sangue, la qual cosa porta grandissima sodisfazione, e sia bello ed agraziato, non solo ne l'aspetto, ma ne la persona ancora e nei movimenti; perchè se ben la bellezza non è la principal cosa che si ricerchi in amore, nondimeno ell'è di grandissima importanza, e gran contento porta, quando ci sono l'altre parti. Debbe esser costui costumato e modesto e ben creato in ogni sua parola ed azione, e questo senza affettazione alcuna; rispettoso generalmente, defensor de l'onor de le donne, e de la sua principalmente; riposato e quieto in ogni suo movimento; faccia sempre profession d'aver in venerazion tutte le donne. e più e manco secondo i meriti loro. Voglio che sia segretissimo, che a pena si confidi di se medesimo ne le cose che importano, ed abbia avvertenza di tenere non solamente segreto quel che importa, ma ogni minimo favoruzzo, acciochè non vi sia poi sopra fatti i comenti. Guardisi sempre questo tale di non venir con alcuno in ragionamenti di quella donna ch'egli ama; ma, quando pur gli sia forza per qualche caso parlarne (il che se non facesse, darebbe maggior sospetto), parline con quella accortezza che egli più può, e manco che può. Ma, se gli è possibile, fugga con destrezza tai parlamenti, perchè è pericolosa cosa che, nel ragionare, colui (chè sta male) non gli venga arrossito o impallidito il volto, secondo quello che egli ode o parla; e pensisi sempre che le brigate, che l'odano, cerchino con ogni istanzia di cavargli di bocca qualche cosa, e però pensi ben le parole, inanzi che gli eschino di bocca. Voglio che egli abbi ancor tanto giudizio, che sappi corteggiare la sua donna qualche volta, ma non molto spesso, e trovarsi alcuna volta dove lei, con tal arte, che paia che per qualche altro effetto lo faccia, e quasi gli sia forza; e non gli vada continuamente dietro. Ha da guardar ancor di esser tenuto persona gentile, cortese e liberale con ogniun generalmente, e massime con le donne, e di vestir bene e con garbo, e di maniera

che le fogge sue non diano segno di instabilità e di poco cervello, ma di fermezza di animo e di persona riposata. Le mascare e le livree ed imprese ed altre cose simili, non giudico che le faccia ogni giorno, tal che non si veda mai se non lui; e voglio ancor che non le fugga in tutto, ma con tal continenzia e saviezza le faccia, che non si conosca da nissuno a che fine egli principalmente le faccia: a che gli gioverá assai il saper mostrare di aver l'animo in un luogo e tenerlo segretissimamente in un altro. E non sol vorrei che non avesse moglie, ma non si dubbitasse ancora ch'egli avesse da tòrta, come sarebbe se fosse prete, ma non con chierica, tal che l'abito non fosse altro se non una scusa di non aver a tòr moglie, per goder poi piú con tutto lo animo l'amor de la donna sua. Ed insomma ingegnisi questo tale di farsi conoscer per persona gentile, stabile, virtuoso, litterato, a la palese defensor de le donne, magnanimo, accorto nel sapper pigliar le occasioni quando venghino; sappi fingere e ricoprire i suoi pensieri; e sia fedele a la donna sua, e costante ed infiammato in amarla, perchè l'amor, cominciato che egli è, vuol durar fin a la morte; e sopra tutto sia savio in sappersi governar secondo le cose che accaseano tutto 'l giorno, perchè non si può dargli regola piú particolare, ma bisogna rimettersi al suo giudizio. Or tale, qual t'ho detto, ha da essere un giovine, se vuol meritar la grazia d'una gentildonna. E tal ella se l'ha da elleggere.

MARGARITA.- Me l'avete depinto, monna Raffaella, cosí eccellente, ch'io non credo se ne trovi nissuno al mondo.

RAFFAELLA.- Pochi ne conosco in vero, e tanto piú ha da tenersi beata colei che è amata da un simile. Ed avertisci, Margarita, che, se una giovine non può trovare in alcun tutte queste parti, faccia la sua diligenza, e di poi appicchisi a chi n'ha la maggior parte e la piú importante.

MARGARITA.- Questo vi confesso ben che gli è possibile.

RAFFAELLA.- Or noi aviam ancor da discorrere, elletto che una gentildonna si arra un amante tale qual io t'ho formato, la maniera che ella ha da tenere nello intertenersi con lui, e nel governarsi ancora con gli altri, che tuttavia, come uccellacci, le vengano datorno; perchè non può essere cosí savia e sagace una donna, che sappia troncar altrui le maestre, in modo che alcuni, se non tratti da speranza, almeno per far dispetto, overo per non sapper

che altro si fare, non si pigliano per esercizio di andargli civettando dintorno.

MARGARITA.- Or ditemi dunque: come ha da far costei a difendersene, in modo che non le recchin carico, e mantenersi in un tempo lo amore di colui che già ella per amante si ha elletto?

RAFFAELLA.- In prima guardi di non far questa ellezzione troppo súbita, perochè potrebbe facilmente rimanerne ingannata, perochè i giovani del dí d'oggi sanno fingere e piagnere a lor posta, e dimostrar d'essere tutto mèle, e poi riescono fiele e veleno. E' non si conoscano cosí il primo dí; e però bisogna avvertir bene un mese, due mesi, otto mesi, un anno, e considerare profondamente ogni minima cosa, e di poi, riuscendo bene il tutto, debba risolversi a riceverlo per suo unico amante, e dargli la grazia sua. E, fatta la ellezzione, ha da deliberare due cose principalmente ne l'animo suo per mantenimento di questo amore. Prima: d'amare l'amante suo unicamente con tutto l'animo e con tutto il cuore, sopra tutte le altre cose care che ella ha al mondo; pensar continuamente in lui; tutto il resto del mondo stimare un zero rispetto a lui, acciochè egli abbia ad amare lei medesimamente: perchè insomma, a voler essere amato, bisogna amare. E quest'è una. L'altra è metter tutto l'ingegno, ed ogni arte a tenerlo segreto, perchè la segretezza è il nerbo d'amore; e, acciochè questo gli venga fatto, bisogna che ella sia dotta in saper fingere una cosa per un'altra, e mai non parli de l'amante suo nè in bene nè in male, se gli è possibile, e, se pur per caso è sforzata parlarne qualche parola (chè, noi facendo, fosse per dar maggior sospetto), ricordilo e parline con destrezza, perchè ella ha da pensar sempre che chi gli ne ragioni lo facci per scaltarla e veder ove la si trovi. E per questo fugga, quanto può, tai ragionamenti, acciochè, non accorgendosi, o con rossore o con pallidezza o altro segno, non facesse argomento del suo pensiero. E nei ritrovi e veglie guardi di ragionare molto con esso, e da l'altra banda non usi però tanto riguardo che fosse troppo, perchè le persone oggi son scaltrite, e considerano a tutte le vie e tutti i modi, che si trovano, per far una cosa: però costei sforzisi di intertenere in palese l'amante suo vero con trattenimenti usati da essa con tutti gli altri che mostrin d'amarla. Perchè hai da sapere che bisogna guardarsi da principio che una cosa non cominci a suspicarsi, perochè, subito che egli è nato un minimo sospettuzzo

o nel marito o in altri, gli occhi poi se gli radoppiano adosso, ed è forza che in breve, o in tutto o in parte, le cose si scoprino. Però vada assegnata, nè si mostri mai, o col marito o con altri, se non d'una medesima fantasia, nè muti mai faccia, nè per contento o passion ch'ella abbi, perchè a questi cotai segni molto si avvertisce oggidí, essendo che soglion dir il vero il piú de le volte, ed è difficil cosa a temperarsene.

MARGARITA.- Se voi volete, madonna Raffaella, che costei sia tanto rispettosa in parlar de l'amante suo, che piacere arra di questo amore, non potendo mai dirle una parola? Volete forse che si scrivin segretamente? il che mi par cosa molta pericolosa, per non la poter far senza aversi a fidare di pollastriere.

RAFFAELLA.- Pericolosissima e da fuggir quanto si può, chè, per una cosa che sia ben guidata per man di mezzani, ne ruinano le centinaia; ma, quando altri fosse pur sforzato, non avendo altra via d'appiccarsi, a questa molto piú sono al proposito i servitori che le serve. Prima, per esser le fantesche piú semplici e novellaie, da scoprir per loro stesse le cose, ovvero da lasciarsele senza accorgersene cavar di bocca; di poi, non se le può andar tanto a' versi, che per ogni minima cosa non si sdegnano con le padrone, e per vendetta le vituperino, e non dubbitano che gli sia fatto dispiacere, conoscendo che è viltá far dispiacere a una donna. In un servitore è tutto il contrario. Discorre la cosa meglio, e si vergognarebbe di far le vendette sí vigliacche, ed oltre a questo sta in timore, perchè conosce molto bene che, se non si porta lealmente, incorre in pericolo de la vita; e mill'altre ragioni ci è, che sarebbe longo a raccontarle. Nondimeno, nè de l'uno nè de l'altro si fidi chi può far di manco, e serbi questo per l'ultimo rimedio.

MARGARITA.- E come arrà dunque una donna a poter conferire l'amore con l'amante suo?

RAFFAELLA.- E questo ti dirò ancor, inanzi che io mi parta. Or io non voglio ancora che costei, di chi noi parliamo, sia frettolosa e súbita, ma paziente e riposata, ed aspetti che le occasioni venghino, se non oggi, domane, tanto che venghino, e, venendo, sappile tórre, e non le lassi passar per niente; chè non tornano poi indietro per richiamarle.

MARGARITA.- Lo scrivere dunque non vi piace?

RAFFAELLA.- Quando altri fosse certo de la fideltá ed accortezza d'un servitore, si potrebbe far sicuramente, ed è di gran contento. Ed in quanto a l'amante, ella potrebbe star sicura, perochè io lo presuppongo fedelissimo ed aveduto, e ne la camera sua e ne le casse sue non è pericolo che sia nissuno che possa andarli rovesciando lettere o favori e ricercando, s'egli non lo consente: se già costui non fosse ammogliato; perchè allora ci sarebbe con lui cattivo taglio in questo e in tutte le altre cose.

MARGARITA.- M'avete detto poco fa, monna Raffaella, che il marito e la casa sua ha da esser la prima cosa che una donna ami in questo mondo, ed or par che vogliate il contrario: cioè che l'amor de l'amante passi ogni cosa.

RAFFAELLA.- T'ho detto ch'ella si ha da portar in modo ch'egli sei pensi e sei dia ad intendere che sia cosí, ma nel cuor poi l'animo sia allogato dov'egli sta molto meglio; e cosí ti replico ora che con li mariti basta a finger d'amarli, e questo gli basta a loro. Faccia, oltre a ciò, una gentildonna professione di gentil e cortese con tutti quelli che conversano in luogo dov'ella sia, salvando però sempre in palese la modestia e l'onestá sua. Perchè, oltre che questa cortesia, come t'ho detto, rifiorisce tutte l'altre virtú d'una donna, ella è ancor cagion ch'ella può securamente far qualche volta qualche atto cortese a l'amante suo: o in parlar seco, o in qualche altra cosa, come accade. Il che, s'egli è fatto con accortezza, si reputa piú a la natura e condizione di lei, che sia inclinata a la cortesia, che ad altra cosa che importi. E sappi, Margarita, che questo tratenersí che fanno oggi le giovini con ogniuno che gli venga occasione, gli dá grande aiuto ad assicurarsi a parlare qualche volta a l'inamorato loro. Ed ogni poco tempo che si parli con esso, o in veglia o in un ritruovo ed in una strada, qualche volta importa assaissimo, e puossi dire del buono in poche parole agevolissimamente, se già una non avesse a fare con qualche parabolano e pascibietole, che logorasse quel poco tempo, che importa tanto, in dire: — Signora, signora; non signora, sí signora; la Signoria Vostra va a veder messa? — e simili altre castronerie da dar vomito a chi le sente. Ben è vero che le bisogna guardar, a costei, che questa cortesia, che io voglio ch'ella usi con tutti quei che gli occorreno, non sia tanta, che altri ne pigli tanta speranza, perchè ne seguirebbe un gran disordine: chè quei, che hanno cominciato a sperare, le piglierebbero ardire

adosso, ed anderebbero tant'oltre con le parole, che ella sarebbe sforzata a mancar di quella cortesia, per non vituperarsi; e per questo, non riuscendo a costoro il disegno, si sdegnerebbero e cercerebbero di vendicarsi col fare il peggio che potessero contra lei. E però vadino le donne col piè di piombo, e, inanzi che facciano un atto benigno ad alcuno, avvertischino a chi lo fanno; perochè si trovano certi preti ingordi, che, come gli è mostrato un dito, si pigliano tutto 'l braccio, e, per ogni minimo favoruzzo, si pensan che una donna si stia fracida de' casi loro, e diventano la piú importuna e la piú appoiosa cosa del mondo. Alcuni altri poi, piú pratici, si pigliano il bene come viene, ed in altro che in un favoruzzo tentano le donne, se ci è disegno, con tanta destrezza, che esse stesse a pena se n'accorgano; e, se trovano il varco aperto, seguono animosamente, e, trovandolo ristretto, si tornano indietro, nè si sdegnano per questo. E però, come già t'ho detto, bisogna conoscere a chi si ha da usare la cortesia maggiore o minore, e troncane da principio le vie ed i passi a chi si conosce che vuole andare piú oltre che non debba. Non voglio ancor per niente che una gentildonna sia invidiosa ed astiosa del bene de le altre, e per questo dia orecchie a chiacchiarare; e, per dispetto di chi si voglia, faccia sfavore o carezze ad alcuno, come ne conosco di molte, che continuamente ne vanno spiando i fatti de l'altre, e si ridono di questa, e dicono male di quella, ed ingrassano de li dispiaceri altrui, e de' sollazzi arrabbiano. E tutti questi sono atti vigliacchissimi ed impertinenti al nobil animo di una gentildonna, i quali mettono le donne, che vi attendano, in intrighi, che non gli svilupperebbe il paradiso. E, se pur ella senza sua colpa sará invidiata da le altre ed averá qualche una che, per farle dispetto e per far piacere ad altrui, ne dirá male e non la stimará, di tutto questo voglio che ella faccia poca stima e non ci pensi mai, nè in bene nè in male. Ed attenda a le virtù sue ed al modo di viver che abbiamo detto convenirsele, guardandosi sempre che a ragione altri non la possa calunniare e che i secreti suoi stieno sotto terra; e dipoi lassi andare il mondo come vuole, e chi arrabbia arrabbi.

MARGARITA.- Mi fate sovenire d'uno, che è piú involuppato in queste chiacchiere che uomo che io conoscessi mai, che, per far dispetto a una donna, come egli è a capo di una certa strada, ei comincia a cantare; e quanto è piú vicino a la casa di lei, ei va la

voce rinalzando, e, passata la casa, comincia ad allentare, per fino che egli è in parte che non pensa di essere sentito, dove si racqueta in tutto. E, s'io vi ho da dire il vero, non credo che colei se ne gratti punto gli occhi.

RAFFAELLA.- Io ti so dire che gli è una bella professione la sua: ma lassiamolo andare. Io vorrei ancor, Margarita, che questa nostra gentildonna non fosse avara nè cupida del denaio, ancor che non molto ricca. Perchè, oltre a l'essere bruttissima macchia in una donna l'ingordigia del guadagno, ma gli è ancor pericolosa, perchè, se si vedrà che ella vada uccellando a' presenti, a le vencite o simil cose, saran molti che la donaranno e si lassaran vincere qualche cosa, e subito gli parrá esser padroni di lei; perchè l'esser ricevuti i presenti da una donna dá grand'ardire sopra di lei a chi gli manda. E però non li riceva per niente, se già non son frascarie, o per qualche altra occasione sia sforzata per non far peggio. Ma da l'amante suo voglio ben che li riceva e li tenga cari, ed alcuna volta gli ne renda il cambio, acciocchè egli conosca in lei l'amore e non l'avarizia. Or io, Margarita, non saprei piú minutamente parlarti de la maniera che ha da tener una gentildonna per mantenersi longo tempo l'amante suo ed intertenersi con li altri. Perochè per le diverse occasioni, che possan accascare tutto il giorno, non si può por regola ad ogni cosa: ma basta che ella ha da amarlo con tanta fede quanto può, e tenerlo in segreto con ogni suo sforzo; e, come poi meglio l'abbi da far, bisogna rimettersi al suo giudizio.

MARGARITA.- N'avete parlato assai pienamente, chè la metà a pena de le parti, che voi dite, gli basterebbero. Ma vorrei sapere un'altra cosa: che favori han da essere quelli che ella ha da fare, quando verran l'occasioni, al vero amante, elletto che sarà? E quanto oltre gli ha da concedere per ristorarlo e per salvare in un tempo l'onestá sua?

RAFFAELLA.- Tu parli da giovine, come tu sei. Che vuol dire «l'onestá sua», semplicella?

MARGARITA.- Oh! non m'avete detto che l'onestá è la prima cosa che una donna ha da salvare?

RAFFAELLA.- Sì, appresso di tutti gli altri. Ma con quel che si ama bisogna ingegnarsi di trovarsi con esso in luoghi segreti, tutte le volte che ne verrá occasione.

MARGARITA.- E che se gli convien poi fare in tai luoghi?

RAFFAELLA.- Che cosa, ch, che se gli convien fare? A' noccioli? Scioccarella! Tu mi riesci piú scempia ch'io non pensava. Voglio, dico, che, quando sono insieme, sien lontani da ogni finzione, e debbano unirsi con tutto l'animo, col corpo, col pensiero e con quel che piú si può.

MARGARITA.- Voi parlate bucarato, madonna Raffaella. Volete forse dire che una gentildonna, in tal caso, ha da far le fusa torte al suo marito?

RAFFAELLA.- Che «torte»? Anzi drittissime! Torte sono quelle che si fanno col marito!

MARGARITA.- Non è che per questo non se gli facessero le corna?

RAFFAELLA.- Corna sarebbero, se si sapesse. Ma, sapendo tener la cosa segreta, non so conoscere che vergogna gliene segua.

MARGARITA.- Or pur v'ho inteso, e mai l'arei pensato! Perchè io mi pensava che questo amore avesse a esser de l'anima ed onesto; chè cosí sentii dire una sera a una veglia in un gioco ad un degli Intronati, che lo chiamano il Garroso o Ostinato, che non mi ricordo.

RAFFAELLA.- Quanti errori fan certi, a mettere questi rulli e questi giardini in aria nel capo a le giovani! E sappi che cotestui si burlava e l'intende come io, benchè faccia cosí de l'onesto e che s'empì la bocca d'onestá. Che onestá! La cosa va come ti dico. O tu me hai fede o no.

MARGARITA.- Da un canto non so che mi dire: e' mi parerebbe far torto al mio marito; e da l'altro non posso dir se non che le vostre ragioni oggi mi piacciono.

RAFFAELLA.- Torto gli faresti, Margarita, se tu 'l facessi in modo che egli se n'accorgesse; ma, non lo sapendo, non è niente al mondo. Oh, l'andrebbe ben dunque ch'una gentildonna non si riscontrasse, con la condizione e col sangue, col suo marito, e non avesse a cercar di trovarsi con uno, il qual si somigliasse con la complessione, col sangue e co' pensieri suoi! Perochè questa è una cosa, che, ove l'animo non si contenta, resta sciapita e non vai niente. E, per il contrario, ov'è l'unione degli animi, è divinissima e quanto bene è al mondo.

MARGARITA.- Molte debbon esser, madonna Raffaella, che hanno questa convenienza, che voi dite «di sangue», coi lor mariti.

RAFFAELLA.- Rarissime sono. E ce n'è la ragione: perchè le moglie ed i mariti si pigliono a la cieca, senza aversi mai veduti; e gran

ventura sarebbe se s'amasser di cuore, e non per cerimonia e per obbligo o, vogliam dir, per forza.

MARGARITA.- In ogni modo, questo far i parentadi cosí al buio è una cattiva usanza; perchè molte volte si debbono congiungere in matrimonio due persone di contraria natura e di diversi costumi.

RAFFAELLA.- Che importa questo, se ci è il rimedio prontissimo e congruo di darsi in tutto e per tutto ne l'amore di uno, che con desterità ricompensi questo dispiacere che si ha col marito?

MARGARITA.- Non è però che a la fine non si commetta peccato?

RAFFAELLA.- Non t'ho detto io già dieci volte che, se ti dá 'l cuore di passare la gioventú, e la vecchiezza poi, senza far mai un minimo peccato, che io ti consiglio e dico che tu farai bene? Ma guarda che le forze ti rieschino, chè non riusci mai a persona che nascesse al mondo. E per questo, perchè tu non abbia a incorrere in maggior errore di cercar di farlo poi, lá negli anni ultimi, ti consiglio cosí. E sai poi quel che gli interviene poi in quel tempo? Tu arrai a pregare altri, dove ora sarai pregata tu, perchè quei, che tu pensarai t'amino, nel segreto loro ti vilipenderanno e ti scorgeranno: di che tu accorgendoti, alfine entrarai in disperazione ed in pentimento del tempo passato invano, che è il maggior peccato che si possa avere. Uh, figliuola mia! Consideralo ora, che sei a tempo, e ripara al maggiore errore col minore, e pensa che non vale poi il dir «pesca fu»; e, se ben in quel tempo, piacendoti alcuno, tu lo goderaí per sorte, considera che tu non piacerai a lui. Ed hai da sapere questo: che 'l piacer di trovarsi insieme con l'amante val pochi soldi, quando non è l'amore da ogni banda; chè l'importanza sta che, se tu ami uno, sapper che lui ami te, e che non manco desideri e pigli piacere con teo che tu con lui. E, senza questa union di animi, non ti darei di simil cose un quattrino.

MARGARITA.- Tutte le ragioni son vostre, monna Raffaella, lo vi confesso ogni cosa; ed infin or conosco che bisogna parlar con chi sa, a voler diventar savia: chè mi par aver piú guadagnato di giudizio in questo poco di tempo oggi, che io son stata con voi, che in tutto il resto ch'io son vissuta.

RAFFAELLA.- Io ti so dir, poveretta a te, che tu n'avevi bisogno! E che ti credevi? Pensavi forse che i piaceri de le giovani consistessero in essere un poco piú mirata o manco, o simil frivolezze? Meschina a te, che Dio proprio mi ti ci ha mandata!

Oimè, una bellezza com'è la tua aveva a invietirsi intorno a la rocca ed a le cenere? Per questo credi che Dio te l'abbia data? Quanto starebbe bene a queste tali, che Dio le facesse bruttissime come furie, poichè non san conoscer il bene quando l'hanno! E che vai, semplicella che tu sei, la beltá e l'altre buone parti in una donna, senza amore? E amore poi che vai senza 'l suo fine? Quel ch'è l'uovo senza 'l sale, e peggio. Le feste, i conviti, i banchetti, le mascare, le comedie, i ritruovi di villa e mille altri cosí fatti solazzi, senz'amore, son freddi e ghiacci; e, con esso, son di tanta consolazione e cosí fatta dolcezza, ch'io non credo che fra loro si potesse invecchiar mai. Amor rifiorisce in altrui la cortesia, la gentilezza, il garbo del vestire, la eloquenza del parlare, i movimenti agraziati ed ogni altra bella parte; e, senza esso, son poco apprezzate, quasi come cose perdute e vane. Amor infiamma gli uomini a le virtú, rimuove dai vizi e dagli atti vili, empie il cuor di magnanimitá, tien l'animo brillante di contentezza, amorza ogni passione, fa passar la vita allegra e contenta, ed insomma è cagion sempre di bene. Dimmi un poco: che consolazione credi che sia di due, che s'amino senza fingere, doppo che gli arán durato fatica alquanti giorni d'avarsi a trovar insieme, poich'a la fine vi si ritrovino; e li senza velo alcuno scopre ciascun a l'altro il cuor aperto ed i pensieri puri e veri come sono, si raccontan le passate noie e fastidi, si consolano, si confortano, si bagnan il viso l'uno l'altro di lagrime, venute per troppo contento? Oh, quanto son dolci, Margarita, quei bisbigli che fanno insieme con bassa voce, quei mormorii, quel tenersi fissi gli occhi de l'un in quei de l'altro, quel sospirare ed entrar il vento de'sospiri in bocca l'un de l'altro! Oh divinissima dolcezza! oh piacer unico in questo mondo! oh allegrezza singulare e non conosciuta nè creduta, se non da chi la prova! O Margarita, se tu la provi una volta, quante grazie m'hai da rendere! Quanto ti parrá esser un'altra in questo mondo! Quanto ti riderai de la passata vita! Quanto terrai misere quelle donne che non la provano! Questo è quel che s'ha da cercare, mentre che altri è giovine; e tutte le altre son pazzie. Per questo è stata ordinata la gioventú, la qual chi passa invano, si ravede poi in tempo che sarebbe meglio non ravedersene. E non è vero quel che dicon molti: che, quando il piacer è passato, tanto è quanto non fosse avuto; anzi quasi tutto 'l contrario. Che è quasi piú

dolce quella sodisfazione d'aver fatto 'l debito suo, quella dolce ricordanza del tempo buon passato, quel pensar a ogni minimo atto e luogo e tempo, nel qual si sia avuto qualche solazzo, che non è l'averlo istesso. Ed io lo provo; chè, se io non avessi questo contento, che io mi ricordo (e tuttavia ci penso) e come e quando avessi cosa che mi piacesse, viverei come una disperata, ancor che molti piaceri arrei potuto avere che io non ho avuti, per non conoscer allora quel ch'io conosco oggi. Fidati pur di me, Margarita, chè i diletti e contenti son buoni mentre che si hanno, e sempre di poi, per fin che dura la vita. E però ravediti oramai, e considera che, dopo un dieci o dodici anni, gli amori ed i piaceri sappran di vieto; pensa che, in questa età che sei, un giorno importa mille, e non voler star piú in cotesta scempiezza che sei stata fin qui.

MARGARITA.- Monna Raffaella, io vi sto a udir per balorda, tanto mi piace quel che voi mi dite. Ma una cosa solo mi dá fastidio: che io penso che poche son quelle che abbino mai commodità di trovarsi con gli amanti.

RAFFAELLA.- Tu l'intendi male. E' non è nissuna che a qualche tempo non n'abbi commodità. Ben è vero che chi piú e chi manco, perchè sarà alcuna che arrá ventura che l'amante sarà suo familiare e domestico in casa o col marito o con gli altri suoi parenti; e per questo si potran parlar e comporsi, e spesse volte trovarsi insieme assai sicuramente: ed a questa tale non fa di bisogno di fidarsi d'altri mezzani, ed è in vero gran ventura. Ma a quei, che non arran cosí buona sorte, gli sarà forza fidarsi d'un mezzano: ed in questo avertischino bene di chi si fidino. Ed io, come t'ho detto, giudico piú al proposito un servitore che una serva, il qual potrà dir tutte le cose che occorreno ed avisare una parte e l'altra. Ed in questo bisogna che chi ama non sia frettoloso, ma stia paziente per fin che venghino le occasioni e, venendo, vegga di saperle pigliare e non lassarle passare, chè importa troppo, quando vengan di rado, perderne pur una. Ed hai da sapere che, abbia una donna la casa piena di quanti parenti si voglia e sien tutti gelosí come il diavolo, in ogni modo a qualche tempo ella potrà pigliare la commodità. Il qual tempo venendo, subito facci avisato l'amante de l'ora e del luogo, e riuscirá benissimo ogni cosa. E stotti per dir che, s'ella stesse rinchiusa in una camera del continuo, in ogni modo, o con scale di funi o con

altri instrumenti, a qualche tempo riesce la cosa. Ben è vero che, s'ella sarà tal quale la aviam descritta, ella saprà governarsi di sorte che non arrà nè marito nè altri geloso; e quel tempo, ch'è in mezzo fra un ritrovarsi e l'altro, paschinsi di vedersi e di dolci pensieri. E vo' che tu sappia ch'è gran diletto, quando una donna si trova in luogo alcuno ove sia l'amante suo, il rimirarsi destramente ed intendersi con un sguardo tutto quel ch'è successo fra loro, e ridersi in loro stessi degli altri che non sanno la cosa, dicendo fra se medesimi: — Io ho pur in me segreto il tal contento, che 'l cielo appena lo sa. — Oh, se tu provi. Margarita, quanto mi tu crederai!

MARGARITA.- M'avete, madonna Raffaella, in modo infiammata di non so chi, che io non capio in me stessa. Ma quel che solo mi sbigottisce, è ch'io credo che si trovino pochi amanti che non sieno traditori; e per questo sto in dubbio, volendomene elleggere uno che non sia poi tale che mi ruini. E però stimo felici e fortunate quelle donne, che hanno il loro amore in alcuno, che abbia pur la minima parte di quelle che oggi gli avete date, non dico che l'abbia tutte; perchè io non credo che se ne trovino di così perfetti.

RAFFAELLA.- Ne conosco ben qualcuno io, benchè pochi ne sieno.

MARGARITA.- Beata dunque chi 'l possiede!

RAFFAELLA.- Se mai fu beata alcuna al mondo, tu sarai quella, Margarita, se sarai savia.

MARGARITA.- Oh! questo perchè? Ditemi, di grazia.

RAFFAELLA.- Bastiti. Io non ti vo' dir altro.

MARGARITA.- Vi prego, madonna Raffaella, che me lo diciate. Non mi cominciate mai a dire una cosa, quando non me la volete finire.

RAFFAELLA.- È meglio ch'io non tel dica, perchè, in ogni modo, non me ne faresti onore.

MARGARITA.- Vi prometto di farvene onore: ch'io vi ho posta una affezione, che non sarebbe cosa ch'io non facessi per voi.

RAFFAELLA.- E così mi prometti?

MARGARITA.- E così vi prometto.

RAFFAELLA.- Dammi la fede.

MARGARITA.- Eccovela. Or dite.

RAFFAELLA.- Io conosco uno, Margarita, che sta mal di te. E, se mai uomo amò donna con fede e col cuore, egli ama te. E, se alcun fu

mai dotato di quelle parti ch'io t'ho detto convenirsi a un vero innamorato, e molto piú ancora, egli è quello: e questo lo so di certo, come che io son qui. Or vedi di mantenermi la promessa, e di donarli la grazia tua, che per anco conosco che non l'hai data ad alcuno.

MARGARITA.- Oimè! Che mi dite, madonna Raffaella! Voi vi volete burlare di me?

RAFFAELLA.- Come «burlare»? Burlerò io una che io tengo in luogo di figlia? Non pensare, chè non lo farei mai.

MARGARITA.- In fine io nol posso credere.

RAFFAELLA.- Io ti dico che egli è cosí. Tu fingi forse di non crederlo, perchè non mi vuoi osservare la promessa.

MARGARITA.- Eh, Dio il volesse che fosse vero! Chè, non sol ve la osservarci, ma me ne terrei fortunatissima e felice.

RAFFAELLA.- Io vorrei, Margarita, quando io ti dico una cosa, che tu me la credessi. Io ti fo certa che egli è quel ch'io ti dico, e che non ha un'ora di bene, nè mai ha avuta occasione di pur con cenno fartel conoscere; ancor ch'io penso che, se tu fussi stata un poco piú pratica ne le cose, te ne saresti talvolta accorta.

MARGARITA.- Non mi tenete piú sospesa. Ditemi chi gli è.

RAFFAELLA.- Promettimi di darli la grazia tua.

MARGARITA.- Quest'è una cosa, come m'avete detto, che bisogna che se riscontri il sangue suo e la condizion sua con la mia. Ma, s'egli è tal come voi dite, non potrà se non riscontrarsi. E vi vo' dire che già me ne sento infiammare e scorrer per tutta la persona un nuovo caldo per amor suo, senza sapper chi sia.

RAFFAELLA.- Non conosci messer Aspasio? Egli è colui che io ti dico, e molto piú.

MARGARITA.- Oh! messer Aspasio! Lo conosco certo; e vi giuro ch'un giorno quasi io me n'accorsi. E, a dirvi il vero, io me gli sentivo, non so in che modo, inclinata, ma me ne ritenni. Prima perchè io stimava che l'attender agli amori fosse grandissimo errore; e dipoi perchè io teneva per certo che lui fingesse con esso me, perochè io avea inteso che egli avea finto con delle altre ancora, e ch'egli non amava se non a sua posta: il che mi par che sia specie d'ingannar donne.

RAFFAELLA.- Credimi a me che la veritá è quella ch'io ti dico. E ti confesso bene che egli ha simulato qualche volta di amar alcune

donne, non già per ingannarle, ma per ricoprire meglio per questa via lo amore ch'egli ha portato e porta a te.

MARGARITA.- In vero ch'egli non abbi tutte le buone parti, per quanto ho inteso, non si può negare. Ma veramente io ho udito dire per certo che egli è molto infiammato e sta male di madonna Iacopa, e che tutto 'l suo pensiero è in lei; e così si crede.

RAFFAELLA.- Tutto lo fa con arte, aciochè non si possa imaginare dov'egli abbia veramente l'animo. Ed è assai buontempo che cominciò questo amore! Per fin che ti parlò la prima volta in quel veglino, che si fece qui vicino a canto a la casa tua, che tu ben ti ricordi. Nè mai ha avuto ardire di mostrarne una minima apparenza, salvo che pochi dí sono se ne confidò con esso me, perochè mi tiene in luogo di madre; ed a questo ancora pensò un gran pezzo, se si aveva a fidar de' casi miei o no. Ma Dio lo sa se lui lo poteva far sicuramente!

MARGARITA.- In fine, s'egli è così, ne ringrazio Dio, e voglio esser savia per l'avenire, e non lassiar passar questa ventura, e renderli il cambio de l'amor che mi porta, e maggior, s'io potrò. E massime che io mi ci sentiva inclinata prima a costui, io non so in che modo; ma mi spaventavan quelle cose ch'io vi ho detto. Ma, conoscendo oggi, per le vostre parole, ch'una giovine è necessitata, per fuggir maggior errore, sfogar l'animo alquanto in gioventú, e dicendomi voi per certe le buone parole di messer Aspasio e l'amor che mi porta, mi risolvo in tutto a donarmegli per tutto 'l tempo che mi resta di vivere.

RAFFAELLA.- Oh, quant'è buonissima risoluzione la tua! Dio ti benedica! Felici voi! E forse che voi non arrete commodità, e che vi mancará mezzano fidato! chè ci sarò io, che non mancarò mai, in beneficio de l'uno e de l'altro, di far sempre tutto quello ch'io vedrò che torni in gaudio e contento vostro ed onore appresso agli altri; pur che tu non ti penti...

MARGARITA.- Come! Ch'io mi penti? Dico che io mi sento pur ora accesa di sorte, che Dio voglia che vada bene, e che io mi sappia temperare de l'allegrezza che io mi sento adosso. E, di grazia, vedete che non passi domane, che ad ogni modo voi parliate a messer Aspasio, e gli diciate tutto 'l successo de' nostri ragionamenti, e tornate a rendermene risposta.

RAFFAELLA.- Lassa pur far a me, quanto a questo.

MARGARITA.- Oh felice me!

RAFFAELLA.- Veramente ti puoi chiamar felice e beata, chè nel fior de la tua età possederai un amante nel fior de la sua. Oh fortunatissima coppia di amanti! Tu bellissima, ed egli bello; tu accorta e segreta, ed egli avvedutissimo e coperto; tu constantissima, ed egli essa fermezza; tu fedelissima, egli la propria fede; tu gentilissima, egli pieno di estrema cortesia ed umanità: tutti due giovani, savi, gentili, inclinati a l'amore, virtuosi, ben accostumati, nobili. Dio vi prosperi e vi mantenga sani ed infiammati l'un de l'altro, e vi lievi sempre da torno tutti li scandoli e tutti i pericoli, che possino accascare nel goder de' vostri amori. E, in quel cambio, vi agevoli le vie di trovarvi insieme, e vi mandi spesso de le occasioni, ed insomma vi mantenga tutti gli anni vostri fortunati e felici. Ed io sempre, ne le mie orazioni, lo pregherò che lo facci. E per ora mi vo' partire, chè mi par mill'anni portargli buona nuova, e non capio quasi in me di allegrezza che io ho da essere stata cagione oggi de la felice vita, che ha d'avere una sí gentil coppia d'amanti.

MARGARITA.- Or andate, madonna Raffaella, e tornate presto, ch'io non pensarò in questo mentre ad altro.

RAFFAELLA.- Abbi pur avvertenza che 'l tuo marito non s'accorga di questa tua mutazione di animo.

MARGARITA.- Il mio marito non è in Siena, e, quando ci fosse, mi dá bene il cuore di essere savia a bastanza, se già la fortuna non mi è contraria.

RAFFAELLA.- La fortuna aiuta sempre chi s'aiuta da se medesimo; e Amore soccorre sempre ad ogni cosa. E però abbi animo e non ti avillire; e di poi non dubbitare. Adio.

MARGARITA.- Adio. Vedete, monna Raffaella, mi raccomando da ver, da vero...

RAFFAELLA.- Basta.

MARGARITA.- Oh. oh, monna Raffaella! Udite una parola. Volete pane o cacio o prosciutto, o cosa che io abbi? Domandate.

RAFFAELLA.- Domane tei dirò poi, quando tornerò da te; e pènsati che d'ogni cosa ho bisogno.

MARGARITA.- Io non vi farò molte parole. Quel che è in casa sta sempre per voi.

RAFFAELLA.- Ti ringrazio, figliuola mia: ci sará tempo a ogni cosa. Per ora rimanti in pace, chè ho il capo solo a questa cosa tua.

MARGARITA.- Ed io ve ne ristorarò. Andate in buon'ora.

APPENDICE

Leggiadre donne, che quella bellezza,
che natura vi diede
(come ben si richiede),
disiderate ornar di gentilezza,
se 'l chiuso vostro cor non s'apre pria,
tanto che v'entri il bel raggio d'amore,
da cui vien tal valore,
ei non avrà giamai quel che desia!
Come tutto col dí si mostra fuore
quel che l'ombrosa notte ricopría,
e, ove luce non sia,
non si puote veder alcun colore;
cosí in quel, che non ha l'amor nel core,
virtú mai non si vede;
e sempre, ov'amor siede,
ogni valor si trova, ogni adornezza.
Se sempre ha da durar vostra beltade,
perché, donne gentil si avare sète
di quel che eterno posseder dovete?
E, se questa fiorita e verde etate
è come in bel giardin tenero fiore,
che il mattino a l'aprirsi d'oriente
tutto vermiglio e pieno di vigore
ogni erbetta ch'è intorno rider face,
languido e secco poi la sera giace
e perde il vago suo dolce colore;
perché liete e gioiose non godete,
prima che sian vostre bellezze spente,
quel che deve perir sí agevolmente?